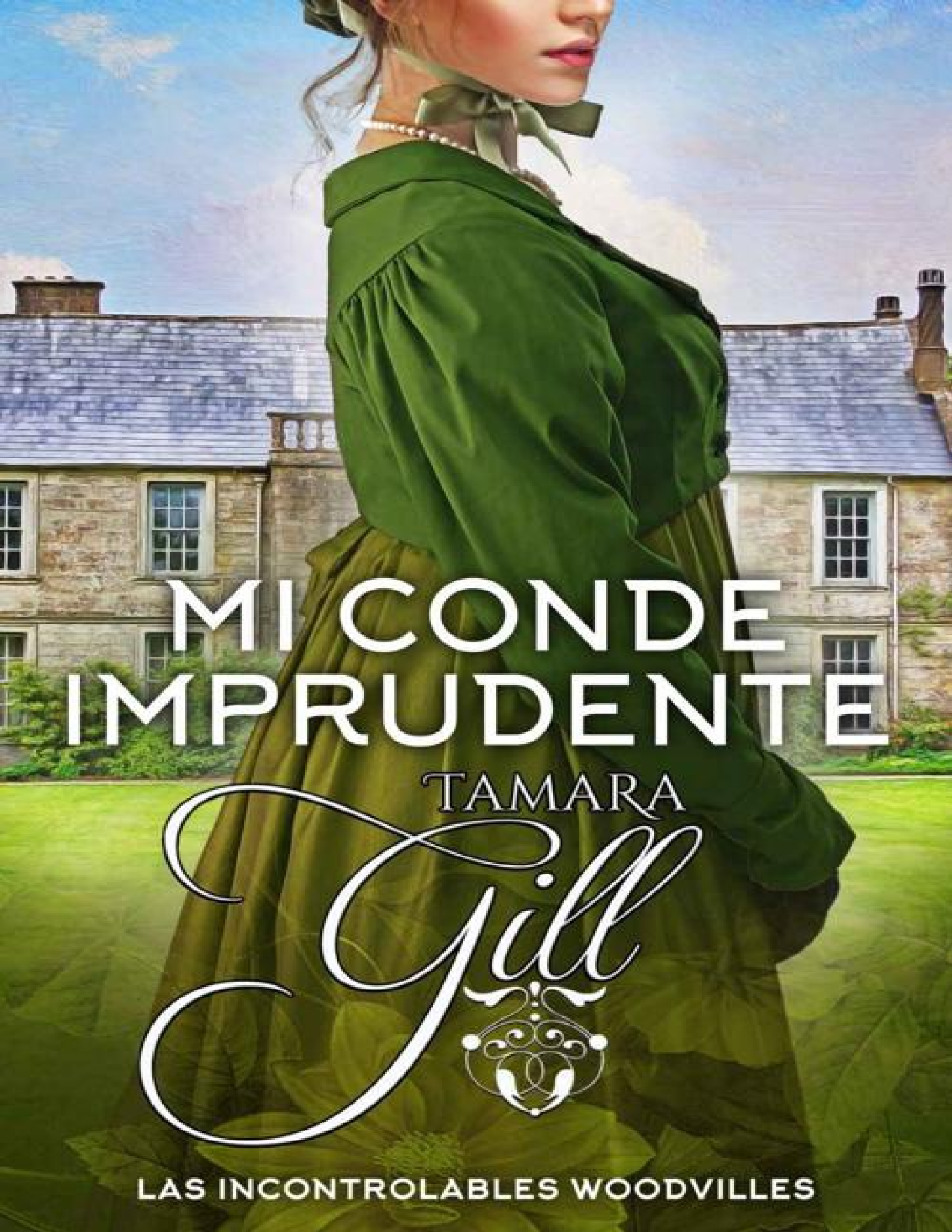




MI CONDE IMPRUDENTE

TAMARA

Gill

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

MI CONDE
IMPRUDENTE

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Mi Conde Imprudente
Las Incontrolables Woodvilles, Libro 7
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Para conseguir su final feliz, está lista para hacer algo temerario...

La señorita Harlow York lleva meses planeando su segunda temporada en Londres, y por fin está lista para lograr su objetivo: conquistar el corazón del esquivo conde de Kemsley. No será fácil, pero está más que preparada para el desafío. Y una cosa es segura: él no tendrá ni idea de lo que le espera...

Lord Kemsley no está interesado en el amor ni en el matrimonio. La vida de soltero es lo suyo. Pero eso no significa que niegue a otros la oportunidad. Así que, cuando la deliciosa Harlow le pide ayuda para conquistar el corazón de otro caballero, él está totalmente dispuesto. No tiene intención de enamorarse de ella. Ese es el plan, al menos...

Él está decidido a seguir soltero. Ella está decidida a hacerle cambiar de opinión. Que comience la batalla de voluntades... y corazones...

CAPÍTULO ÚNO

Temporada londinense, 1811

HARLOW YORK tomó aire para darse valor y entró en el invernadero de lord y lady Craig. Rezó para no encontrarse a lord Kemsley en pleno éxtasis con alguna otra debutante o viuda de la alta sociedad.

Cerró los ojos un momento, deteniéndose en el umbral de la sala, y elevó una plegaria silenciosa para que su peor pesadilla no se hiciera realidad. El aroma del invernadero parecía más intenso cuando uno se tomaba un instante para cerrar los ojos a la belleza física de la estancia.

Los aromas de glicinas, rosas y árboles cítricos inundaron sus sentidos, y respiró profundamente al entrar en la habitación.

—Le preguntaría qué hace en la entrada de este invernadero con aspecto de estar a punto de desmayarse, pero no lo haré. En su lugar, simplemente le preguntaré por qué tiene los ojos cerrados y por qué me está siguiendo, señorita York —la profunda voz de barítono de lord Kemsley surgió de las sombras de la vasta sala acristalada.

Harlow tragó saliva para calmar sus nervios, ignoró su extraño comentario sobre sus ojos cerrados y se dirigió hacia donde creía que él se encontraba.

—He venido a hablar con usted, lord Kemsley. Espero no haberle interrumpido.

Él salió de la sombra de un gran naranjo, y con él la viuda Randall. El rubor en las mejillas de la dama le dijo a Harlow sin palabras cómo habían ocupado su tiempo a solas.

—Me disculpo. No sabía que no estaba solo.

—Y nunca debería saberlo —ronroneó lady Randall, deslizando su mano por el pecho de lord Kemsley antes de pasar junto a Harlow contoneándose—. Pero no se preocupe, señorita York. Su secreto está a salvo conmigo siempre y cuando el mío lo esté con usted.

Harlow asintió y luchó por no devolver el estómago. ¿Él tenía una amante? Una mujer que no era Harlow. Una punzada de dolor atravesó su pecho, y apretó los puños a los costados para evitar dar una patada de frustración ante la injusticia de todo aquello.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita York? —dijo con voz arrastrada, encendiendo un puro y acercándose a ella, alzándose sobre ella como el dios que siempre había creído que era.

Se contuvo de suspirar ante lo hermoso que era, incluso sabiendo que tenía amantes. Por supuesto, un hombre como lord Kemsley compartía su lecho con mujeres de la sociedad que no necesitaban maridos. Como la afortunada viuda lady Randall.

Era un hombre, y podía hacer lo que quisiera.

Pero, ¿haría lo que Harlow deseaba?

—Necesito su ayuda, milord —logró decir, contenta de que su voz sonara decidida y no temblorosa por la indecisión—. He venido aquí esta noche para pedírsela.

Él aspiró profundamente su puro, entrecerrando los ojos mientras el humo pasaba frente a ellos. —¿Mi ayuda? ¿En serio? —Hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior—. ¿Qué necesita el diamante de la temporada de mi ayuda? No pensaría que necesitara ninguna.

—Ya no soy el diamante. La señorita Marshall ha sido nombrada la incomparable de este año, y estoy muy feliz por ella. Y más que feliz de renunciar a mi título, ya que solo se interpondría en lo que quiero este año.

Él arqueó una ceja, mirándola por encima de su nariz recta y aristocrática. —Explíquese.

Harlow asintió. Este era el momento, el momento de decir lo que pensaba y esperar lo mejor. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

Podría decir que no y echarte de esta habitación entre risas.

Apartó ese horrible pensamiento y se prometió a sí misma que todo iría bien. No era un hombre cruel. Podía ser uno de los libertinos más depravados de Londres, pero nunca estaba tan endiablado como para no bailar y decir palabras bonitas a las jóvenes damas que se cruzaban en su camino cada temporada.

Aunque no conocía su edad, no podía ser mucho mayor que su hermana mayor Lila.

—Verá, milord, estoy enamorada de un hombre que no me corresponde. De hecho, hay veces que creo que ni siquiera sabe que existo, pero quiero cambiar esa realidad.

—¿De verdad? —dijo, con sus labios temblando y mostrando el primer signo de diversión, y no de molestia, por haberlo interrumpido—. ¿Y cómo va a ayudarme el buscarme a mí con este interés amoroso suyo?

—Bueno... —Tragó saliva—. Quiero que me muestre cómo yo, como una joven que tiene tanto que aprender, puedo entender lo que necesito hacer para que el caballero que admiro me vea.

—¿Quiere mi tutoría en el arte del cortejo? —Frunció el ceño, negando con la cabeza—. ¿Quiere que la ayude a hablar con su señoría? No estoy seguro de entender.

—Bueno, la conversación es ciertamente un factor en el que debo mejorar, pero hay otras cosas también. Otras cosas en las que a un hombre le puede gustar que una mujer sea versada y que ayudarían a su señoría a verme como algo más que otra debutante en busca de un buen partido.

Harlow lo miró fijamente, esperando que no le hiciera decir lo que temía que él entendía pero seguía fingiendo ignorar.

—¿Como qué? —preguntó de nuevo, la sonrisa en sus labios ahora una sonrisa completa y maliciosa.

—Como —comenzó, aclarándose la garganta. El calor besó sus mejillas, y se lamió los labios, mirando a cualquier parte menos al rostro petulante de lord Kemsley—. Como en las artes de la seducción. Cómo puedo acercarme a mi pretendido. Miradas o toques coquetos cuando hablemos. Tal vez incluso uno o dos besos —sugirió.

Su profunda risa gutural hizo que se le erizara el vello de la nuca, y no de una manera aterradora. —¿Quiere que le enseñe cómo seducir al hombre de su corazón?

Harlow asintió, incapaz de articular una respuesta.

—Vaya, eso es audaz de su parte, señorita York. No pensé que una ratoncita de Grafton tuviera tales planes para un lord del reino, pero qué equivocado estaba.

—Entiendo si no desea proceder, milord. Y si no lo hace, le pido que no comparta mis planes con mi familia o amigos. Ellos no lo entenderían ni lo aprobarían.

La estudió por un momento, y ella se preguntó qué veía él cuando la miraba. Una mujer de cabello besado por el sol. Una mujer con un lunar sobre el labio y pecas en la nariz después de pasar demasiado tiempo al aire libre estas últimas semanas tras el frío invierno. Normalmente no era de las que pasaban tiempo en el jardín, pero al estar de vuelta en Grafton durante el invierno, las pocas semanas cálidas antes de regresar a Londres, anhelaba estar al aire libre. Las pecas, desafortunadamente, eran un riesgo ocupacional cuando una se sienta a tramar cómo ganar el corazón de un sinvergüenza.

El corazón de Lord Kemsley, para ser exactos...

Wes estaba un poco ebrio. De hecho, por un momento, pensó que la deliciosa señorita York era una aparición surgida de su embriaguez que se había materializado ante él, pidiéndole que hiciera todo tipo de travesuras.

Pero cuán equivocado estaba.

Ella no era un producto de su imaginación. Era muy real y le estaba pidiendo que le enseñara cómo seducir a algún caballero desconocido en Londres esta temporada.

Pensó que sus travesuras con su buen amigo el vizconde Billington la temporada pasada habían sido escandalosas, pero cuán equivocado estaba. La mujer no tenía límites en sus complots y planes.

—¿Hasta dónde llegarán estas enseñanzas mías, señorita York? Sabes que soy un libertino, lo cual estoy seguro es por lo que me has elegido, pero ¿hasta dónde deseas llevar tus lecciones? —preguntó, desafiando el farol de la joven. Ella no iría demasiado lejos. Era doncella, después de todo. Pura e intocable, como todas ellas. No le permitiría besarla, así que sus enseñanzas serían ciertamente aburridas.

Pero luego se encogió de hombros internamente. Eso aún podría asegurarle un partido. Ciertamente había suficientes caballeros aburridos y serios en la ciudad a quienes no les importaba una esposa frígida.

Ella tragó saliva, mordiéndose el labio inferior, y él respiró profundamente. La joven señorita York siempre había captado su atención. Había algo travieso en ella que siempre le había maravillado. Sus escapadas con su buen amigo la temporada pasada confirmaron esas sospechas.

—Como dije, milord, necesitaré enseñanzas sobre qué debo hablar cuando bailemos, qué toques o miradas funcionan en vos que puedan funcionar en mi misterioso caballero. No puedo fallar en conquistar al hombre que deseo, así que necesitaré saber si hay algún momento en que una mujer, una mujer soltera como yo, deba ofrecer más que un ligero coqueteo. —Hizo una pausa, mordiéndose ese delicioso labio de nuevo y su visión de ella se nubló—. Me gustaría saber si hay algún momento en que deba ofrecer mis labios al caballero.

Wes tragó saliva. Con fuerza. Este no era el tipo de conversación que debería estar teniendo tan ebrio como estaba. —¿Quieres que te bese?

—¡Qué! —jadeó ella, sus ojos abriéndose de par en par—. No, bueno... —vaciló—. Aún no, al menos, pero tal vez un poco avanzadas nuestras lecciones.

Wes cerró los ojos, su miembro palpitando ante la idea de tomar los labios de la señorita York, aunque fuera únicamente debido a las lecciones de seducción que ella estaba pidiendo. No estaba seguro de poder detenerse en un solo beso si Harlow York estaba en sus brazos.

—No creo que sea una buena idea —dijo, agradecido de que el pequeño atisbo de precaución caballerosa se hubiera adelantado y forzado esas palabras a salir de su boca—. Soy un libertino, y si te atrapan en cualquier lugar a solas conmigo, como lo estás ahora, el matrimonio será conmigo y con nadie más, y no creo que eso sea lo que quieres. Corrígeme si me equivoco —le exigió.

Ella abrió la boca como para decir algo, pero la cerró de golpe. —Podrías enseñarme en secreto. Nadie necesita saberlo. Confío en vos porque sois amigo de mi cuñado, y mi hermana os tiene en gran estima. Sé que no me lastimarás ni te sobrepasarás. Estaré segura contigo, milord.

Wes miró fijamente a la señorita York, sin saber si quería reír histéricamente ante sus palabras y demostrarle que estaba equivocada o pasar unas semanas agradables enseñándole antes de alejarse una vez que ella asegurara al hombre que deseaba.

Sopesó los pros y los contras de su plan y parpadeó cuando ella se tambaleó ante él nuevamente. Realmente debería tomar una decisión con la cabeza despejada, no ahora cuando estaba ebrio.

—Por favor, milord —dijo ella suplicante, acercándose a él y tomando sus manos, apretándolas en súplica—. Por favor, no me rechacéis.

—Es un juego peligroso el que juegas, señorita York. ¿Estás segura de que estás preparada para mis enseñanzas? —preguntó, queriendo darle una última salida si ella la deseaba.

Sus ojos se iluminaron a un verde vibrante, y el fondo de su estómago se tensó. —Te quiero a ti y a nadie más, milord.

Él liberó sus manos y asintió. —Muy bien entonces. Que comiencen las enseñanzas. —Y que Dios los ayudara a ambos a sobrevivir a ellas.

CAPÍTULO DOS

HARLOW GOLPEABA el suelo con el pie en el baile de los Daniels mientras observaba disimuladamente las puertas del salón, esperando la llegada de Lord Kemsley. El conde era famoso por llegar tarde e irse temprano, pero le había prometido ayudarla, y comenzarían con su instrucción esta noche.

El hecho de que su señoría no supiera que sus enseñanzas estaban destinadas a ganar su corazón y no el de nadie más era un precioso secreto solo para ella, y para que él lo descubriera.

A su debido tiempo.

Los nervios revoloteaban en su estómago, y luchaba por mantener sus rasgos serenos y no estallar de emoción ante la idea de pasar la velada con su señoría. Que él la guiara, fingiendo hacer que el hombre que ella admiraba se pusiera celoso de su asociación. Que la ayudara a perfeccionar sus artimañas seductoras para usarlas con el hombre que le enseñaba.

El plan no podía ser más perfecto, pero no se atrevía a compartirlo con nadie, ni siquiera con su hermana, con quien se alojaba esta temporada. Lila había dejado de ayudarla con las ideas escandalosas que se le ocurrían a Harlow, y estaría decidida a detener su plan si se enterara.

Su corazón dio un vuelco cuando Lord Kemsley entró en el salón de baile, su figura alta y atlética captando la atención de ella y otras debutantes. Sin mencionar a varias viudas, la viuda Randall no era una excepción a sus encantos.

Harlow apretó los dientes, odiando la idea de cualquier competencia por la atención de Lord Kemsley, por no mencionar sus afectos. Quería que fuera suyo y de nadie más. Y gracias a que él había accedido a ayudarla a asegurar a su caballero imaginario, ella podría ocupar su tiempo más que nadie.

Él avanzó entre la multitud de invitados, ajeno a las expresiones soñadoras de las mujeres que pasaba. Su cabello rubio ondulado lo hacía parecer un dios besado por el sol, y los dedos de Harlow se crisparon, ansiosos por recorrer esos mechones dorados.

Él la vio y su expresión cambió a una de determinación, y ella contuvo la respiración, sin haber esperado sentirse tan perdida cuando su atención se fijó en ella.

—Señorita York —dijo, haciendo una reverencia ante ella. Tomó su mano y besó la parte superior de su guante de seda antes de mirarla a los ojos.

Harlow tragó saliva y luchó por encontrar palabras que no salieran como un ratón chillón atrapado en una trampa. —Lord Kemsley, qué encantador es verlo esta noche. ¿Qué lo trae a mi lado del salón de baile? —preguntó, manteniendo la conversación ligera y respetable.

Una luz traviesa brilló en sus ojos azules. —Pensé que le gustaría bailar conmigo, señorita York. Por favor, dígame que su tarjeta no está llena y que no he perdido ya mi oportunidad —preguntó, lo suficientemente alto para que otros lo oyeran.

Ella rió, entregándole su muñeca para que pudiera escribir en su tarjeta de baile. —Por supuesto que no, mi lord. Siempre hay espacio para usted —respondió, sonriendo.

Él sonrió mientras escribía su nombre en dos bailes diferentes, y Harlow luchó por controlar sus rasgos para no parecer una mujer que quisiera gritar y saltar frente a la alta sociedad.

Pensó que tal vez él se disculparía y la dejaría hasta su baile, pero en su lugar, vino y se paró junto a ella, mirando a su alrededor para asegurar su privacidad.

—Así que desea aprender cómo asegurarse de que su caballero elegido finalmente la note y haga los movimientos apropiados para ganar su corazón.

Harlow asintió. —Sí, eso es correcto. Pero luego necesito saber qué debo hacer cuando lo haga para asegurarme de que sepa que estoy interesada y que acojo con agrado su cortejo.

—Muy bien, eso debería ser bastante simple. —Dirigió su atención a la sala—. ¿Está él aquí esta noche? —le preguntó.

—Sí, y no muy lejos, así que sea su encantador yo habitual y ayúdeme a hacer que note su interés.

—El hecho de que esté parado a su lado y no en la sala de juegos con varios amigos caballeros hace obvio que estoy interesado en usted —bromeó, mirándola a los ojos.

Un delicioso calor se extendió por su cuerpo ante sus palabras, y tuvo que recordarse que todo esto era un juego. Él siendo su encantador yo habitual. No que realmente pensara las cosas que estaba transmitiendo.

—Gracias por ayudarme, mi lord. Tengo la esperanza de que sus lecciones no sean en vano.

—Yo también, y espero que me invite a la boda —preguntó, con una nota de broma en su voz.

—Me imagino que su asistencia será necesaria después de todos nuestros esfuerzos —respondió. Y si su pequeño plan funcionaba, no solo estaría en la boda, sino a su lado cuando estuviera frente al sacerdote.

—Muy bien, porque disfruto mucho de los desayunos de boda después —afirmó, tomando dos copas de champán de un lacayo que pasaba y entregándole una.

—¿Qué le gustaría que fuera su primera lección, señorita York? Estoy a sus órdenes.

—Bueno —dijo, tomando un sorbo fortificante—. Bailaremos, y creo que debería sostenerme cerca, tal vez un poco más cerca de lo que es apropiado, pero no tanto como para causar ofensa o habladurías en la ciudad. Aunque estoy segura de que las habladurías vendrán sin importar qué, ya que me va a distinguir más durante las próximas semanas antes de que asegure mi propuesta

de matrimonio.

Su atención se deslizó por su cuerpo, y Harlow sintió su inspección como una caricia física. Sus ojos se demoraron en su pecho antes de bajar a sus caderas y luego hasta la punta de sus zapatillas de seda. El hombre era un señuelo andante de todo lo sexual y travieso, todas las cosas que una mujer como ella no debería conocer, pero conocía. Sabía mucho más de lo que él jamás creería.

Desde el matrimonio de su hermana, Harlow tenía acceso a las bibliotecas de Lord Billington aquí en Londres y en su finca de campo. Esas bibliotecas estaban llenas de libros no destinados a los ojos de jóvenes inocentes como ella, pero al encontrarlos, había devorado cada uno.

La tutoría de lord Kemsley sería más una confirmación que una instrucción de lo que ella había aprendido, y no podía esperar para empezar. Para sentirse viva, deseada y experimentar el deseo del que había leído en su forma física, manifestado en su propio cuerpo y alma.

Para ser más directa, no podía esperar a que él la tocara...

Wes reprimió sus impulsos libertinos que parecían levantar sus traviesas cabezas cada vez que miraba a la señorita York. Que su alumna, como ahora la llamaría, tuviera un cuerpo delectable, un rostro angelical y labios de pecado no ayudaba a mantener sus manos quietas. Uno podría perderse en sus fieros ojos verdes, que se demoraban en una persona como si pudieran leer la mente.

Diablos, esperaba que no pudiera leer la suya.

Pero entonces, ella no quería que él mantuviera sus manos alejadas, no del todo, lo que hacía que su enseñanza fuera aún más problemática.

¿Cómo se comportaría alguna vez sin enredarse en una situación que ninguno de los dos quería?

Ella tenía su corazón puesto en otro, cuya identidad le encantaría conocer, pero dudaba que revelara tal verdad. Apartó la mirada de ella, observando la sala y estudiando a los jóvenes presentes esa noche.

No muchos eran atractivos, no a sus ojos en cualquier caso, pero sus intereses no se inclinaban en esa dirección.

Se inclinaban hacia el género femenino, como la que estaba a su lado.

—Creo que puedo hacer lo que me pides, y te daré instrucciones mientras avanzamos que te ayudarán a aumentar tus posibilidades de ganar la atención de tu pretendiente.

—Eso sería maravilloso, milord —dijo ella, con los ojos iluminados de emoción.

Él sonrió justo cuando los músicos comenzaron las primeras notas del vals. —¿Nos vamos, querida? —le preguntó, ofreciéndole su brazo.

Ella asintió, entrelazando su brazo con el de él, y la condujo a la pista de baile antes de tomarla en sus brazos.

Era toda curvas femeninas. Sus caderas se ensanchaban en el ángulo perfecto, el corte de su vestido ofrecía vislumbres tentadores de sus pechos. Ella lo miró mientras se movían en el baile,

meciéndose y girando por la sala. —Cuando estemos juntos como ahora, sigue mirándome. Encuentra mi mirada y no la desvíes. Debemos parecer estar embelesados el uno con el otro, con nadie más.

—¿Así, milord? —Ella encontró sus ojos, sosteniendo su mirada con una determinación férrea que hizo que se le encogiera el estómago. Las damas de naturaleza sensible y delicada no deberían saber cómo mirar a un hombre como la señorita York lo estaba mirando, pero aquí estaba él, con tal dama bajo su instrucción y sintiéndose completamente perdido por la forma en que ella lo observaba.

Como si supiera algo que él no. Como si fuera conocedora de algún secreto delicioso del que él no estaba al tanto.

¿Lo era?

—La forma en que me está mirando podría incluso engañarme a mí, señorita York —declaró, sin haber dicho nada más cierto en su vida. Cuando la señorita York quería fingir interés por alguien, lo hacía muy bien.

—Bueno, ahora somos amigos, espero, y me agradas, así que es fácil para mí fingir que algún día seremos marido y mujer. Amantes, de hecho.

Wes tropezó con sus pies y solo se salvó de caer de bruces gracias a que la señorita York lo sostuvo del brazo y detuvo su caída. Se aclaró la garganta, mirando alrededor de la sala y esperando que la alta sociedad no hubiera visto su faux pas.

—Eres muy directa con tus palabras, señorita York.

Ella se rio, deslizándose de vuelta a sus brazos y al baile. Él la observó, moviéndose por instinto, y se maravilló de su gracia.

—Todo es un juego, milord. No hay daño ni insinuación en mis palabras. Eres simplemente un buen maestro, eso es todo.

—Es cierto, soy muy apto para el juego de la seducción y el fingimiento.

La luz en sus ojos se atenuó ante sus palabras antes de que ella pareciera sacudirse su melancolía y le sonriera. —¿Qué más podemos hacer para parecer embelesados? Él me está mirando ahora —dijo.

Él la acercó mientras se movían en un movimiento circular. Bajó su mano por su espalda, sus dedos deslizándose sobre su cuerpo esbelto y firme bajo el vestido de seda. Sin pensarlo, la acercó aún más, tanto que podía sentir el frente de su cuerpo.

Su boca se abrió en un jadeo silencioso, y él luchó por mantener el control. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Por qué estaba tan abrumado por el deseo hacia la mujer en sus brazos?

Era una doncella, una mujer buscando marido. De hecho, había elegido uno y estaba tratando de atraerlo con la ayuda de otro hombre.

Él no quería acostarse con la mujer en sus brazos y ser el primero, solo para dejarla ir después.

Eso nunca funcionaría. Podría ser un libertino, pero incluso él tenía una línea que no cruzaría.

Ni siquiera con la encantadora y traviesa señorita Harlow York.

CAPÍTULO TRES

EL BAILE LLEGÓ a su desafortunado fin, y Harlow se sorprendió de lo rápido que lord Kemsley la acompañó de vuelta con su hermana y se disculpó antes de marcharse.

Lo observó alejarse con la espalda recta como una vara y la cabeza bien alta mientras se abría paso por el abarrotado salón de baile hasta que lo perdió de vista.

—¿Qué te traes entre manos este año, Harlow? —le preguntó Lila, arqueando una ceja con curiosidad.

—Nada —respondió Harlow, componiendo una expresión serena e inocente. Aunque no podía parecer del todo inocente. No después del baile que acababa de compartir con lord Kemsley.

La había estrechado tanto contra sí que ella había podido sentir cosas. Algo duro y largo en sus calzones que no debería haber notado. El hecho de que lo hubiera rozado más de una vez a propósito —siguiendo un consejo de uno de los libros que había leído, que afirmaba que era algo que a los hombres les gustaba a veces— no había sido decepcionante.

Si acaso, su señoría parecía un poco desconcertado por lo que ella le estaba haciendo sentir, y eso era justo donde quería tenerlo: en su mano como arcilla, perfecto para moldear y esculpir cada uno de sus deseos y sueños.

—No parecía nada —afirmó Lila—. De repente parecía muy interesado en ti. —Lila miró en la dirección por la que lord Kemsley se había marchado—. ¿Por qué crees que es eso, cuando pensabas que estaba tan desinteresado en ti la temporada pasada?

Harlow se encogió de hombros.

—No sabría decirte, pero nos conocemos mejor ahora que estás casada con lord Billington. Son amigos, después de todo.

—Hmm —dijo Lila, y nada más antes de que su marido se uniera a ellas y la llevara a la pista de baile.

Harlow suspiró aliviada, buscando a su amiga favorita, lady Leigh. Divisó a Isla al otro lado de la sala y se dirigió hacia ella, uniéndose a su pequeño grupo de amigas un momento después.

Isla sonrió y le hizo un gesto cuando la vio.

—Harlow, me alegro tanto de que estés aquí. Te he echado de menos desde que nos

separamos la temporada pasada.

Harlow besó la mejilla de su amiga e hizo una reverencia.

—Yo también te he echado de menos. ¿Qué tal tu tiempo en el campo? ¿Disfrutaste estando lejos de la ciudad?

—Oh, sí, fue perfecto en todos los sentidos —dijo Isla con un tono nostálgico. Algo que ocurría a menudo cuando hablaba de su marido, el vizconde Leigh, y de su vida juntos. Pero Harlow supuso que eso es lo que sucede cuando una se enamora y hace una unión tan hermosa.

Rezó para tener también ella un matrimonio así. Si podía convencer a lord Kemsley de que ya no quería ser soltero sino un marido. El suyo, para ser exactos.

—Ven conmigo —dijo Isla, apartándola del pequeño grupo de damas—. Te vi bailando con lord Kemsley. ¿Significa eso que has hablado con él y ha accedido a tus planes?

Harlow le había escrito a Isla durante el invierno para contarle sus planes y esperanzas. Isla la había prevenido, pero le prometió ayudarla en lo que necesitara.

—Sí. Se lo pedí como dije que haría en el baile de los Craig la otra noche, y después de un poco de tira y afloja, lord Kemsley accedió a ayudarme.

Los ojos de Isla se agrandaron y luchó por no sonreír.

—Bueno, eso es prometedor. No creo que ningún caballero ayudara a una dama a menos que hubiera cierto grado de interés. ¿No crees?

—Eso es lo que espero —dijo Harlow—. Me ha prometido bailar conmigo dos veces, ser un poco demasiado familiar conmigo durante esos momentos para intentar que mi supuesto pretendido se interese más en mí.

—Realmente es un plan brillante, y si no da un paso adelante y se declara enamorado de ti al final de la temporada, entonces nunca te mereció en primer lugar.

—De acuerdo —afirmó Harlow, asintiendo—. Y nadie sale herido en este pequeño juego que estoy jugando. Excepto yo misma si no se enamora de mí.

—Eso solo es cierto si él no descubre tu plan. —Isla la detuvo y la miró a los ojos—. ¿Qué pasaría si ocurre lo peor y no abandona sus costumbres libertinas para establecerse contigo? ¿Qué harás? ¿Hasta dónde estás dispuesta a llevar este juego? Te advierto solo porque no quiero verte arruinada por un caballero, incluso uno que nos gusta tanto como él, si no se casará contigo al final de todo esto.

Isla planteaba un buen punto, en el que había reflexionado durante muchas semanas. ¿Qué pasaría si, durante una de sus lecciones, su acuerdo se les fuera de las manos y su tutoría llegara demasiado lejos? Si eso ocurriera, entonces cualquier esperanza de un buen matrimonio se esfumaría para siempre. ¿Cómo podría casarse con otro cuando había sido impropia con un hombre diferente antes del matrimonio? ¿Cómo podría casarse con otro cuando su terco corazón se negaba a renunciar a la esperanza de lord Kemsley?

—Debo confiar y esperar con todo mi ser que esta estratagema mía funcionará y que lord Kemsley se enamorará de mí antes del final de la temporada. La alternativa no es algo que quiera

imaginar.

Isla frunció el ceño, la preocupación que sentía su amiga era clara en su semblante.

—Bueno, por cómo te miraba esta noche, seguramente no todo puede ser actuación. En el fondo, creo que te desea, lo cual es el primer paso para construir una base con su señoría.

—¿Deseabas tú a lord Leigh antes de amarlo? —preguntó Harlow.

Isla se rio.

—Sabes que me desagradaba lord Leigh antes de que me gustara mucho. Pueden pasar muchas cosas cuando el desagrado se enfrenta al deseo. El deseo gana siempre, Harlow, y creo que ese será también el caso contigo y lord Kemsley.

—Oh, espero que tengas razón. —Un lacayo pasó con ratafia, y Harlow consiguió dos copas, entregándole una a Isla—. Espero hacerlo enamorarse tan apasionadamente de mí que cualquier dama que antes hubiera llamado su atención palidecerá en comparación con lo que yo puedo ofrecerle.

—¿Y eso es exactamente? —le preguntó Isla.

—Todo lo que nunca supo que deseaba —dijo, brindando con su amiga antes de dar un largo sorbo y rezar para que todos sus sueños se hicieran realidad.

Wes apostó durante el resto del baile y esperó hasta el último baile antes de intentar encontrar a la señorita Harlow York de nuevo para tomarla de la mano en otra vuelta por el salón.

Después de todo, se lo había prometido y tenían un acuerdo. Antes de dejar a los caballeros con sus juegos, se guardó en el bolsillo los pagarés y el dinero que había ganado en el Hazard y la mesa de faro.

No le llevó mucho tiempo localizar a la señorita York. Durante las últimas horas, su protegida parecía haber ganado algo de popularidad, a juzgar por los varios caballeros que la rodeaban a ella y a la vizcondesa Leigh.

¿Sería uno de esos hombres el que ella quería impresionar? Se dirigió lentamente hacia ella, hablando con varios conocidos en el camino para no parecer demasiado ansioso.

Él no lo era. Por muy hermoso que fuera el retrato que ella ofrecía a un hombre como él para contemplar, admirar y desear, el matrimonio no era un compromiso que quisiera asumir. Al menos no todavía. Tenía veintiséis años, demasiado joven para querer una esposa.

Pero eso no cambiaba el hecho de que coquetear con la encantadora, aunque un poco atrevida, señorita York hacía que asistir a los bailes y fiestas fuera un poco más agradable.

Se paró detrás de varios caballeros, encontrándose con la mirada de la señorita York por encima de sus cabezas, ya que eran unos cinco centímetros más bajos que él. Sus ojos verdes brillaban con humor y expectación, y él sabía la razón.

Compartían un secreto, y la pequeña arpía sabía que estaba a punto de pedirle que bailara.

—Señorita York —dijo, extendiendo su mano—. Mi baile, creo.

Ella tomó su mano y él la condujo a la pista de baile. Se unieron a otras parejas mientras la orquesta se preparaba para tocar la última canción de la velada.

—Pensé que te habías olvidado de mí, milord —dijo ella, deslizándose en sus brazos. Wes ignoró que ella tenía una estatura encantadora para una mujer, ni demasiado baja, lo que haría incómodo el baile, ni una larguirucha que lo sobrepasara.

De nuevo sus pechos llamaron su atención, y se le hizo la boca agua al pensar en los delicados capullos redondos que esperaban que su lengua los lamiera y apreciara.

—Nunca faltó a mi palabra, señorita York —La llevó al baile y echó un vistazo hacia donde ella había estado parada. Lord Abercromby, un vizconde de Cumbria, tenía una nariz casi tan larga como su nombre. Lord Hill era un caballero más apuesto, aunque se rumoreaba que disfrutaba de un poco de juego rudo con sus compañeros de cama.

Wes frunció el ceño al pensar en la señorita York siendo arrojada sobre una cama antes de que le hicieran el amor. No, Lord Hill nunca serviría, y tendría que asegurarse de que su interés particular no se dirigiera en esa dirección.

Los hizo girar durante el baile y estudió al último de los caballeros que estaban observándolos dar una vuelta por la sala. Lord Poulett. Un caballero de considerable riqueza, incluso si la familia no había podido asegurar un título hasta mediados de 1700. Eran nuevos en la aristocracia, pero eso no importaba mucho, no cuando se rumoreaba que valía más de veinte mil libras al año.

—¿Qué opinas de mis admiradores caballeros? —preguntó ella, sonriéndole como una pequeña diablilla.

Él se aclaró la garganta, tratando de encontrar las palabras que no la ofendieran—. Bastante bien, supongo, pero yo me mantendría alejado de Lord Hill. No es para ti —afirmó, sin querer elaborar más.

—Oh, no, milord. No puedes simplemente decir eso. Debes contarme lo que estás ocultando a mis delicados oídos femeninos —bromeó ella, parpadeando sus pestañas como si fuera toda inocente y no hubiera sido ella quien ideara su ridículo, aunque genial, plan.

—¿Realmente quieres saber? —preguntó él, luchando por mantener la sonrisa en sus labios.

—Por supuesto. Si voy a considerar a Lord Hill, que puede que lo haga o no, esos detalles particulares son míos y solo míos para saberlos, pero si lo estoy considerando, me gustaría conocer cualquier secreto que pueda hacer que mi decisión tenga un mejor resultado.

—¿Así que Lord Hill es el caballero que quieres como esposo? —preguntó directamente, con el estómago revuelto ante la idea.

Ella se encogió de hombros delicadamente, su atención se dirigió a la piel clara y perfecta de su cuello—. No voy a decírtelo, milord. Estás aquí simplemente para ayudarme a ganar la atención del caballero. Nada más.

—Bueno, si ese es el caso —dijo, deseando que la señorita York no tuviera nada que ver con Lord Hill—, déjame advertirte que a menos que te guste tener el trasero rosado y ardiendo antes de acostarte con tu marido cada noche, yo buscaría en otra parte que su mano en matrimonio.

Ella jadeó, con la boca abierta, la traviesa bromista de hace un minuto había desaparecido—.

¿Qué quieres decir con palabras tan escandalosas, milord? —preguntó—. ¿Estás diciendo que es violento con sus compañeras de cama? —Miró fijamente a Lord Hill, y él pudo ver el disgusto en sus ojos.

Wes negó con la cabeza, inclinándose para susurrarle al oído—: Le gusta azotar a sus amantes, y si eres su esposa, también los recibirás. —Se apartó, luchando por mantener la sonrisa fuera de sus labios—. No lo hace para ser cruel o para castigar. Algunas mujeres, y hombres incluidos, disfrutan de tales juegos de cama. Puede que descubras que a ti también te gusta. Eso está por determinar.

El rostro de la señorita York se puso rojo brillante, las puntas de sus orejas aún más rojas que sus mejillas—. Respire, señorita York. No quería sorprenderla hasta el desmayo.

Su boca se abrió y cerró varias veces antes de que lograra decir—: ¿Es algo que tú disfrutas, milord?

Wes luchó por encontrar las palabras, ya que nunca le habían hecho tal pregunta en su vida. Y ciertamente no de una doncella.

Pero ¿cómo responder sin escandalizarla más?

CAPÍTULO CUATRO

—SEÑORITA YORK, esa es una pregunta cuya respuesta no es apropiada para sus oídos —Wes se esforzó por mantener su concentración en el baile y no en los inquisitivos rasgos de su pareja.

—Discrepo, milord. Y no olvidemos que usted inició esta conversación, o al menos nos guió por este camino inapropiado, y ahora no descansaré hasta saberlo. ¿Le gusta o no que le den nalgadas?

Él apretó los dientes, su miembro palpitando inútilmente en sus pantalones. —No, no me gusta —Pero no le importaría darle unas nalgadas a ese fino trasero por ser tan atrevida. Quizás después se lo besaría para que se sintiera mejor...

Ella suspiró, desviando su atención hacia algo por encima del hombro de él. —Bueno, es una lástima. Por un momento, pensé que podría ser más travieso de lo que creía.

—Soy lo suficientemente travieso, señorita York. La estoy ayudando, ¿no es así?

—Lo está haciendo, y de manera excelente. Vaya, su interés en mí ya ha captado la atención.

—¿Y alguno de los caballeros que la admiraban antes está pendiente de usted? ¿Está dispuesta a revelarme ya a quién desea?

Ella le miró a los ojos, los suyos brillando de diversión. Sus labios se crisparon al verla disfrutar de la velada y de la farsa con la que estaban provocando a la alta sociedad.

—No me engañará para que revele mi secreto, milord, pero le prometo que, a su debido tiempo, sabrá a quién admiro y deseo. No mantendré el secreto oculto para siempre.

Ella lo observaba y el fondo de su estómago se contrajo. Era tan pura y hermosa, pero eso palidecía en comparación con lo mucho que estaba disfrutando de su compañía, de su deseo de no ser tan bien educada como debería.

Le hizo preguntarse qué más estaría dispuesta a hacer para atraer al hombre de su corazón. —Sus ojos son de un verde tan profundo. Creo que nunca he visto a nadie con ese tono —soltó Wes, sin saber de dónde venían las palabras, solo que al mirarla, necesitaba afirmar tal hecho.

—¿Le gustan mis ojos entonces, milord? ¿Es eso lo que intenta decir? —le preguntó ella.

—Supongo que sí —No veía razón para mentir—. No entiendo por qué debe jugar a este juego, señorita York. Es usted una mujer hermosa. Sus ojos son brillantes y grandes, su nariz está perfectamente proporcionada a su rostro, y tiene unos pómulos preciosos cuando sonríe. Sin

mentonar que su cuerpo es lo que hombres como yo quieren tocar, y a menudo. Si ese caballero que tanto admira no ha mostrado interés hasta que yo lo he hecho, tal vez no sea el hombre para usted.

El placer inundó sus facciones, y él esperaba que no interpretara demasiado sus palabras. No estaba enamorado de ella. Le gustaba, sin duda, tal vez incluso sentía un poco de lujuria, pero ahí terminaba y no iría más allá.

—Entiendo lo que dice, pero creo que simplemente necesitaba un pequeño empujón para verme esta temporada. La forma en que ha hablado de mí y ha bailado conmigo me da más esperanzas cada hora —Ella le sonrió mientras él la hacía girar para detenerse al terminar el baile—. Es usted el hombre perfecto para mí, milord.

—Para ayudarla, quiere decir —corrigió él.

—Para ayudarme, por supuesto —asintió ella. Él la acompañó de vuelta junto a Lady Leigh y habló con Lord Leigh durante varios minutos antes de despedirse. Salió de la sala, mientras otros invitados se dirigían lentamente a sus casas ahora que el baile había terminado.

Salió a los escalones de la entrada de la casa georgiana justo cuando el amanecer besaba los buenos días a Londres. Ayudar a la señorita York era algo bueno. Nunca antes le habían pedido que ayudara a una joven dama, y si eso significaba que la señorita York ganaba el amor de su corazón, entonces haría que la temporada fuera menos mundana y sin sentido como lo eran tantas otras.

Harlow caminaba por Hyde Park la tarde siguiente, con su doncella siguiéndola mientras buscaba a Lord Kemsley. Se detuvo bajo un gran árbol, protegiéndose los ojos mientras estudiaba quién tomaba el aire en esta cálida tarde.

La decepción la apuñaló. Él no estaba aquí, pero podía entender por qué no estaría. No le había pedido que caminara con ella durante sus salidas, pero tal vez debería hacerlo. Declarar que era otra forma de ganar el interés de su pretendido.

—Señorita York, buenas tardes —dijo Lord Hill, quitándose el sombrero e inclinándose ante ella.

Harlow hizo una reverencia, esbozando una sonrisa que requirió más esfuerzo del que debería. —Lord Hill, qué agradable volver a verle. ¿Está disfrutando de su paseo? —le preguntó, avanzando y notando que él también la seguía a su lado. El hombre era de estatura similar a Lord Kemsley, pero donde Kemsley era rubio, Lord Hill era moreno. Y ahora, no podía evitar verlo dando nalgadas a una mujer cada vez que lo miraba.

—Así es, en efecto. El día es cálido, sin un soplo de viento, y me he encontrado con usted. ¿Cómo no iba a mejorar el día con cada tic-tac del reloj estando en su presencia?

Ella sonrió pero ignoró sus palabras. —¿Asistirá a la cena de los Bell esta noche? He oído que habrá más de cincuenta invitados cenando con Lord y Lady Bell antes del baile.

—Así es, en efecto —repitió él—. Y por sus palabras, puedo asumir que usted también estará presente.

—Así es —dijo ella—. Viajaré con mi hermana Lady Billington y su esposo, el vizconde.

Lord Hill frunció el ceño al mencionar a Billington, y ella lo estudió, curiosa por saber por qué la mención de su cuñado le causaría ofensa o preocupación. Tal vez lo que Lord Kemsley dijo de Lord Hill era cierto, y no era el tipo de caballero que debería siquiera fingir que la cortejaba. No quería verse envuelta en un escándalo, al menos no por su propia iniciativa.

—Espero con ansias verlos de nuevo —dijo él, sus palabras carentes de la emoción de su primer encuentro—. ¿Y puedo ser tan atrevido como para asegurarme los dos primeros bailes con usted? Si su mano no está ya prometida a otro.

Harlow difícilmente podía decirle que no al caballero cuando, en realidad, no estaba comprometida con nadie. Lord Kemsley no había logrado asegurar su mano para los dos primeros bailes del baile de esta noche, así que ella no diría que no y se quedaría al lado de la pista de baile durante los dos turnos. ¿Qué pensaría Lord Hill de ella entonces?

—Mi mano no está prometida a nadie, milord. Reservaré los dos primeros bailes si eso es lo que desea.

Sus ojos brillaron con expectación, y Harlow esperaba que no malinterpretara su aceptación. —Espero que también sea lo que usted desea, señorita York. No me gustaría forzarla a hacer algo con lo que no esté de acuerdo.

Sus palabras le dejaron un sabor amargo en la boca, pero ella negó con la cabeza, no queriendo ser grosera. —Esta es la temporada, milord. Hay pocos a quienes no daría la oportunidad de bailar conmigo. Deseo que mi temporada sea un éxito tanto como cualquier otra —dijo, esperando que él entendiera su respuesta y no interpretara su aceptación como algo más de lo que haría con cualquier otro.

No quería que él se creyera especial o un caballero con quien ella deseara que la cortejara, porque no era así. Solo había un hombre para ella, y estaba decidida a ganar el amor de Lord Kemsley antes de regresar a Grafton al final de la temporada.

Eso no significaba que no aprovecharía oportunidades como la que acababa de surgir ante ella, usando a Lord Hill para su ventaja y permitiendo que Lord Kemsley creyera que estaba interesada en el caballero.

—Es cierto, señorita York. Gracias por recordarme que todos estamos simplemente buscando nuestras parejas de vida perfectas.

Ella sonrió, continuando. Harlow buscó en su mente algo de qué hablar cuando un hombre apareció ante ellos a lo lejos. Se movía hacia ellos con pasos decididos, y su boca se secó ante la visión.

Lord Kemsley.

Reprimió el suspiro de alivio y admiración que quería escapar de sus labios. Era tan apuesto y alto, y captaba la mirada de cualquiera que lo observara.

Lord Hill murmuró algo entre dientes que ella no alcanzó a oír antes de escucharlo despedirse.

Harlow logró responder justo cuando Lord Kemsley se detuvo frente a ella, haciendo una reverencia a modo de saludo. —Señorita York, parecía que necesitaba ser rescatada —dijo, mirando en la dirección en la que Lord Hill había desaparecido.

Ella deslizó su brazo alrededor del suyo, y continuaron por el césped. —Creo que puede tener razón en esa apreciación. Nuestra conversación había llegado a un alto chirriante e incómodo.

Él se rió y el sonido profundo y gutural hizo que el fondo de su estómago se contrajera con un calor cálido. —Un riesgo ocupacional con Lord Hill, me temo. No es conocido por ser estimulante, ni en la conversación ni en nada más.

Harlow arqueó una ceja, estudiando a su señoría. —¿Y qué abarcaría ese "nada más", milord? ¿Es algo de lo que debería estar al tanto, o está siendo deliberadamente vago?

—De nuevo, estoy siendo vago. No puedo permitir que unos oídos tan bonitos escuchen lo que sé de Lord Hill. Pero insistiré una vez más, manténgase alejada.

—Ya me ha dicho que le gusta azotar los traseros de sus amantes. No logro imaginar qué más le gusta hacer que sea peor. —Hizo una pausa—. En cuanto a mantener la distancia, ojalá pudiera —suspiró—. Le he prometido los dos primeros bailes en el baile de esta noche después de la cena de Lord y Lady Bell. —Arqueó una ceja hacia Kemsley—. Alguien que se supone que debía ayudarme no me pidió mi mano primero, y me vi obligada a entregarme a otro. —Lo miró con una mirada acusadora, y él sonrió.

—No permitiré que se entregue a nadie a menos que lo desee, señorita York. ¿Necesita que baile con usted en su lugar? Puedo asumir por su respuesta a Lord Hill que él no es el caballero que desea adquirir como esposo.

—Oh, cielos, no, para nada. Lord Hill no tiene nada que hacer frente al hombre que hace que mi corazón lata rápido y mi piel hormiguee.

—¿Hormiguee? ¿Es un hormigueo agradable o un hormigueo incómodo? Debo saberlo.

El calor floreció en sus mejillas, y ella negó con la cabeza. —Le gustaría saberlo, ¿verdad, milord? —dijo en tono de broma—. No responderé a tal pregunta. No es algo que deba saber.

—Pero ahora estoy decidido a averiguarlo —respondió, riendo—. De una forma u otra, lo sonsacaré de usted, señorita York. Debo saber qué tipo de hormigueo es el que siente.

Si tan solo lo sonsacara de ella. Eso sí que sería un hormigueo agradable, estaba segura.

CAPÍTULO CINCO

LA CENA en la casa de Lord y Lady Bell en Grosvenor Street era una invitación muy codiciada. Sin mencionar que se rumoreaba que el baile posterior era animado y siempre entretenido cuando Lady Bell contrataba a artistas que disfrutaban más del demimonde que del beau monde.

Harlow sabía que su invitación a la cena se debía únicamente al hecho de que era huésped del Vizconde y la Vizcondesa de Billington durante la temporada. Aun así, ignorando todo eso, entró al comedor junto a Lord Billington, decidida a disfrutar de su velada entre las familias y amigos más influyentes de la alta sociedad.

Un lacayo le ofreció su silla, y ella se sentó. Lord Hill estaba sentado frente a ella y le dedicó una cálida sonrisa. Ella le devolvió la sonrisa y agradeció que no estuviera a su lado para no tener que pensar en cosas que decirle a su señoría durante toda la cena.

A su lado estaban Lord Abercromby y Lord Poulett, ambos hombres con los que había bromeado con Lord Kemsley sobre su cónyuge ideal. Por supuesto, ninguno de ellos lo era, pero fue útil que Lady Bell la hubiera sentado donde lo hizo.

Lord Kemsley entró en la sala, con la Viuda Randall del brazo, sus cabezas inclinadas en una conversación tranquila. Harlow reprimió los celos que querían hacer que sus ojos se estrecharan y su boca se frunciera.

Su señoría podía hablar con quien quisiera. La estaba ayudando y no sabía que era él a quien ella deseaba al final de sus lecciones.

Aun así, ver a Lady Randall, una viuda rica con la que ya se había encontrado en un entorno privado con Kemsley, era una dura realidad de aceptar.

Se sentaron a varios asientos de ella en el lado opuesto, pero lo suficientemente cerca como para que pudiera escuchar el profundo barítono de Lord Kemsley.

—¿Está disfrutando de la temporada, señorita York? —le preguntó Lord Abercromby mientras les servían el primer plato de sopa de tortuga.

—Así es, Lord Abercromby. Ahora que mi hermana está felizmente establecida, siento mucha alegría por lo que tengo por delante.

—Yo, por mi parte, me alegro de que haya vuelto a la ciudad esta temporada. No pensé que lo haría después de que su hermana se casara con el hombre por el que supuse que usted tenía

sentimientos —dijo él.

Harlow se atragantó con su cucharada de sopa y tomó su servilleta, limpiándose los labios en un intento de recomponerse. Miró hacia el otro lado de la mesa y encontró la mirada de Lord Kemsley sobre ella, sus ojos observándola tanto a ella como a Lord Abercromby.

—En absoluto —logró decir—. Lo que la alta sociedad creía y lo que yo siento son dos cosas diferentes. Quiero a Lord Billington, pero como a un cuñado, ¿entiende? —afirmó, sosteniendo su mirada hasta que él asintió.

Continuó comiendo, negándose a mirar alrededor para ver si alguien más había notado su faux pas. Esperaba que no lo hubieran hecho.

—Me alegra oírlo. Eso da esperanzas a caballeros como yo de que su corazón no esté suspirando por un hombre que no puede tener.

Harlow tomó un respiro para calmarse. ¿Acaso el hombre era tonto? ¿Cómo podía pensar siquiera que ella codiciaba al marido de su hermana? ¿Qué pensaba la alta sociedad? ¿Realmente creían esto? Qué mortificante.

—No sea absurdo —soltó, necesitando cortar este rumor de raíz y devolverlo al ridículo vacío del que provenía—. Y le agradecería que si escucha tales rumores escandalosos, repita mis palabras a quien esté diciendo tales cosas y corrija su suposición.

Él se llevó la mano al corazón. —Por supuesto, señorita York. No la decepcionaré en su petición.

—Bien —dijo ella—. Asegúrese de que así sea.

Wes solo captó pequeños fragmentos de la conversación de la señorita York con Lord Abercromby, pero por su expresión pétrea y sus labios finos y descontentos, no estaba disfrutando en absoluto de su conversación con el vizconde.

Si tan solo Lady Randall a su lado dejara de hacerle sugerencias descaradas sobre lo que podrían disfrutar después del baile, podría intentar escuchar mejor de qué hablaba la señorita York.

Ignoró a su señorita tanto como pudo y agradeció cuando Lord FitzGeorge, a su izquierda, la involucró en una conversación durante varios minutos para que él pudiera seguir escuchando a escondidas la conversación de la señorita York.

Por qué, no podía entenderlo. La estaba ayudando, y se llevaba bastante bien con ella. Supuso que esa era razón suficiente, pero tal vez había algo más que eso.

Era devastadoramente hermosa. Cada vez que la veía, hablando, bailando, riendo... un hambre rugía dentro de él y quería reclamarla como suya.

Pero él era un libertino, un sinvergüenza, un soltero. No buscaba una novia, matrimonio, hijos y compromisos que serían de por vida. Al menos, no todavía.

Las complejidades de sus pensamientos últimamente debían ser porque había accedido a ayudarla, nada más. Eran amigos, y se preocupaba por ella en esa capacidad. No debía interpretar sus emociones más allá de eso.

Miró a Harlow, y ella estaba mirando fijamente las alondras frente a ella, las aves encogidas tampoco eran de su agrado, y rechazó su plato con un gesto.

Ella hizo una mueca, y miró alrededor de la mesa, observando a otros devorar las aves del tamaño de un bocado, y su piel palideció hasta quedar de un blanco fantasmal.

—Señorita York, ¿se encuentra bien? —preguntó él, temiendo que se enfermara frente a la alta sociedad.

Un lacayo se acercó a su silla y la ayudó a ponerse de pie. —Si me disculpan un momento —dijo ella.

Sin pensarlo, Wes la siguió hasta el vestíbulo, ayudándola a dirigirse hacia la sala de recepción donde se habían reunido antes de la cena.

—Un vaso de limonada —le ordenó a un lacayo, quien salió corriendo a cumplir su pedido.

Ella se sentó en un sofá, apoyando la cabeza en sus manos mientras esperaban. —Esos pajaritos eran los pedazos de hueso y carne más feos y encogidos que he visto en mi vida. ¿Cómo podía la gente metérselos en la boca? —le preguntó.

Él se rió, entregándole el vaso de limonada que le habían traído en una bandeja de plata. —La mayoría en la mesa probablemente detesta el ave tanto como usted y yo, señorita York, pero lo comen por cortesía. Me alegra ver que usted no es una oveja más del rebaño.

Bebió un sorbo de la limonada, recuperando un poco el color. —Me alegro de no ser la única que se niega a aceptar esas cosas para no ofender. No podría imaginarme mordiendo esos huesecillos tan pequeños.

—No piense en ello —dijo él—. Podría volver a marearse si lo hace.

Ella asintió, mirando hacia la puerta por encima del hombro de él. —¿Debería estar aquí conmigo, Lord Kemsley? Sé que hay un lacayo justo afuera, pero estamos relativamente solos. Debería volver a la cena.

—¿Y si no quiero hacerlo? —le preguntó, sin saber de dónde salían las palabras, pero sabiendo que eran verdad.

No quería volver y tener que hacer conversación trivial con Lady Randall, a quien no tenía intención de volver a follar, por mucho que a ella le gustara revolcarse en su cama.

Prefería mucho más ayudar a la señorita York, la honesta, dulce y enamorada de otro, la segura señorita York.

—No deseo comprometerlo, milord. Eso nunca ayudaría con mi plan —dijo ella, dedicándole una pequeña sonrisa.

—Bueno, ciertamente sería un camino diferente al que había planeado tan cuidadosamente. —Wes se recostó en el sofá, asegurándose de que ella bebiera el resto de su limonada—. Podríamos discutir otras formas de ganar el interés del hombre con quien desea casarse, si le parece. Para cuando regresemos, las alondras habrán desaparecido.

—Me encantaría —dijo ella, girándose para mirarlo de frente—. Dígame qué más puedo hacer para ganar la atención del hombre que adoro. Necesito conocer todos los señuelos que

puedan ayudarme.

Wes miró por encima de su hombro, asegurándose de que la puerta permaneciera abierta, pero estaban solos. —Creo que deberíamos practicar las habilidades de seducción, pero habilidades que no tengan nada que ver con el tacto, nada táctil.

Ella frunció el ceño. —No estoy segura de entender a qué se refiere, milord —dijo.

Wes cruzó las piernas, poniéndose cómodo. —Una mirada a través de un salón de baile entre dos personas puede tener más impacto que un baile o incluso un beso. Mucho puede decirse, puede revelarse en los ojos de otra persona. La forma en que un hombre o una mujer pueden mirarse con tanta intensidad que sabes lo que la otra persona está pensando sin que se pronuncie una palabra. Las miradas de una persona también pueden transformar una mirada en algo mucho más. Tanto que en lo más profundo de tu alma, la boca del estómago puede contraerse, dar vueltas y hacer que se te corte la respiración.

—Vaya, no tenía ni idea —suspiró ella, mordiéndose el labio.

Wes tragó saliva, controlando sus facciones para no sucumbir a sus propias palabras y empezar a ver miradas de la señorita York que no eran para él.

—Pruébelo conmigo, señorita York. Míreme como si fuera el único hombre que desea en el mundo. El único hombre que quiere en su cama.

Ella se lamió los labios, asintiendo antes de encontrarse con su mirada. Sus ojos bajaron a sus labios antes de volver a encontrarse con los suyos. El deseo y la necesidad, la súplica que leyó en sus profundidades verdes, hicieron que su corazón latiera con fuerza en su pecho.

El aliento en sus pulmones se congeló, y luchó por no caer bajo su hechizo. Ya era muy buena regalando una mirada que le hacía creer que él era el hombre que ella quería. El único hombre para ella.

Su boca se abrió en un suave suspiro antes de regalarle una pequeña sonrisa y volver a mirar sus manos.

Wes permaneció sentado durante varios latidos de su corazón, inseguro de lo que acababa de ocurrir. Su cuerpo se sentía a la deriva, sacudido por la intensidad, la honestidad detrás de su mirada.

—Ya es usted muy buena en eso, señorita York —dijo—. Debería mirar más así a su caballero, y creo que sería maleable en sus manos.

Ella asintió. —¿Creyó usted en la forma en que lo miré, milord? —Hizo una pausa—. Quiero decir, sé que solo somos amigos, pero si no lo fuéramos, ¿una mirada como la que acabo de dedicarle le haría querer perseguirme? ¿Le haría querer venir a hablar conmigo, llevarme a un lugar apartado para un beso secreto?

Maldita sea. No era esto a donde pensaba que llevaría esta pequeña lección. No porque besar a la señorita York no fuera a ser entretenido y probablemente placentero, sino porque nunca antes en su vida le había dicho a nadie la reacción que tenía hacia ellos. Pero entonces, nunca antes había sentido por una mujer lo que estaba sintiendo ahora en la sala de recepción de la casa

de Lord y Lady Bell.

—Si una mujer me mirara de la manera que usted ha dominado, haría más que llevarla a una parte aislada del baile, señorita York. Estaría en mis brazos y bien besada antes de que pudiera parpadear.

—¿De verdad? —preguntó ella, con asombro en su tono—. Nunca he besado a un hombre antes, pero pensar que despertaría tales deseos y necesidades en otro es una señal prometedora. Sus lecciones deben estar funcionando, milord.

Wes arqueó una ceja. —Posiblemente demasiado bien —bromeó.

—Aquí están —dijo Lady Bell, suspirando aliviada—. Me disculpo por las alondras. Sé que no son el plato más bonito —dijo, sentándose junto a la señorita York y tomando el vaso vacío de limonada—. Parece que ha recuperado el color, y creo que el lacayo ha estado presente todo el tiempo que han estado aquí, así que no lo regañaré mucho, Lord Kemsley, pero por favor no vuelva a estar a solas con la señorita York. Eso no está permitido bajo mi techo, ¿entiende?

—Me disculpo, mi lady. Somos amigos, y deseaba comprobar el estado de la señorita York, nada más. Había personal alrededor, como usted ha dicho, no solo vigilando esta sala sino moviéndose por ahí para el baile que se celebrará pronto.

—Sí, que estará aquí antes de que nos demos cuenta, así que síganme y regresen al comedor. Quedan varios platos. Prometo que son mucho más apetecibles que las alondras.

Wes ayudó a la señorita York a ponerse de pie, y su mano rozó la parte inferior de su brazo por encima del codo donde su guante de seda no llegaba a cubrir. Cerró los ojos y luchó contra el impulso de acariciar su suave piel, de bañarse en su cercanía. Ella estaba destinada a otro. Estaba enamorada de otro. No podía seducirla por sus propios medios egoístas, solo para dejarla cuando no se casara. No porque no le gustara mucho, sino simplemente porque disfrutaba siendo un sinvergüenza, un soltero. Su hermano menor que vivía en Gales estaba casado y tenía un hijo. En realidad, no había ninguna razón por la que necesitara casarse solo para engendrar un heredero. Bajó la mirada hacia la señorita York y la sorprendió observándolo, sus ojos llamándolo para cosas que él no podía darle.

Quizás estas lecciones habían sido una mala idea después de todo.

CAPÍTULO

SEIS

HARLOW REGRESÓ A LA MESA, escoltada por Lady Bell, y se alegró de ver que, tal como le habían prometido, las alondras habían sido reemplazadas por cordero asado, carrillada de cerdo cocida y verduras. Lord Kemsley volvió a su asiento, hablando en voz baja con Lady Randall, quien parecía más que complacida de tenerlo de nuevo a su lado.

Habló con Lord Poulett sobre el clima y el próximo baile, pero su corazón no estaba lo suficientemente interesado como para mantener la conversación más de lo que ya había durado. Todo en lo que podía pensar, todo lo que su cuerpo recordaba, era la última lección que había compartido con Lord Kemsley.

¿Podría una mirada entre dos personas realmente alterar la velada de uno o incluso su futuro? Él había afirmado que ella había dominado la mirada muy bien, que había entendido lo que él le sugería que hiciera con su supuesto pretendiente, y ciertamente parecía haber despertado algo en su señoría. El fuego que se había encendido en sus ojos le decía que era cierto.

¿Habrían hecho sus miradas que el fuego lamiera su alma como lo había hecho con la de ella? Terminó la pequeña porción de cordero y observó a Lord Kemsley desde su posición en la mesa.

Él levantó su copa de vino, sus manos grandes cubriendo la mayor parte del cristal, y los nervios se acumularon en su estómago. ¿Cómo se sentiría tener esas manos sobre ella? Eran fuertes y parecían poco cuidadas, a diferencia de las de tantos otros hombres de la alta sociedad. ¿Realizaba algún trabajo manual que ella desconocía? Si lo hacía, ¿qué tipo de trabajo sería? Imágenes de él trabajando con caballos en las caballerizas, su cuerpo musculoso libre de las restricciones de la vestimenta de caballero, sudando bajo el sol del mediodía inundaron su mente. O quizás ayudaba a cortar leña para las chimeneas... sus fuertes brazos balanceando un hacha sobre la madera, los músculos flexionándose con cada golpe.

Él bebió de su copa y sus ojos se encontraron. Una deliciosa sensación revoloteó en su estómago, y por nada del mundo podría apartar la mirada.

En lugar de eso, Harlow dirigió su atención hacia donde sus labios besaban el cristal, y más abajo aún. Su fuerte pecho y sus anchos hombros, la corbata perfectamente anudada que rodeaba su cuello, no pudo evitar preguntarse a qué olería.

No, ella sí conocía la respuesta a su pensamiento. Lord Kemsley olería maravillosamente, posiblemente a sándalo o algún otro aroma terroso que siempre había admirado. Él continuaba mirándola, y ella se removió en su silla, dolorosamente consciente de cómo la hacía sentir. Como si su cuerpo no fuera suyo y él pudiera hacer que hiciera lo que quisiera.

No estaba segura de que no pudiera hacerlo.

La voz apagada de Lady Fairchild llegó hasta ella, y la mención del nombre de Kemsley llamó su atención. —Lord Kemsley es muy apuesto, ¿no es cierto? —dijo su señoría a Lady Bell a su derecha, apartando la atención de su anfitriona de la cena.

El calor besó las mejillas de Harlow, y dio un largo sorbo a su vino. —No es difícil de mirar —coincidió—. Un caballero muy complaciente, creo. Qué lástima que esté decidido a ser soltero para siempre.

Lady Fairchild se rio entre dientes, suspirando mientras su atención se desviaba hacia Kemsley, quien se reclinó mientras el lacayo servía el siguiente plato. —Estos solteros empedernidos mantienen a todos en vilo y nos brindan mucho entretenimiento durante la temporada, pero cualquier cosa más allá de eso, y me temo que los corazones están destinados a la angustia.

¿Habría notado Lady Fairchild que Kemsley se había ido con ella y pensado que su amistad con su señoría estaba condenada a terminar con ella con el corazón roto? Esperaba que no fuera el caso, pero luego él mismo había dicho que no quería casarse. Una advertencia, aunque no dirigida a ella, que debería tener en cuenta.

—Es una suerte para aquellos que buscan una pareja que haya otros más que dispuestos a llenar ese vacío, ¿no es así? —dijo Lady Bell, su intento de dejar de hablar sobre Lord Kemsley aparentemente funcionando. Lady Fairchild era una reconocida chismosa, después de todo.

—Ciertamente lo es —afirmó Lady Fairchild—. Quizás deberíamos contarle tales verdades a Lady Randall, para que no haga el ridículo en la mesa.

El alivio la inundó al saber que no hablaban de ella sino de Lady Randall, seguido rápidamente por la desesperación. Harlow miró a Lady Randall, que ahora reía incontrolablemente junto a Kemsley, con su mano enguantada firmemente sobre su brazo. Incluso desde aquí, Harlow podía ver que estaba haciendo más que un simple roce, en su lugar había agarrado su brazo superior, sus dedos trabajando su músculo en un abrazo no apropiado para una mesa de cena.

La mujer era demasiado atrevida cuando estaba en compañía.

Lady Bell se aclaró la garganta, lanzando una mirada de advertencia a la viuda Randall. La viuda pareció hacer caso de la indicación y se reclinó en su silla, volviendo a ser la serena y perfecta viuda de antes.

—Nunca se casará con ella, ¿sabe? Le gusta la persecución y nada más. Por mucho que me agrade Lord Kemsley, es el rey de todos los bribones, y cualquier mujer que busque su corazón estará marcada por la decepción —declaró Lady Fairchild con franqueza.

Harlow observó cómo Lady Bell controlaba sus facciones, y no pudo evitar preguntarse si la propia Lady Randall alguna vez había esperado un futuro con el conde que no se había materializado.

Gracias al cielo que solo le había contado a Isla sobre sus planes, y nadie sabía cuáles eran sus esperanzas para el futuro. Pero, ¿tenía razón Lady Fairchild? ¿Estaba esperando un futuro, un milagro con Kemsley que no se materializaría?

Él disfrutaba de la compañía de las mujeres, incluso de su compañía. Sus lecciones eran útiles, pero ¿estaban marcando alguna diferencia en cómo la hacían pensar sobre ella?

No pudo evitar pensar que, en este punto, no lo habían hecho.

Más tarde esa noche, Harlow bailó los dos primeros bailes con Lord Hill, tal como había prometido. El sudor corría profusamente por el rostro de su señoría, y varias veces tuvo que detenerse y limpiarse la frente con su pañuelo. Los bailes parecían interminables, y ella se sintió aliviada cuando finalmente terminaron.

Harlow levantó la mano hacia su nariz, luchando contra el hedor de su señoría mientras la acompañaba de vuelta con Lady Leigh. El aroma empalagoso de su piel sin lavar flotaba en el aire, y ella esperaba que quienes bailaban a su alrededor y con ellos no pensarán que era ella quien no se había preparado para el entretenimiento de la noche.

Después de varios minutos de conversación trivial, Harlow se excusó, haciendo una reverencia antes de dirigirse hacia las puertas de la terraza. Necesitaba aire. El olor se aferraba a sus fosas nasales, y no podría disfrutar ni un momento más del baile.

Al salir a la gran terraza de losas, se alegró de ver a otros invitados mezclándose en el exterior, disfrutando de refrigerios y charlas ociosas entre amigos.

Harlow caminó hacia la barandilla y echó un vistazo a los oscuros jardines. Tomó una profunda bocanada de aire y se sobresaltó cuando una mano cálida y grande se deslizó por su espalda. Un caballero alto y bienvenido pasó rozándola antes de apoyarse despreocupadamente contra la barandilla de piedra, sonriéndole.

—¿No fue de su agrado el baile, señorita York? Salió corriendo del salón como si el mismo diablo le pisara los talones de sus zapatillas de seda.

—Solo necesito un momento de paz y aire fresco —dijo ella, siguiendo su propio consejo y respirando profundamente, eliminando el hedor repugnante que aún se aferraba a sus fosas nasales.

Lord Hill necesitaba aprender sobre higiene adecuada.

—¿Desea estar sola? —preguntó él, alejándose un poco.

Sin pensarlo, Harlow le tomó la mano, acercándolo. —No —dijo, soltándolo rápidamente. Miró a su alrededor, aliviada de que nadie les prestara atención, y se dio cuenta de lo que acababa de hacer—. Agradecería su compañía. Tal vez podría darme otra lección.

—¿Otra? —Sonrió, observándola atentamente—. Me temo que nuestras lecciones tienen un límite en cuanto a lo que puedo enseñarle. —Se lamió los labios, y el fuego corrió por las venas

de ella.

—Hemos hablado de bailar, tocar y cómo uno debe mirar a la persona que desea seducir, pero creo que tendremos que reforzar estos puntos en lugar de aprender algo más.

La decepción apuñaló a Harlow, y frunció el ceño. No quería eso en absoluto. Deseaba pasar tanto tiempo con su señorita como fuera posible y aprender todo lo que pudiera para ganar su corazón.

Para seducirlo y tenerlo a su lado.

—Pero necesito saber todo lo que hay. ¿Por qué no puede enseñarme más? Seguramente hay otras cosas que podemos hacer —le suplicó.

Un músculo trabajó en su mandíbula, y arrastró sus botas Hessian por la terraza. —Por supuesto que las hay, pero esas lecciones no están exentas de riesgos. No arruinaré su reputación.

Ella se burló, sacudiendo la cabeza. —Lord Kemsley, seguramente lo que usted sabe no puede ser tan malo como todo eso —afirmó, con una pequeña parte de ella esperando estar equivocada. Lo que él sabía sería perverso y salvaje, todo lo que ella quería ser cuando se trataba de él.

Su garganta trabajó al tragar. —No debería decirle esto, señorita York, pero cuando deseo seducir a una mujer, puedo llevarla a una parte privada de la casa que organiza el baile o la cena. Puedo caminar con ella por la terraza y desaparecer en los oscuros jardines.

Harlow sintió que sus ojos se agrandaban y la esperanza florecía en su alma. —¿Qué haría con su dama entonces, milord? Por favor, dígamelo. Debo saberlo todo —dijo, con una pequeña parte de ella esperando que la llevara a los jardines y la besara hasta el amanecer.

—Bueno —dijo, inclinándose cerca para asegurar la privacidad—. Podría hablar con la mujer, mencionar lo hermosa que se ve en su vestido. Incluso podría intentar tocarla de alguna manera, jugar con un mechón de cabello que se hubiera soltado de sus horquillas, o tocar su brazo o mano, esperando que deseara más de mí antes de separarnos.

Su voz bajó a un barítono profundo, persuasivo, y nada parecido a lo que ella había escuchado de él antes. Era como si estuviera pensando en ella como su próxima amante.

Cómo deseaba que así fuera.

—¿Y entonces robaría un beso? —preguntó, sosteniendo su mirada.

Él asintió, su atención bajando a los labios de ella. Harlow se mordió el suyo y pensó en cómo usar lo que su señorita le había enseñado en su contra. Tenía que saber, tenía que hacer que él superara esta barrera que había puesto en sus lecciones y conocer todo lo que había. Si pudiera besarlo, seguramente eso llevaría al afecto.

Llevaría a que él renunciara a su soltería, a su vida de libertino, y se convirtiera en su esposo.

Sus labios se crisparon, y se encogió de hombros. —Quizás un beso o quizás algo igual de perverso —bromeó, moviendo las cejas.

Harlow se quedó boquiabierta ante las posibilidades de algo igual de perverso. Su corazón latía fuertemente en su pecho, y su determinación de conseguir lo que quería anuló todo su

sentido común y decoro.

—Quiero que me enseñe cómo besar a un hombre. Si sé esto, estoy segura de que puedo persuadir al hombre con el que quiero casarme de que soy su pareja perfecta en todos los sentidos.

Fue el turno de Lord Kemsley de quedarse boquiabierto, y la miró fijamente durante varios momentos antes de mirar a su alrededor para asegurarse de que tenían privacidad. —No te besaré, Harlow. Eso no está en nuestro acuerdo.

Harlow luchó contra el impulso de patear el suelo. —Somos amigos y nada más. ¿Qué daño hay en que me enseñe tal cosa? No lo morderé, pero odiaría cometer tal error con el hombre con el que deseo casarme si no sé lo que estoy haciendo. Por favor, milord. No me decepcione cuando estoy cerca de conseguir lo que quiero.

Usted ...

CAPÍTULO SIETE

WES luchó contra el impulso de acceder a todo lo que Harlow York le pedía. No podía llevársela y darle lecciones de besos, por muy tentadora que fuera esa idea.

Era una deliciosa muñequita, y si hubiera sido una viuda o incluso una esposa descontenta en la sociedad, sabía que hacía tiempo habría intentado tumbarla en una cama y follar con ella toda la noche, sin sentir culpa alguna.

Pero no lo era. Era una doncella inocente, prácticamente todavía una debutante, ya que esta era su segunda temporada. Sin mencionar que estaba bajo más escrutinio que la mayoría por haber sido la joya de la temporada el año pasado.

No podía besarla.

No podía.

Cerró los ojos, luchando contra el bribón que rugía dentro de él para hacer todo lo que no debía. Llevársela por la esquina de la terraza, correr con ella detrás de un seto enorme y tomar esos labios traviesos que le hacían pucheros en ese mismo momento.

Maldita sea, era buena para conseguir lo que quería, o al menos cuando se trataba de intentar persuadirlo para que rompiera todas sus reglas con señoritas inocentes.

—No puedo darte tales lecciones, Harlow. Sabes que no puedo. Si nos atrapan, te casarás con un hombre que no desees, y yo perderé la libertad que tanto adoro. Nuestro matrimonio sería un infierno, y no permitiré que sufras las consecuencias de semejante error. No es justo.

—Pero no nos atraparán —suplicó ella—. Seremos cuidadosos.

Wes negó con la cabeza.

—No, no me dejaré persuadir.

Su boca se tensó en un gesto de irritación antes de girarse sobre sus talones y dejarlo solo en la terraza. La vio regresar al baile, una parte de él decepcionada por no haber probado su boca tentadora, pero él no era para ella.

No podía cruzar esa línea, por mucho que anhelara hacerlo. Ella era una doncella. Besarla podría llevar al escándalo y a la ruina, y eso no era el propósito de sus lecciones. Debía ayudarla, no obstaculizar su camino hacia un final feliz con quien fuera que ella quisiera a su lado por el resto de su vida.

Sin nadie más en la terraza con quien deseara conversar, regresó al baile y observó desde la seguridad de la pared y varias matronas que estaban frente a él cómo Lord Poulett sacaba a bailar a la señorita York.

Los ojos del caballero ardían de interés por la señorita York, y él apretó los dientes. ¿Era este el caballero con quien ella quería casarse? Ciertamente parecía más que complacida, sonriéndole al hombre como si fuera las estrellas y la luna en su pequeño e inocente universo.

Lord Poulett la atrajo a sus brazos cuando empezaron a bailar. Wes tomó un respiro para calmarse, resolviéndose a mantenerse fuerte. Ella no lo convencería de ser su yo bribón.

No con ella, en cualquier caso.

Era la cuñada de uno de sus buenos amigos. Llevar las lecciones más allá de la línea de la propiedad arriesgaría esa amistad, entre otras. No lo haría.

No dispuesto a ver otro momento de sus amplias sonrisas hacia Lord Poulett, se dirigió a la puerta. White's sería más agradable en cualquier caso y más seguro para su reputación, que estaba patinando sobre hielo delgado, especialmente cuando ella le rogaba que hiciera cosas perversas.

Después de todo, él era un hombre. Su determinación solo llegaba hasta cierto punto.

Wes evitó a la señorita York durante dos días antes de asistir al baile de máscaras de los Daniels. Era una velada que nunca se perdía. Desde que llegó a la ciudad a los dieciocho años, había asistido a la máscara anual de Lord y Lady Daniels y no permitiría que la señorita York y su atractivo lo detuvieran.

No es que ella fuera a estar aquí esta noche. Este baile, organizado por la alta sociedad, no era para los débiles de corazón. Normalmente solo asistían parejas casadas, viudos y viudas, y a veces incluso personas del demimonde. No se permitían debutantes, así que esta noche debería ser libre de disfrutar y no verse tentado a una situación que pudiera llevarlos a ambos por caminos alejados de donde sus vidas deseaban ir.

Wes sonrió al ver a su madre hablando con Lady Daniels, y se unió a ella, besando su mejilla en señal de bienvenida.

—Mamá, Lady Daniels, es un placer verlas a ambas. ¿Espero que tengas espacio en tu tarjeta para un baile conmigo, mamá? —preguntó, sonriendo cuando ella rio como una joven recién llegada a la ciudad.

—Wes, mi querido hijo. Esperaba verte aquí. Realmente deberías mudarte a casa y no hospedarte en Albany. Disfruto más mi tiempo en la ciudad cuando puedo vivir vicariamente a través de ti.

Él se rio, tomando una copa de brandy de un lacayo que pasaba y bebiendo lentamente.

—No creo que desees tal cosa —bromeó—. Más bien, desees persuadirme hacia alguna señorita casadera que has elegido para mí.

Su madre le dio un golpecito en el brazo con su abanico mientras Lady Daniels reía detrás de sus dedos enguantados.

—Lord Kemsley, eres un diablo, pero es por eso que te apreciamos tanto. Nunca eres aburrido. Eso te lo concedo —dijo Lady Daniels antes de disculparse para unirse a otro grupo de amigos.

Su madre lo estudió por un momento, con una sonrisa nostálgica en su rostro.

—Tu hermano es feliz, solo quiero lo mismo para ti —hizo una pausa, señalando su rostro—. ¿Te gusta mi máscara? La hice hacer especialmente por la modista para que combinara con mi vestido.

—Te queda muy bien —dijo, justo cuando la sala se llenó de murmullos y exclamaciones ahogadas.

Miró hacia las puertas del salón de baile, y su corazón se detuvo ante la visión de la mujer que estaba allí. Entrecerró los ojos, tratando de reconocer a la mujer, su cuerpo encendido con fuego ante el exotismo y el misterio de ella.

—Veo que Lord y Lady Billington han llegado, pero me sorprende que hayan traído a la señorita York. No está casada, como sabes.

Wes se atragantó con su brandy. ¿Esa era Harlow?

Bajo el dominó de color esmeralda, un resplandeciente vestido dorado de corte imperio acentuaba un cuerpo esbelto y deseable que él había admirado mucho antes de que comenzara su pequeño juego de instrucción.

La señorita York apartó la capucha del dominó de su cabello, revelando largos mechones castaños rizados sobre sus hombros en lugar de recogidos como solían estar. Una máscara de seda negra cubría sus ojos y nariz, sus labios pintados de un rojo intenso. Wes tragó saliva. Con dificultad.

Ahora estaba aún más besable.

¿Cómo podría no ceder y darle lo que quería? Instrucción sobre cómo usar esos labios para su beneficio.

Entrecerró los ojos, pensando en el hombre que eventualmente llegaría a probarla, tocarla, y apretó los puños a los costados, su cuerpo un templo de irritación controlada.

—Es una joven encantadora y buena amiga de Lady Leigh, según tengo entendido —dijo su mamá, observándolo atentamente antes de volver su atención a la señorita York, quien ahora se abría paso entre la multitud de invitados—. Deberías invitarla a bailar, Wes. Creo que le gustaría mucho —dijo su madre, con un brillo burlón en los ojos.

Él ignoró su mirada y se aclaró la garganta. —Bailaré con ella y con muchas otras, Madre. No sería un caballero si no cumpliera con mi deber.

Su madre resopló. —Hermana de una vizcondesa y mejor amiga de otra, sin duda será una novia adecuada para algún caballero.

Wes hizo una reverencia, sintiendo la necesidad de marcharse pisándole los talones. —Si me disculpas. Veo a un amigo con quien deseo hablar. —Se alejó de su madre antes de que ella lo arrastrara hacia la señorita York y exigiera que se casara con ella de inmediato.

Buscaría a la señorita York más tarde. No quería que su mamá pensara que estaba interesado en la muchacha o ser uno de los primeros caballeros a su lado. Eran amigos, sí, pero nada más que eso. La señorita York necesitaba tiempo para que el hombre con quien deseaba casarse viniera a saludarla y mejorara su relación.

Se dirigió hacia donde Lord y Lady Daniels habían colocado grandes arbustos en macetas en el salón de baile como decoración y observó cómo la señorita York pronto se vio rodeada por un grupo de caballeros admiradores. Tal como debía ser.

Lord Hill estaba entre ellos una vez más. Habría que disuadir al hombre de continuar su cortejo a Harlow. No era el adecuado para ella. Ella merecía alguien que al menos intentara tener un matrimonio feliz, y la señorita York no lo obtendría con su señoría.

¿Por qué te importa?, una voz de advertencia interrumpió en su mente.

Apartó el pensamiento poco útil. No era tan canalla como para no preocuparse en absoluto por las mujeres. Y Harlow era su amiga.

Ella tomó la mano de Lord Abercromby, y él la condujo a la pista para un baile campestre. Durante varios minutos, Wes la observó moverse de arriba a abajo por el salón de baile. Su risa entusiasta hizo que sus labios se curvaran, y no pudo evitar admirar su belleza natural, su joie de vivre que siempre exhibía.

Su cuerpo vibraba con la necesidad de estar cerca de ella, de hablarle, de continuar sus lecciones.

Quieres hacer más que instruirla verbalmente.

Esa maldita voz estaba de vuelta, y maldijo internamente. No quería arruinarla, pero no podía ignorar lo que su cuerpo le estaba diciendo. La deseaba. Quería besarla.

Y tal vez no solo porque necesitara aprender a seducir al hombre con quien deseaba casarse.

Rechinó los dientes. ¿Quién era ese hombre en todo caso? ¿Era Lord Abercromby quien ahora la hacía girar por la pista? Ciertamente era apropiado, y ella parecía disfrutar de su compañía más que de cualquier otro que hubiera visto. A pesar de su gran y dominante nariz.

¿Era él el hombre a quien ella quería llevarse a escondidas y besar, seducir para que se casara con ella?

Un lacayo pasó, y él tomó dos copas de brandy, bebiendo una de inmediato antes de salir a grandes zancadas del salón de baile. No podía seguir observando ni un momento más. No cuando su mente le estaba jugando malas pasadas, haciéndole pensar cosas celosas que no debería.

Ella era su amiga. Era su alumna.

No era, y nunca sería, su amante.

CAPÍTULO OCHO

HARLOW supo el momento exacto en que Lord Kemsley se había escabullido del salón de baile. Era como si su cuerpo estuviera sintonizado con cada ubicación de él, su estado de ánimo, sus miradas, cada una de sus palabras.

Pero ahora él no estaba aquí, a pesar de que acababa de verla bailar, con el fastidio escrito en su rostro lo suficiente como para darle una pizca de esperanza de que estaba sintiendo algo por ella.

Qué era ese algo, no podía decirlo, pero estaba decidida a averiguarlo.

Después del baile, se despidió de Lord Abercromby y salió del salón. No sabía adónde había ido Lord Kemsley, pero hasta que lo encontrara, fingiría estar buscando el tocador en caso de que alguien se cruzara con ella.

La casa era grande, con varios pasillos que partían del salón de baile, que estaba en la planta baja. Oyó a varias damas subir las escaleras y supo que el tocador debía estar en el primer piso. Renunciando a la compañía de los demás, caminó por un pasillo oscuro. Varias habitaciones estaban cerradas en este pasillo, y se detuvo en seco cuando llegó a la sala de billar y vio a Lord Kemsley inclinado sobre la mesa, golpeando una pequeña bola verde con más ira y determinación de lo que creía que requería su juego solitario.

Se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Es hora de mi lección? Como te fuiste del salón de baile, pensé que vendría aquí a buscarte.

Su golpe contra la bola hizo un fuerte chasquido, y se irguió, apoyándose en su taco de billar.

—No deberías haberme seguido, señorita York. Ya hemos hablado de lo que podría pasar si te atrapan conmigo.

—Lo sé —dijo ella, entrando en la habitación y cerrando la puerta tras de sí—. Pero no nos atraparán. Nadie me está prestando atención, y tú te fuiste mucho antes que yo. Te preocupas demasiado de que la gente piense que está pasando algo entre nosotros cuando no es así.

Harlow observó a Kemsley, esperando que sus palabras pudieran provocar algún tipo de negación, pero decepcionantemente, él asintió en acuerdo.

—Bien, así es como debe ser —dijo él.

¿Pero es así como queremos que sea? Quería preguntarle. En su lugar, entró en la habitación con toda la seducción que pudo y se apoyó en la mesa de billar.

—Aún creo que deberías enseñarme a besar. ¿Qué pasa si mi pretendiente me roba un beso para ver si soy lo suficientemente apasionada para ser su esposa, y lo estropeo todo? Sabes que te culparé a ti, y eso no puede ser.

Su mirada se deslizó hacia sus labios. Esta noche había sido audaz y le había suplicado a Lila que le permitiera ponerse un poco de rouge en los labios, ya que todas llevaban máscaras, y ella afortunadamente había accedido.

El hambre oscurecida en los ojos de Kemsley le dijo que quizás su intento de parecer seductora, una sirena en lugar de una debutante inocente, podría haber dado resultado.

O muy bien lo haría pronto.

Tomó su taco de billar y lo colocó de vuelta en un soporte de madera donde había otros antes de pasarse una mano por el pelo.

—Está siendo difícil, señorita York.

—No lo soy —argumentó ella—. Somos amigos, y no hay nada indebido sucediendo entre nosotros, ni lo habrá aunque me instruyas en esta nueva lección. Estás asustado, eso es lo que pasa. No pensé que los libertinos se intimidaran alguna vez por besar a una mujer.

Él la miró como si hubiera perdido parte de la razón, lo cual ciertamente ocurriría si no la besaba pronto.

El hombre exasperante.

—No tengo miedo de besarte. Simplemente no quiero que pienses más del beso de lo que deberías. —Un músculo trabajó en su mandíbula mientras la observaba—. Los besos a veces se vuelven apasionados, sin importar cómo empiecen, y no quiero que empieces a pensar en mí de una manera diferente a como lo haces ahora.

Improbable. Ella ya lo consideraba la luz más brillante en su vida, y eso no cambiaría. Pero sus palabras le dieron esperanza de que cambiaría de opinión y le enseñaría a besar.

Su estómago revoloteó ante la idea, y eligió sus siguientes palabras con cuidado.

—No cambiaré de opinión sobre ti, Lord Kemsley. Conozco muy bien tu estilo de vida y que deseas mantenerlo. Tampoco te veo de esa manera romántica. Me gusta otro. Ya hemos hablado de esto. Te prometo que tu virtud está a salvo conmigo —terminó, contenta de que sus palabras sonaran objetivas y al grano.

Aunque fueran un montón de tonterías.

Él dudó solo por un momento antes de que ella supiera que había ganado esta pequeña pero también trascendental batalla.

—Muy bien. Siéntate en el sofá y comenzaremos. Te explicaré lo que debes hacer y practicaremos.

Harlow hizo lo que le pidió, tragándose un chillido de emoción. Esta noche, justo en este momento, iba a tener su primer beso. Se sentó y acomodó el dominó y su vestido a su alrededor,

mirando a su señoría, que se unió a ella.

Él se inclinó cerca.

—Cuando una pareja se besa, ciertas cosas pueden ocurrir antes del evento en sí.

Ella asintió, esperando que sus ojos no estuvieran muy abiertos y maravillados con él. Ciertamente se sentían tan abiertos como platos en este momento.

—Entiendo. Te refieres a las miradas que ya hemos repasado —afirmó.

—Eso es correcto. —Su mano se deslizó sobre su hombro, un dedo moviéndose lentamente sobre la piel desnuda de su cuello para levantar su barbilla—. Un caballero también puede tocarte un poco, mover sus dedos sobre tu piel, deleitarse con la sensación de ti.

—Sí —jadeó ella, aclarándose la garganta, esperando que él no pudiera escuchar su corazón latiendo fuertemente en su pecho—. ¿Mi piel te parece lo suficientemente suave? —Necesitaba saberlo, necesitaba que él la tocara más.

Bésame ya.

—Es suave —inclinó su cabeza hacia la curva de su cuello—. Hueles divinamente, como a rosas.

Harlow luchó contra el impulso de sonreír ante sus palabras y compuso su expresión para parecer una estudiante dócil dispuesta a aprender.

—¿Crees que mi prometido dirá cosas así?

Lord Kemsley se apartó y la miró a los ojos, y ella se preguntó qué estaría pasando por su hermosa mente.

Él asintió.

—Mmm, sí, por supuesto. Ahora continuemos con la lección.

Las palabras de la señorita York sacaron a Wes del borde del precipicio de olvidar exactamente lo que estaba haciendo en ese momento con ella. No se suponía que debía disfrutar teniéndola en sus brazos.

Al menos no tanto.

Por supuesto, sabía que lo haría, pero no hasta el punto de olvidar que estaba enseñando, instruyéndola en el arte de la seducción para su prometido y olvidando durante esa instrucción que él era un actor en su juego, no un participante al que ella deseaba seducir.

—Un hombre puede besar tu cuello, mordisquear el lóbulo de tu oreja. Así —dijo, mordiendo la carne entre sus dientes y acariciándola con su lengua.

La sintió estremecerse en sus brazos, y las manos de ella subieron para descansar sobre sus hombros, sus dedos clavándose en él a través de su chaqueta.

—No te alarmes si esto ocurre. No te alejes. Simplemente deléitate con la sensación de tu amante y cómo te hace sentir.

—Entiendo —apenas murmuró ella, con voz baja y queda. Él la miró mientras besaba la parte inferior de su oreja. Sus ojos estaban cerrados, su boca ligeramente entreabierta.

Maldición, era una belleza, tan receptiva y perfecta. El caballero, quienquiera que fuese por

el que ella se había decidido, era ciertamente un hombre afortunado.

—Entonces puede apartarse lo suficiente para ponerse frente a ti —Wes observó sus rasgos, sus largas y oscuras pestañas que se cerraban sobre sus mejillas sonrosadas. Sus labios estaban carnosos y exuberantes, perfectos para besar.

—Abre los ojos, Harlow, y mírame.

Ella hizo lo que le pidió, mirándolo sin decir una palabra.

—Podéis miraros así. Una pausa final antes de que os besarais. Si quisieras detener el progreso, este es el momento en el que te apartarías.

Su atención se desvió hacia su boca, y él esperaba que ella no pudiera sentir el latido de su corazón a través de su ropa de noche. No había esperado reaccionar tan fuertemente hacia ella, incluso fingiendo y enseñando como estaba.

Desearla tanto como lo hacía.

No para siempre, pero ciertamente por ahora.

—¿Qué sucede después? —preguntó ella, lamiéndose los labios y enviando una descarga de deseo a su miembro.

—Comenzaría besándote, lentamente al principio, pequeños roces de nuestros labios para incitarte a copiarme, a hacer lo que yo hago.

Su cuerpo ardía de expectación y necesidad. Salvó el espacio que los separaba y sus labios se tocaron.

Cerró los ojos con un suspiro. Sus labios eran tan suaves como había pensado, llenos y buscadores como esperaba. Los rozó contra los de ella, provocándola, buscando una respuesta, y no se sintió decepcionado.

Las manos de ella subieron para agarrar la base de su cuello, sus dedos hundiéndose en su cabello antes de que sus labios presionaran con más fuerza contra su boca.

—Ahora, debes abrirte para mí, besarme como si no pudieras tener suficiente de mí. Como si el sabor y la sensación de mí nunca fueran suficientes. Como si tu vida misma terminara si no te arrojaras a mis brazos.

Ella asintió y cerró el espacio entre ellos. Su boca se abrió, y Wes hizo lo mismo, buscando su lengua con la suya, moviéndose para profundizar el abrazo y saborearla como había anhelado hacer. No podía dejar de saborearla.

Ella se apartó, con los ojos muy abiertos.

—Tu lengua, ¿qué fue lo que acabas de hacer? —le preguntó.

—Puedes hacer lo mismo conmigo. Solo sigue mi ejemplo —Ciertamente iba a ir al infierno por hacer que una mujer inocente se degradara tanto con él. Un hombre que nunca sería su esposo.

Pero tampoco podía evitarlo. Quería que ella lo besara.

Ahora.

Ella cerró el espacio entre ellos, sus manos sujetando su mandíbula mientras sus labios

tocaban los suyos por tercera vez. El fuego corrió por su sangre y estalló en un incendio cuando la lengua de ella se sumergió tentativamente en su boca.

Él le devolvió el beso y no le ocultó nada. Tomó su boca en un beso abrasador que lo mareó de necesidad. Sus lenguas se entrelazaron, sus pequeños gemidos de sorpresa, de disfrute, elevando su necesidad a un tono incontrolable.

Sin pensar, la atrajo hacia sí, sus pechos presionando con fuerza contra su pecho. Luchó por mantener sus manos en las caderas de ella, por no deslizarlas más arriba y agarrar sus abundantes senos.

El beso continuó, sus bocas fundidas, lenguas entrelazadas, tomando, luchando por el dominio. Era demasiado, y aun así no era suficiente. Algo le dijo que nunca sería suficiente. No cuando se trataba de Harlow York.

Wes se arrancó de su agarre, con la respiración entrecortada. —Creo que esto debería concluir nuestra lección —dijo, poniendo un espacio muy necesario entre ellos—. Esto da por terminada la parte de besos de mi instrucción, y la has superado con creces. —Sabía que sus palabras sonaban absurdas y fuera de lugar después de lo que acababan de hacer. Por no mencionar que su tono era demasiado agudo.

¿Ella había pasado su prueba de besos?

Estaba seguro de que él había fallado.

Miserablemente.

CAPÍTULO NUEVE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Harlow durmió hasta tarde, recostada en su suave cama y recordando todo lo que había sucedido la noche anterior con lord Kemsley. Qué maravilloso regalo había sido su instrucción de besos. Sin mencionar que no podía evitar pensar que él había perdido un poco el control cuando ella estuvo en sus brazos.

Harlow se dejó caer de espaldas, mirando fijamente el techo ornamentado de la casa de su hermana con el vizconde. Pronto, si todos sus planes daban fruto, ella también tendría una casa como esta, pero con Kemsley.

Nunca había estado en la casa de Londres de él, pero sentía curiosidad por cómo podría ser. Él alquilaba un apartamento en Albany, pero su madre había abierto la casa familiar en Hanover Square para la temporada.

No muy lejos de donde ella se alojaba ahora. Con su doncella a cuestas, podría dar un paseo casual por allí y ver lo que posiblemente podría ser suyo algún día.

Si lograba que él se enamorara de ella. Si conseguía hacerse indispensable para su señoría.

Sonó un golpe en su puerta y, sin esperar respuesta, entró su hermana, llevando el vestido de paseo de Harlow. —Buenos días, querida, o debería decir buenas tardes, ya que estás siendo una completa holgazana y durmiendo todo el día.

Harlow se rio, sentándose, mientras observaba a su hermana colgar el vestido en el armario. —¿Qué haces con mi vestido? ¿Has elegido una ocupación diferente en esta casa además de ser la señora de la mansión? —preguntó Harlow, sonriendo por su ocurrencia.

Lila puso los ojos en blanco y se sentó al pie de la cama. —Me encontré con tu doncella, y parecía un poco ocupada con sus tareas, así que me ofrecí a subir tu vestido. De todos modos, venía a verte.

—¿Ah, sí? —preguntó Harlow—. ¿Qué te trae a mi habitación?

—Bueno, en cuanto a eso —dijo su hermana, observándola—. ¿Has olvidado que hoy vamos a pasear por el parque en el carruaje? Supongo que lord Kemsley estará allí, y pareces estar pasando mucho tiempo con su señoría. Sin importar lo que se diga de él, ciertamente parece estar cortejándote —dijo Lila.

Harlow no dejaría que las palabras de su hermana le dieran esperanzas. —Por supuesto que

recuerdo que vamos a pasear —dijo, alisando las sábanas sobre sus piernas—. Lord Kemsley es un amigo de la familia, uno de los de tu marido, si necesito recordártelo. Simplemente está siendo amable conmigo, nada más. Por favor, no hagas comentarios maliciosos sobre cortejo delante de él. No quiero hacerlo sentir incómodo si lo vemos. —Que su hermana actuara como casamentera y le diera a lord Kemsley la idea de que a ella le gustaba, y no el hombre imaginario del que lo había convencido, sería desastroso. Él no la ayudaría si pensara tal cosa, y ella necesitaba que pasara tiempo con ella. Que la conociera lo suficiente como para enamorarse.

—No interferiré, lo prometo. Pero sí noté que ya pasan mucho tiempo juntos en los bailes, y él acudió en tu ayuda durante la cena cuando las alondras te indispusieron. ¿Quizás le gustas, Harlow?

Ella se encogió de hombros. —No sé lo que él siente, pero mis emociones y pensamientos no han cambiado. Quiero que sea mi esposo. No puedo pensar en nadie más que en su señoría que me convenga. Tenemos conversaciones maravillosas, me hace reír, y es un caballero amable, sin importar si ha sido un libertino en el pasado. Pero él no debe saber que mis sentimientos están comprometidos. Es un libertino después de todo, y se asusta fácilmente.

Su hermana sonrió, sacudiendo la cabeza. —Bueno, sea lo que sea que estés haciendo para atraer a su señoría, ciertamente parece estar funcionando, y te diría que continúes, pero no sobrepases los límites del decoro.

Harlow bufó, lanzando a su hermana una mirada dudosa. —Lila, por favor. No puedes decirme tal cosa cuando tú misma no obedeciste esa regla el año pasado. ¿Debo recordarte lo que me contaste que sucedió entre tú y lord Billington?

Las mejillas de su hermana se tornaron de un rosa intenso, y se levantó, dirigiéndose a la puerta. —No es necesario, hermana. Te entiendo perfectamente, pero no quiero verte lastimada. Protege tu corazón y tu reputación hasta que estés segura de él. Ese es todo el consejo que voy a darte. —Lila señaló el vestido que acababa de colgar en el armario—. Ahora vístete. Salimos en una hora para el parque.



EN LUGAR de ponerse su vestido de mañana, Harlow decidió que un paseo a caballo por el parque sería mucho más preferible que el carruaje. Se cambió y se puso su traje de montar azul oscuro y envió a su doncella a que ensillaran una de las yeguas con toda prisa.

Al encontrarse con su hermana en el vestíbulo, aunque Lila estaba decepcionada de que no iría con ellos en el carruaje, siendo ella misma amante de los caballos, podía entender que Harlow prefiriera montar.

—Caminaré cerca de ustedes, pero en mi montura. Aún podremos hablar —dijo, justo cuando un lacayo les notificó que el carruaje estaba listo y su caballo también.

No les tomó mucho tiempo llegar al parque. Una brisa fresca agitaba las plumas de su

sombrero, y ella caminaba con su montura detrás del carruaje y se detenía cada vez que su hermana paraba para conversar con otros miembros de la alta sociedad.

Harlow observó quién estaba presente, asintiendo en reconocimiento a lord Abercromby y lord FitzGeorge, quienes estaban bajo un gran roble con dos jóvenes damas.

Una familia con varios niños, desde bebés hasta adolescentes, hacía un picnic junto al Serpentine, los niños mayores jugando y persiguiéndose entre sí.

Su caballo pisoteó con fuerza, sacudiendo la cabeza mientras ella esperaba que el carruaje de su hermana avanzara. Justo cuando su hermana se despedía de lord y lady Davies, uno de los niños junto al lago golpeó una pelota dura con un bate que produjo un fuerte chasquido.

Su yegua se asustó hacia un lado, y Harlow dejó escapar un grito, aferrándose a las riendas. Pensó que había calmado a su montura antes de que sonara otro chasquido, y esta vez no hubo forma de detener a su caballo.

La yegua se encabritó y luego salió disparada a través del parque. Por un momento, Harlow no pudo hacer nada más que agarrarse. La idea de saltar pasó por su mente, pero luego decidió no hacerlo cuando el suelo pasó velozmente bajo sus pies a una velocidad vertiginosa.

Se sentó baja en la silla de montar, tirando con todas sus fuerzas para frenar a su caballo, pero con poco éxito. Su yegua estaba asustada, huyendo sin pensar ni tener precaución.

Su corazón latía fuertemente en sus oídos, sus brazos temblaban mientras luchaba por detener a su montura, por hacerla parar. El estruendo de cascos sonaba detrás de ella, pero no se atrevía a mirar. Como un caballero de brillante armadura, un caballo y un hombre se acercaron a su lado, una mano extendida para agarrar la brida de su caballo.

Solo entonces Harlow miró para ver quién había venido a rescatarla.

—Tranquila, yegua —arrulló a su caballo, frenando ambos caballos, sus brazos tensándose con el esfuerzo—. Tranquila ahora —dijo de nuevo, y finalmente, Harlow sintió que su caballo se ralentizaba.

Cuando estuvieron nuevamente inmóviles, solo entonces se atrevió a hablar.

—Lord Kemsley, ¿cómo podré agradecértelo jamás? —jadeó, su cuerpo temblando de miedo y agotamiento.

Sin decir palabra, saltó de su caballo y la bajó de su montura antes de apretarla entre sus brazos, su abrazo absoluto.

—Vi a tu caballo desbocarse y pensé que te pasaría lo peor.

La calidez fluyó por sus extremidades, evitando que sintiera que se derrumbarían bajo ella. Sus dulces y sinceras palabras la hicieron querer hacer más que devolverle el abrazo.

—Estoy bien. No me ha pasado nada. Gracias a ti —dijo, con la voz aún temblorosa. Levantó la mirada y se encontró con sus ojos. Su miedo ardía en su mirada azul, y su corazón dio un pequeño vuelco. No había esperado que él tuviera una reacción tan profunda ante su apuro, pero verlo, escuchar sus palabras y lo que había hecho para salvarla encendió la esperanza en su corazón.

Y no la soltaba.

Wes había bajado al parque para disfrutar de un tranquilo paseo a caballo por Rotten Row; no esperaba ver a un caballo desbocado cruzando Hyde Park como si le hubieran dado varios latigazos en el lomo.

El miedo que se alojó en su garganta cuando se dio cuenta de que la mujer que intentaba detener la montura era Harlow le había provocado un escalofrío de pavor por la espalda que aún no se disipaba, incluso con ella en sus brazos.

La miró fijamente, comprobando que estuviera bien y que no le hubiera pasado nada antes de que el sonido de Lady Billington gritando su nombre mientras se acercaba a ellos llegara a sus oídos.

Wes dio un paso atrás, soltando su abrazo, e instantáneamente sintió el frío de su elección.

La constatación de que le gustaba tenerla en sus brazos fue tan desconcertante como detener a su asustada montura. Luchó por controlar sus facciones para mostrar una indiferencia benigna.

Pero algo le decía que ella podía ver a través de ello, podía leer tan bien como cualquier persona que abre un libro que él había sentido la atracción que tenían y estaba luchando con uñas y dientes para ignorarla.

—¡Harlow! —exclamó Lady Billington mientras corría entre los caballos donde estaban parados. Atrajo a su hermana a sus brazos, abrazándola con fuerza.

Wes observó a las hermanas y agradeció que hoy, al menos, el resultado fuera bueno.

—Estoy bien, Lila. Lord Kemsley se ha asegurado de ello —dijo, lanzándole una pequeña sonrisa.

Él asintió, el alivio haciendo que sus extremidades se sintieran como si hubiera corrido a través del parque tal como lo había hecho el caballo. —Me alegro de haber podido ser de ayuda y estar aquí para auxiliar. —Miró hacia atrás en la dirección de la que había huido el caballo—. ¿Sabes qué asustó a tu montura? —preguntó.

—Niños jugando con un bate y una pelota, me temo —dijo Lady Billington—. Oh, Harlow, estaba tan asustada de que te fueras a caer. Gracias al cielo que mantuviste el equilibrio e hiciste todo lo posible hasta que llegó Lord Kemsley.

—Él es mi caballero de brillante armadura —bromeó, encontrándose con su mirada rápidamente—. Pero de verdad, estoy bien, aunque no me apetece cabalgar hasta casa. ¿Podemos atar mi montura a la parte trasera del carruaje?

—Creo que es una idea sensata —estuvo de acuerdo Wes, sin querer ver a Harlow en otro caballo, ni hoy ni quizás nunca. El miedo, el horror se aferraban a su mente y no cedían.

Podría haber muerto. Podría haberse caído y roto el cuello.

Un escalofrío le recorrió la espalda y se estremeció. —Os acompañaré de vuelta al carruaje —dijo, tomando las riendas de ambos caballos mientras empezaban a caminar hacia el equipaje.

Harlow caminaba delante de él, su hermana enlazando sus brazos y manteniendo a su hermana menor cerca. Podía entender la necesidad mientras observaba a Harlow cambiar de

tema sobre lo encantador que era el día para intentar aliviar la preocupación de su hermana.

Su inquietud duraría muchas horas, si no lo atormentaría para siempre, por lo que podría haber sucedido aquí hoy.

CAPÍTULO DIEZ

MÁS TARDE ESA NOCHE, toda la alta sociedad hablaba del roce con la muerte que había tenido la señorita Harlow York después de que su caballo se desbocara en Hyde Park. Sin mencionar cómo el gallardo héroe del momento, Lord Kemsley, la había salvado de una muerte segura o de una discapacidad permanente.

Él no era ningún héroe. Simplemente había hecho lo que cualquier otro caballero habría hecho si hubiera visto al caballo desbocarse como él lo había hecho. Que fuera el primero en reaccionar era mera coincidencia.

O al menos eso se decía a sí mismo cuando el pensamiento interminable e irritante de que se preocupaba por la señorita York reverberaba en su mente.

Era su amiga. Tenían un acuerdo. Ella amaba a otro. No había nada más en sus acciones de hoy que las de un conocido que acudía en ayuda de otro.

No tenía sentimientos por Harlow York.

Frunció el ceño ante el líquido ambarino en su copa, y se le erizó el vello de la nuca. El maestro de ceremonias continuaba anunciando los nombres de los que llegaban al baile de los Frost cuando se anunció a Lord y Lady Billington y a la señorita Harlow York.

Su mirada se elevó a través de la sala, y observó cómo ella seguía a su hermana y a su cuñado al entrar en la habitación ya abarrotada. Esa noche llevaba un vestido de seda verde claro cubierto con ornamentados bordados de plata en el corpiño. Era una visión, hermosa hasta el extremo, y sin embargo había más en ella que su bonito rostro y su delicioso cuerpo. Era amable, traviesa, leal y tenía la espontaneidad que a él a veces le faltaba en situaciones sociales.

La señorita Harlow York era el tipo de persona que uno no podía evitar apreciar, incluido él mismo.

Ella hizo una reverencia ante Lord Hill, el caballero contra el que él la había advertido, pero a quien ella seguía permitiendo que la cortejara.

Wes rechinó los dientes. ¿Era este el caballero que a ella le gustaba por encima de todos los demás? ¿Era Lord Hill a quien ella intentaba poner celoso y hacer que actuara sobre esos celos proponiéndole matrimonio?

Ese hombre no era digno ni de limpiarle las botas, aunque no podía evitar preguntarse si

había alguien que lo fuera.

Se bebió el brandy de un trago. Tales pensamientos no eran útiles, y no necesitaba tenerlos. Él no iba a casarse con ella, así que ¿qué le importaba con quién se casara y se acostara?

Girando sobre sus talones, abandonó la sala, buscando el lugar donde Lord y Lady Frost habían dispuesto juegos de cartas y dados para sus invitados. Se refugiaría allí hasta que se marchara. Tal vez visitaría Whites de camino a casa o viajaría al East End al garito de juego de Blackhaven, distrayéndose con otra compañía femenina que fuera segura, que no quisiera nada de él más que su capacidad para darles placer.

No buscaría a Harlow York esta noche. Ese camino llevaba al desastre, y aún no había superado la visión de su forma fría e inerte sobre la hierba de Hyde Park si lo peor hubiera ocurrido hoy.

Wes se procuró otra copa de brandy, bebiéndosela de un trago. Algo le decía que necesitaría muchas esta noche.

El baile de Lord y Lady Frost estaba abarrotado. Harlow se abrió paso entre la multitud, y aun así no podía ver a unos pocos pies frente a ella. La sala tenía una neblina de humo por las velas de sebo barato que su señoría había elegido usar esa noche, para disgusto e incomodidad de todos.

Había dado dos vueltas por la sala durante la última hora, buscando a Lord Kemsley, pero no podía encontrarlo. Se detuvo cerca de una gran y ornamentada chimenea cubierta de flores y dos columnas doradas y frunció el ceño.

¿No había venido? ¿Cómo iba a perseguirlo a través de sus lecciones si él no estaba aquí? Durante varios minutos debatió qué hacer. ¿Debería dar otra vuelta por la sala?

Al ver a Lord Hill dirigiéndose hacia ella, fingió no verlo y se unió a un grupo de jóvenes damas que apenas conocía, esperando que él la perdiera entre la multitud. No estaba de humor para escuchar sus muchos cumplidos, que por alguna razón sabía en lo más profundo de su ser que eran falsos, solo un medio para engañarla haciéndole creer que se preocupaba por ella.

No era así. Los caballeros aquí que la cortejaban eran todos iguales. Simplemente cumplían con su deber, buscando una esposa, dándole hijos, y sin preocuparse más allá de esos hechos.

Pero ella no quería un matrimonio como tantos otros. Quería uno como el de su hermana, como el de su buena amiga la vizcondesa Leigh.

Su intento fracasó, y cuando él la vio de nuevo, supo lo que tenía que hacer. Harlow dejó el salón de baile y siguió a un grupo de jóvenes damas al tocador, decidiendo que era un lugar tan bueno como cualquier otro para esconderse de Lord Hill. El tocador tenía dos doncellas, y varias damas se sentaban para un momento de paz lejos del baile de abajo. Harlow aceptó un vaso de limonada y se sentó junto a una ventana, mirando hacia la oscuridad de la noche.

—¿Has visto a Lord Kemsley esta noche? No pensaba que un caballero pudiera llegar a estar tan borracho como él, pero me equivocaba —dijo la señorita Sweeney, con una inclinación traviesa en sus labios.

—Mamá dijo que es escandaloso de su parte, pero también dijo que tales acciones del conde son comunes. Es travieso hasta la médula —intervino Lady Anna Bell, la hija mayor de Lord y Lady Bell.

Harlow fingió no oír, pero no pudo evitar preguntarse dónde habían visto a Lord Kemsley en tal estado. Ella no había podido localizarlo en ninguna parte. ¿La había estado evitando como ella había estado evitando a sus admiradores? El pensamiento era mortificante.

La señorita Sweeney se rió mientras salía de detrás del biombo, donde las damas se aliviaban. —Casi se cae al salir de la sala de juego que Lord y Lady Frost han preparado para todos ellos. No es que a Lady Randall pareciera importarle. Estaba más que feliz de que él se apoyara en ella para sostenerse.

Harlow miró por la ventana, pero solo pudo ver su propio reflejo devastado. Tragó el nudo que tenía en la garganta. ¿Estaba Lady Randall rondándolo de nuevo? Suponía que tenía sentido ya que la dama era viuda, pero Lord Kemsley no era el juguete de su señoría. Ella ya se había casado una vez en su vida. Ahora era el turno de Harlow de ganar el corazón de alguien.

Sus pensamientos eran absurdos e inmaduros, pero maldita sea... quería a Kemsley para ella. La idea de Lady Randall, una mujer de mundo, que sin duda sabía cómo estar con un hombre más íntimamente que un beso, vería a Harlow como ninguna amenaza, ni debería serlo.

Harlow era una muchacha de campo de una familia desconocida y sin título nobiliario. Aunque pudiera ser adinerada, no era una viuda con una propiedad asegurada por un heredero varón como lo era Lady Randall.

—Lord Kemsley no parecía estar disfrutando de la compañía de Lady Randall tanto como solía hacerlo. Si me lo preguntan, se veía distraído, como si estuviera buscando a alguien más —declaró Lady Anna mientras se arreglaba el cabello frente a un espejo.

Los ojos de Harlow se encontraron con los de Lady Anna a través del reflejo, y rápidamente se volvió para inspeccionar los jardines. ¿Se refería Lady Anna a ella? ¿Habría notado que Harlow y Kemsley pasaban más tiempo juntos de lo habitual?

Las jóvenes damas se marcharon, Lady Anna deseándole buenas noches a Harlow antes de cerrar la puerta silenciosamente tras ellas. Harlow permaneció allí varios minutos más, sin querer volver al baile, solo para ver a Lady Randall adulando a Kemsley. Que él estuviera ebrio solo empeoraría la visión, ya que probablemente olvidaría todas sus lecciones y estaría demasiado ocupado tratando de meterse bajo las faldas de su señoría como para buscarla a ella.

La ira mezclada con frustración palpitaba en su interior, y salió de la habitación para irrumpir por el pasillo. Se detuvo en lo alto de las escaleras, no queriendo parecer una loca enamorada y celosa.

Él no sabía que ella lo deseaba. Que lo adoraba y se preocupaba por él, y tampoco revelaría su juego todavía. Hacerlo significaría que él huiría y se alejaría de ella, lo cual era el último resultado que deseaba obtener.

En ese momento, un lacayo salió del baile y se dirigió al exterior. Harlow permaneció en lo

alto de las escaleras. No estaba segura de qué detuvo sus pasos, pero algo le dijo que esperara, que hiciera una pausa y observara.

La risa tintineante de Lady Randall irrumpió en el vestíbulo antes que su señoría, y Lord Kemsley tropezó en el vestíbulo desde el salón de baile, mientras un lacayo le entregaba el chal a su señoría.

Un carruaje se detuvo frente a la puerta de la casa, y con un temor nauseabundo, Harlow observó cómo Lord Kemsley escoltaba a Lady Randall fuera de la casa y bajaba los escalones.

Solo entonces Harlow se movió hacia la planta baja. Se detuvo en el último escalón, y el temor —un nauseabundo bulto de piedra asentado en su pecho— descendió mientras lo veía ayudar a Lady Randall a subir al carruaje.

Antes de unirse a ella, él se volvió, y sus miradas se encontraron.

Sus ojos se ensancharon al verla, y dio un paso hacia ella antes de que la voz de Lady Randall detuviera su dirección.

Toda su vocación, las muchas semanas tratando de hacer que él la viera como algo más de lo que era para él, una amiga, se desvanecieron y se desmoronaron a sus pies. Él no se preocupaba por ella en absoluto. No si estaba escapando del baile de Lord y Lady Frost para fornicar con Lady Randall.

Harlow quería gritar «ramera», pero eso estaba por debajo de ella, y su señoría no era ninguna mujer ligera.

Creyó ver arrepentimiento y tal vez vacilación en el rostro de Kemsley antes de que él se volviera y se uniera a su señoría en el carruaje. Sin embargo, no pasó por alto la sonrisa petulante y arrogante de Lady Randall, y Harlow supo que ella creía que finalmente había ganado la guerra entre ambas.

Sin querer verlos partir, Harlow levantó la nariz en el aire, intentando parecer por encima de las acciones de ambos, y regresó al baile. Que su corazón doliera y su visión se nublara era irrelevante, y al menos algo que Lord Kemsley no había visto.

CAPÍTULO ONCE

WES TENÍA el estómago hecho un nudo. Luchó por no mirar por encima del hombro mientras la residencia de Lord y Lady Frost desaparecía por la calle londinense a medida que el carruaje avanzaba por Piccadilly.

—Me alegro tanto de que me hayas buscado, milord. Te he echado de menos estas últimas semanas —dijo Lady Randall, con un tono cargado de sensualidad—. ¿Adónde iremos? ¿A tu casa o a la mía? —le preguntó, apretando su pecho contra el brazo de él.

La sensación de su cuerpo voluptuoso y dispuesto hizo poco por despertar sus expectativas. Cuando se había topado con su señoría en el baile, por un momento sintió alivio de que no fuera la señorita York. No quería ver a Harlow, temía que las emociones que lo habían bombardeado esa tarde en el parque volvieran.

Debería sentir nada más que alivio de que su amiga estuviera a salvo. La señorita York no era nada para él más que una alumna en el arte de la seducción.

El ser seducido por ella no formaba parte del plan.

—A la tuya —dijo, preparándose para seguir adelante con su plan improvisado de esa noche de perderse en el cuerpo dispuesto de Lady Randall, olvidarse de la joven de cabello castaño claro y ojos verdes que atormentaba sus sueños.

Ella parecía tan devastada por su partida esa noche.

Wes cerró los ojos, no queriendo recordar tales detalles. Había esperado marcharse sin que nadie lo notara. No había pensado que la misma mujer que había estado evitando toda la noche sería quien lo descubriría.

Nunca en su vida se había sentido tan pequeño y culpable.

—Tengo tantos planes para nosotros, Wes. Todo lo que te gusta, estoy más que dispuesta a complacerte —se inclinó, rozando sus labios contra su mejilla, y él se quedó inmóvil.

No podía hacer esto.

En el pasado, probablemente la habría poseído en el carruaje antes de llegar a su destino, pero ya no. No esta noche. La idea no tenía ningún atractivo, y sabía a quién culpar por ello.

Harlow...

El carruaje se detuvo frente a la residencia de Lady Randall, y un lacayo bajó de un salto,

abriendo la puerta. Ayudó a su señoría a descender, pero luego se detuvo en el umbral de la puerta del carruaje. —Me temo que ya no podré acompañarla, milady. Mis más sinceras disculpas. Buenas noches —dijo, ignorando el rostro sorprendido de su señoría y de su lacayo, quien por sus encuentros pasados sabía lo que ocurría y no habría esperado que Wes rechazara tal oportunidad.

—Pero pensé que... —dijo ella, alzando la barbilla de manera similar a como lo había hecho Harlow cuando la verdad de la situación se hizo evidente—. Buenas noches, Lord Kemsley. Gracias por escoltarme a casa —dijo, girando sobre sus talones sin mirar atrás.

—A casa —ordenó a su cochero, desplomándose en los cojines. Ignoró la vocecita en su cabeza que le decía que volviera y se revolcara con Harlow York para sacarla de su mente.

Pero incluso entonces, sabía que ella no se movería de la posición que ahora ocupaba. Estaba grabada allí después de su beso, y maldita sea, no se disiparía.

Harlow agradeció cuando su hermana se fue de compras a Bond Street, dejándola para que se aislara y se regodeara en su propia autocompasión a la mañana siguiente. Había dormido poco durante la noche. Imágenes de Lord Kemsley en brazos de Lady Randall la atormentaban tanto en sus horas de sueño como en las de vigilia.

¿Cómo se atrevía?

Pero entonces, ¿por qué no habría de atreverse? Era un soltero, no cortejaba a nadie. Por mucho que ella deseara que la estuviera cortejando, no lo hacía. No le debía nada.

Pero ese beso...

Había algo en su beso que había sido diferente a una mera instrucción. Él había perdido el control. Estaba segura de ello. La había deseado, no meramente para enseñar.

No se equivocaba en eso.

Harlow prácticamente bajó las escaleras pisando fuerte y se escondió en la parte trasera de la casa, en una pequeña habitación que no tenía ningún propósito en absoluto, aunque seguía siendo tan cómoda como todas las demás, con un opulento sofá y una vista de los jardines traseros, por limitada que fuera la única ventana.

Sonó un golpe en la puerta, y ella permitió la entrada al lacayo.

—Señorita York, Lord Kemsley está aquí para verla —anunció.

Harlow se volvió de mirar con enojo los rosales del exterior para encontrar a Lord Kemsley entrando a zancadas en la habitación, dirigiéndose decididamente hacia ella.

—Señorita York, buenos días. Espero que no le importe que la visite —dijo, todo palabras dulces, como si la mantequilla no se derritiera en su boca engañosa y que había poseído a Lady Randall.

Frunció el ceño ante sus pensamientos. ¿Se podía poseer con la boca? No lo creía, pero aun así, él era la última persona que deseaba ver hoy.

—Lord Kemsley, está usted aquí. Habría pensado que estaría muy ocupado en otra parte —dijo, alzando una ceja sarcástica, esperando que él leyera más en sus palabras que su valor

nominal.

El pequeño movimiento del músculo en su mandíbula le dijo que lo había hecho. —Tenemos lecciones, señorita York. No me diga que lo ha olvidado.

Ella pasó junto a él, moviéndose para sentarse en el sofá. —Ya no necesitamos tales lecciones. Usted es un hombre ocupado, solicitado por muchos. Yo solo estoy interponiéndome en su disfrute de la temporada —las palabras sabían a vinagre. No quería decirlas. Dolía admitir que, por mucho que conociera este predicamento, este dolor que estaba sintiendo era todo por su propia causa.

Nunca debió haber intentado ganarse su amor y afecto. Fue una tonta al pensar que su plan funcionaría.

Él vino y se sentó a su lado, reclinándose en el sofá como si fuera el dueño de la casa. Un hombre tan odioso y ciego que no podía leer el ambiente.

—No me acosté con Lady Randall —soltó de repente.

Harlow podía sentir su mirada sobre ella, y luchó por no reaccionar ante su confesión. ¿No se había acostado con su señoría? El alivio la inundó. Al menos quizás aún había una pequeña oportunidad de ganarse su corazón.

Pero el hecho de que se hubiera ido en primer lugar con Lady Randall le indicaba que aún le quedaba camino por recorrer para ganárselo por completo. —No creo que necesite saber tales cosas, milord. Lo que haga en su vida privada no es de mi incumbencia.

Él le lanzó una mirada de incredulidad. —¿Lo dices en serio? Anoche en el baile de los Frost, parecías molesta cuando me fui con su señoría. La escolté a su casa. Como sabes, somos viejos amigos, nada más.

Harlow se encogió de hombros y mantuvo su atención en la ventana que daba al jardín, no en Lord Kemsley. Su mirada trazaba un camino ardiente sobre su mejilla, pero aun así, ella no lo miraría. Si lo hacía, sabía con certeza que él adivinaría todos sus pensamientos y sentimientos, y eso nunca sería conveniente.

Aunque le gustaría ser su esposa algún día, no le daría tanto poder sobre ella todavía. Él necesitaba ganarse su amor, si alguna vez lo deseaba, y exponerse ahora, lo que estaba sintiendo, dolor, ira, celos, no le haría ningún bien en absoluto.

—Muy bien, ¿qué lecciones tenías en mente para hoy? —preguntó, controlando sus gestos—. ¿Más besos? ¿Baile? ¿O había algo más que querías mostrarme, milord?

Lord Kemsley entrecerró los ojos antes de que una pequeña sonrisa conocedora se extendiera por sus labios. —Quiero hablar sobre el poder de un toque, señorita York.

—¿Toque? —soltó ella, no muy complacida con la idea. Le sonaba bastante aburrido—. ¿Quieres tomar mi mano, y así es como me enseñarás a ganarme al amor que deseo? —se burló—. No creo que estas lecciones estén ayudando en absoluto.

—Al contrario —dijo él—. Un toque puede ser muy poderoso, incluso sensual, y podría darle al hombre con quien deseas casarte la perspectiva que necesita para saber que eres la indicada

para él. Un toque —dijo, tomando su mano y colocándola entre las suyas—, podría ser el catalizador que le muestre que deseas más que una mera amistad.

Harlow ignoró que su corazón latía más rápido en su pecho y luchó por parecer indiferente. —Muy bien, muéstrame cómo un toque podría cambiarlo todo entre un hombre y una mujer.

—Con gusto. —Su pulgar acarició el dorso de su mano. Su atención se centró en donde se unían—. Tus manos, señorita York, son tan suaves. Tus dedos son largos y delgados, muy delicados. —Levantó su mano hasta sus labios y rozó suavemente con su boca el dorso de su mano, enviando escalofríos por su columna. Ella tragó saliva, sin esperar que su cuerpo la traicionara cuando estaba tan decidida a estar enojada con Lord Kemsley para siempre.

Él encontró su mirada, sus dedos jugando con los de ella durante varios minutos, las comisuras de sus ojos se arrugaron, y el aliento en sus pulmones se detuvo. Él era tan apuesto, viril y perverso. Su cuerpo la traicionaba. Anhelaba su toque, no solo en su mano, sino en todas partes. Incluso en lugares donde ninguna dama soltera respetable de la sociedad debería desear. Él entrelazó sus dedos, palma con palma, y ella jadeó. —Juntos así —dijo él—. ¿No sientes lo cerca que estamos? ¿Cómo todo, incluso el aire en la habitación, está más denso con la conciencia?

Harlow asintió, sin atreverse a hablar por temor a suplicarle que la tocara en todas las demás partes de su cuerpo.

—Y si te acerco, deslizo el hombro de tu vestido un poco hacia un lado y beso tu piel aquí —dijo, presionando sus labios contra su hombro. Su boca se movió a lo largo de su clavícula, y sin pensarlo, ella agarró la nuca de él, manteniéndolo allí.

Su respiración se volvió rápida y sus besos contra su cuello se volvieron más insistentes, urgentes.

—Tu aroma. —Gimió en su oído, y ella cerró los ojos, deseando que este momento durara para siempre—. Rosas, tan dulce, tan embriagador.

Harlow abrió los ojos justo cuando él se apartó. Sus miradas se encontraron, se mantuvieron, y el deseo, ardiente y fuerte, la atravesó. —¿Dónde más puede un hombre tocar a una mujer? —preguntó, necesitando saber si los libros picantes que había leído en el pasado eran realmente posibles.

La debilidad ardió en su mirada. —Aquí —dijo, deslizando su mano por su cintura para abarcar uno de sus senos—. Y si te aprieto un poco, encuentro el sensible guijarro escondido debajo de toda esa muselina —dijo, haciendo lo que instruía—, y paso mi pulgar sobre él, se arrugará en un pequeño botón.

Harlow gimió cuando él hizo lo que dijo, su cuerpo ardiendo y deseándolo con una necesidad que no entendía pero quería comprender.

Desesperadamente.

—Me gusta cómo se siente —susurró, presionándose contra su mano—. Y si permito que el hombre con quien deseo casarme me haga esto, ¿crees que nos acercará más? ¿Hará que me

desea como su esposa?

—Pensará en el asunto más que con cualquier otra persona —dijo Kemsley, apartándose y soltándola de su agarre.

Harlow dejó escapar un grito de desagrado antes de recordar que esto era solo una lección para él, ¿pero lo era?

El músculo en su mandíbula contaba una historia completamente diferente.

—Bueno —dijo ella, forzando su voz para que sonara indiferente, aunque su corazón y su cuerpo no anhelaban nada más que al hombre frente a ella—. Esperemos que entre en razón pronto antes de que me rinda en mi búsqueda y me case con otro. El arrepentimiento es una amante terrible, y odiaría que el hombre que adoro se conformara con algo menos de lo que podría tener.

Lord Kemsley la miró a los ojos y asintió en señal de acuerdo, aunque parecía como si quisiera decir algo más, rebatir su argumento.

—Tienes razón, por supuesto. Haz lo que te indiqué hoy y estarás un paso más cerca de conseguir lo que quieres —se puso de pie e hizo una reverencia—. Tengo una cita, discúlpame, pero debo irme. Que tenga un buen día, señorita York —dijo, saliendo a grandes zancadas de la habitación antes de que ella pudiera responder.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras lo veía desaparecer por el pasillo. —Que tenga un buen día, Lord Kemsley —le gritó, sabiendo que no la habría oído—. Y buena suerte tratando de no verse más afectado por mí de lo que ya estás.

CAPÍTULO DOCE

WES NO PODÍA LLEGAR a casa lo suficientemente rápido. ¿Qué demonios le pasaba? No podía presentarse en la puerta de la señorita York y luego hacer lo que le viniera en gana con ella.

Que era muchísimo después de besarle el cuello. Había querido levantarle las faldas allí mismo en la casa de su hermana y tocarla donde sabía que ella anhelaba.

Wes apartó el pensamiento, irrumpiendo por la puerta principal de su alojamiento y subiendo las escaleras como una tromba. Despidió a su ayuda de cámara, que lo encontró en el rellano del primer piso. Le dijo que no lo necesitaría esa noche y se encerró en su habitación.

El alivio lo inundó al estar solo, con la puerta cerrada donde nadie podría interrumpirlo. Se quitó la chaqueta y la corbata, arrojándolas al suelo antes de arrancarse la camisa.

Su miembro se irguió, duro y anhelante por Harlow York.

Maldita sea. ¿Qué iba a hacer?

Bueno, sabía lo que iba a hacer. Se tumbó en la cama y se abrió los pantalones de un tirón. Su erección quedó libre, y el alivio y la expectación lo recorrieron cuando sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de su miembro.

Cerró los ojos, con todos sus pensamientos en lo que había querido hacerle a Harlow minutos antes.

Imaginaciones de bajarle el vestido más allá de los pechos, lamiéndola, provocando los capullos rosados atormentaban su mente. Acarició su miembro con más fuerza, deseando estar entre sus piernas, provocando su sexo con el suyo antes de empujar dentro de su dulce y cálido interior.

Wes gimió y se derramó con fuerza y por largo rato sobre su estómago. Con la respiración entrecortada, se quedó allí tumbado varios minutos, disfrutando del pensamiento, de la euforia que experimentaría si conseguía lo que deseaba.

Tener a Harlow debajo de él en esta cama, a su disposición para mandar, para tomar, para darle placer hasta que no pudiera pensar en nadie más que en él a su lado.

—Joder —maldijo, cayendo de la cama. Recogió su camisa y se limpió el estómago antes de llamar a su ayuda de cámara. Se bañaría y se disculparía con su sirviente por haberlo despedido temprano y luego cambiar de opinión.

Necesitaba asistir al baile de los Collins esta noche. Buscaría a Harlow y le explicaría que sus lecciones ya no eran una buena idea. Que su tutoría de hoy había ido demasiado lejos, que era un sinvergüenza hasta la médula, y que era poco probable que no intentara persuadirla para que le diera más de sí misma.

Se estremeció, abrió la puerta y se odió por el pensamiento. Ella amaba a otro. No podía acostarse con ella y luego permitir que se fuera hacia el atardecer con algún caballero al azar.

Algo le decía que la desearía incluso si ella se casara y dijera sus votos a otro. Era un engendro del diablo.

—¿Llamó usted, mi lord? —dijo su ayuda de cámara antes de entrar en la habitación y recoger su desorden.

—Sí, disculpas, Peter, pero necesito un baño y ayuda para vestirme para el baile de los Collins esta noche. No necesitarás quedarte despierto para atenderme cuando regrese.

—Por supuesto, mi lord —dijo Peter—. Organizaré su baño de inmediato.

Wes suspiró cuando se cerró la puerta, dejándolo solo. ¿Qué haría con esta necesidad? ¿Cómo se mantendría alejado de ella, incluso si detenía sus lecciones?

¿Tenía tan poco control que no podía acatar las reglas de la sociedad y mantener las manos quietas? Por supuesto que podía, era un hombre, y los hombres eran guerreros, luchadores, y ciertamente no susceptibles a emociones y sentimientos.

Maldición, no caería tan bajo. Ni siquiera por la deliciosa Harlow York.



HARLOW SE ASEGURÓ de llevar el vestido más escandaloso para el baile de esta noche. Como doncella soltera, los colores brillantes estaban mal vistos, así que se había vestido con el tono más oscuro de verde esmeralda que pudo sin levantar una mirada crítica de las matronas de la alta sociedad.

Esta noche no dejaría que Lord Kemsley se escapara de su vista sin antes llevárselo aparte y concederse otro beso.

Después de esta tarde, se había quedado acalorada e inquieta, sus labios hormigueando con una necesidad que no estaba saciada. Que la hubiera besado en todas partes menos en la boca era enloquecedor.

Respiró profundamente y cerró los ojos un momento, pensando en sus labios rozando la piel sensible debajo del lóbulo de su oreja.

—Solo puedo adivinar en quién estás pensando justo en este momento —dijo Isla, sonriendo mientras le pasaba a Harlow una copa de ratafia.

—Solo pensaba que los caballeros aquí deberían lavarse más. ¿No crees que huele un poco a rancio aquí? —evadió. Había ciertas cosas que podía contarle a su amiga, y luego había otras que no podía.

Aunque no estaba segura de si Isla se horrorizaría si supiera lo que Harlow había hecho hasta ahora con Lord Kemsley, estando tan insegura como estaba, no podía arriesgarse a que su amiga le aconsejara en contra de sus lecciones, ya que estaban progresando tan bien.

—Oh, ahí está Duke. Volveré en un momento —dijo su amiga, ya moviéndose hacia su esposo.

Tal amor brillaba entre ellos en el momento en que Lord Leigh vio a Isla. Ella quería lo mismo. Un matrimonio por amor. ¿Era demasiado pedir?

Durante varios minutos se quedó sola, perdida en sus pensamientos y observando cómo el salón de baile se llenaba lentamente de invitados. Fiel a su palabra, Isla regresó poco después, con dos copas de champán en la mano.

Le entregó una a Harlow. —Bien, mi querida amiga, exijo saber qué ha sucedido entre tú y Lord Kemsley desde que comenzó la temporada. Te conozco desde que éramos niñas y, viéndote ahora mismo, tienes la misma expresión que cuando robabas fresas del jardín de la señora Bagshaw mayor y te daba dolor de estómago por comértelas todas con el mayor deleite —afirmó Isla, observándola atentamente.

¿Debería Harlow contarle más de lo que ya había dicho? Nunca habían guardado secretos antes, y tenía que contárselo a alguien o se volvería loca. —He besado a Lord Kemsley —soltó de golpe—. Pero solo por las lecciones de seducción que me está dando. Ya sabes que le pedí que me instruyera en esas artes para poder ganarme el corazón del hombre con quien deseo casarme, que por supuesto es él. —Las palabras brotaban de su boca sin poder detenerse—. Pero algo es diferente. Ha habido un cambio entre nosotros, y me aterroriza que ese cambio signifique más para mí que para su señoría.

—Bueno, eso es mucho para digerir —dijo Isla, con los ojos muy abiertos—. Lord Kemsley está aquí, ¿sabes? He estado observando a su señoría, y parece que se está escondiendo de ti de una manera reflexiva, pero también incapaz de apartar la mirada de ti.

La esperanza floreció en su interior ante las palabras de su amiga, junto con la desesperación. —¿Crees que esto significa que mi plan para ganarme su corazón de esta manera puede estar funcionando? A mí me parece que suena como si estuviera un poco confundido, si no enamorado.

Isla se rio, colocándose a su lado y señalando con la cabeza hacia un punto de la sala. —Allí, querida. Cerca de Lady Fairchild, detrás de quien intenta esconderse.

Harlow estudió el lugar que Isla indicaba y, efectivamente, encontró a Lord Kemsley detrás de su señoría, aunque a ella no le parecía pensativo ni preocupado. No, en absoluto.

Parecía verdaderamente letal.

Su mirada abrasaba un camino entre la multitud de invitados, y Harlow sintió la caricia del calor hasta lo más profundo de su ser.

Su vientre se agitó y dio un sorbo de champán. —Lo deseo —admitió—. De una manera que nunca he deseado a nadie antes. No puedo respirar ni pensar sin anhelar tenerlo cerca. Está en mi

mente noche y día, y todo en lo que puedo pensar es en sus labios sobre mí, y no solo en mi boca.

—Vaya —jadeó Isla, abriendo su abanico y abanicándose el rostro—. Parece que besa muy bien si es eso lo que piensas de él.

—Oh, sí, lo hace. Pierdo la capacidad de pensar con claridad cuando estoy en sus brazos. Si no me caso con él, nunca seré feliz. Es la otra mitad de mi alma, aunque sea tan terco en este momento y no lo sepa.

Isla sonrió. —Creo que puedes tener razón. —Hizo una pausa, ambas observando a Lord Kemsley, quien había sido encontrado por Lady Fairchild y actualmente estaba retenido como prisionero mientras ella lo presentaba a su sobrina debutante.

Harlow se rio ante la escena. Él parecía decididamente incómodo, como si no quisiera estar allí en absoluto. Miró a través de la sala y se encontró con la mirada de ella, y como un rayo, Harlow sintió su mirada como un contacto físico.

Su piel se erizó y una sensación de expectación palpitó en su sangre. Un sentimiento de que, sin importar las lecciones, sin importar cuánto declarara que no quería casarse con nadie, no habría nada que les impidiera obtener lo que deseaban.

El uno al otro.

CAPÍTULO TRECE

EN EL MOMENTO en que Wes divisó a la señorita York en el baile de los Bridges, una abrumadora realización se formó en su mente.

La deseaba.

Tal vez no quería una esposa y no estaba listo para tales compromisos, pero, demonios, disfrutaba de sus lecciones. Solo horas antes había decidido que no continuaría con ellas, pero al ver a Harlow de nuevo, supo que su postura firme no se mantendría.

La quería en su cama.

Sin embargo, la pregunta persistía. ¿Permitiría ella tales libertades sabiendo que él no quería un compromiso de por vida? Lo dudaba. Ninguna dama de medios delicados como ella permitiría tales privilegios, y no podía evitar pensar qué lástima era ese hecho.

Él se tomaría libertades si pudiera y disfrutaría cada una de ellas, y ella también, apostaría.

Lady Fairchild parlotteaba sobre las habilidades de su sobrina y su idoneidad para ser la esposa de un hombre. Él sonreía y asentía, fingiendo estar interesado mientras la señorita Cullen también se unía a los elogios de su tía, pero no estaba comprometido.

Todo lo que quería era ir hacia Harlow, cuyos ojos permanecían fijos en él, quemando un camino a través de la sala que hacía que su piel se erizara de calor.

El hecho de haber encendido el fuego dentro de ella envió un anhelo rugiente a través de él que quería avivar, ver cuán caliente podía hacerla arder.

—Si me disculpan —dijo a mitad de la explicación de Lady Fairchild sobre cuántos hijos la señorita Cullen había acordado tener si encontraba pareja.

Se liberó, caminando a zancadas hacia la señorita York. Ignoró otros intentos de las numerosas madres que trataban de ganar su atención. Solo una mujer aquí esta noche le interesaba, y nadie más.

—Buenas noches, Lady Leigh, señorita York —dijo, haciendo una reverencia. Encontró la mirada de Harlow, y una pequeña sonrisa levantó las comisuras de sus labios, por más que intentara permanecer distante frente a sus amigos.

—Lord Kemsley, buenas noches. No pensamos que te liberarías tan pronto de Lady Fairchild. No es conocida por permitir que los jóvenes elegibles escapen de sus garras, no una

vez que te tiene en su agarre —bromeó la vizcondesa, sonriendo junto con Harlow.

Le gustaba verla sonreír. Cuando se habían separado en el baile de los Collins, y ella lo había atrapado con Lady Randall, el dolor grabado en sus rasgos normalmente bonitos había quemado su corazón hasta convertirlo en cenizas.

—Soy muy bueno escapando, mi lady.

Ella levantó una ceja.

—Eso no es lo que he oído —replicó—. Si me disculpan, mi esposo me está llamando.

Dejó a Harlow y a él solos antes de que Harlow pudiera pronunciar una excusa para irse con ella.

Después de lo que habían hecho en su casa esa tarde, no estaba seguro de qué tipo de recepción le daría, pero algo le decía que sin importar cuán nerviosa estuviera, ella daba la bienvenida a su compañía.

—Y así estamos solos de nuevo —bromeó.

—No por mucho tiempo, mi lord. Estoy a punto de bailar con Lord Abercromby —dijo mientras su señoría se inclinaba ante ambos y tomaba la mano de Harlow, llevándola lejos de él.

Por un momento, Wes se quedó mirándolos antes de que unos ojos curiosos se volvieran en su dirección. Podía leer el interés, ver los engranajes en sus mentes girando, tratando de averiguar qué estaba pasando entre él y la señorita York.

Eso no podía responderlo él mismo, pero lo que sí sabía era que le disgustaba la amplia sonrisa y los ojos brillantes que ella había mostrado para encantar al vizconde.

¿Tal vez era él el tipo con quien ella quería casarse? Entrecerró los ojos y paseó por el borde del salón de baile, manteniendo el control de dónde estaba la señorita York en todo momento, pero no tanto como para que otros lo notaran.

Afortunadamente, el baile terminó justo cuando él había dado una vuelta al salón. La decepción lo apuñaló al ver a Harlow siendo llevada de nuevo para otro baile con un caballero diferente.

Cuando habían pasado dos horas y muchos compañeros de baile más tarde, la paciencia de Wes se estaba agotando. Necesitaba hablar con ella. Demonios, necesitaba estar a solas con ella aunque solo fuera para recordarle sus lecciones, que ahora creía firmemente que estaban lejos de terminar.

—Pareces un poco perdido, mi lord. ¿Dónde está Lady Randall? —preguntó Harlow a su lado, sin que él se diera cuenta de que estaba allí—. Seguramente está rondando por ahí esperando que la escoltes a casa una vez más —dijo, con un tono teñido de veneno.

—Te lo dije hoy, señorita York, que somos amigos y nada más. No estaría esperándote si no valorara más nuestra amistad que la de ella. Tenemos lecciones a las que asistir.

La señorita York levantó una ceja con incredulidad.

—Tuvimos nuestras lecciones hoy, y te lo agradezco. Me gustaría que el hombre con el que deseo casarme me besara el cuello como lo hiciste tú. Cuando me estabas besando —susurró—,

te imaginé como él, y eso hizo que la instrucción fuera aún más agradable.

Wes sintió que su ojo se crispaba ante sus palabras. ¿Ella lo imaginaba como alguien más? ¿Cómo demonios había logrado hacer eso, permitir que sucediera algo tan vil?

Pero entonces, ¿no era ese el punto? Por mucho que disfrutara tenerla en sus brazos, besando sus dulces labios, no quería casarse, al menos no ahora. Era demasiado joven para eso y demasiado libertino para establecerse con una dama por el resto de su vida. Se aburriría en un mes. Su hermano ya había cumplido con su deber hacia la familia, engendrando un hijo, así que la urgencia de que él se estableciera había disminuido.

Ella estaría más segura casándose con otro, pero el pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca.

—Muy bien —estuvo de acuerdo, aunque las palabras le dolieran—. Deberíamos continuar con nuestras lecciones entonces. Mi instrucción parece estar funcionando. Ciertamente has estado ocupada esta noche con el baile. Por qué, no te he visto sin pareja estas últimas dos horas —declaró, esperando que la ira en su tono no fuera discernible.

Su expresión de suficiencia le dijo que había fallado en ocultar su molestia.

—Lo he estado, ¿no? La más solicitada, y la noche aún es joven. Simplemente deseaba un vaso de limonada.

Ella lo miró como si él debiera producir tal refrigerio de inmediato, y maldita sea su pequeña alma de pícara. Él quería hacer lo que ella pedía sin demora.

En cambio, él le devolvió la mirada, pero en algún momento durante su enfrentamiento, los ojos de ella se suavizaron y el corazón de él se aceleró. Tragó saliva, acercándose, mientras el deseo le recorría la nuca y le susurraba todas las cosas traviesas y deliciosas que quería hacer con ella si tan solo pudiera tenerla a solas.

—¿Sobre qué deseabas que trataran nuestras lecciones esta noche, Lord Kemsley? —susurró ella, con una inocencia que goteaba de unos labios que él sabía podían ser perversos.

—Deseo cenar contigo. Mi instrucción de esta noche tiene que ver con la comida y cómo puede ayudarte a conseguir la mano del hombre con quien desees casarte.

—¿Comida? —preguntó ella con tono de incredulidad—. Sea serio, Lord Kemsley. Si no desea continuar con mis lecciones, puede simplemente ser honesto y decírmelo.

—No —añadió él rápidamente—. No bromeo. Encuéntrame en el comedor cuando se anuncie la cena. Cenaremos juntos y verás a qué me refiero.

Ella se encogió de hombros justo cuando Lord Hill vino a reclamar su mano para un baile. —Muy bien, mi lord. Lo veré en la cena como desea.

Pareció pasar una eternidad hasta que se sirvió la cena, y no solo Harlow tenía hambre, con su estómago gruñendo en momentos inapropiados, sino que quería ver a qué se refería Lord Kemsley con sus lecciones de comida.

No podía entender qué quería decir con esta narrativa, pero cenaría con él y escucharía. Tal vez lo que explicara la ayudaría a seducir al enloquecedor hombre que se negaba a ceder ante sus

encantos.

Localizó a Lord Kemsley en una mesa para dos cerca de un rincón apartado del comedor, con una abundancia de delicias ya dispuestas frente a él mientras la esperaba.

Harlow se sentó sin decir palabra y examinó las porciones que él había elegido para ellos. Un cuenco de langosta cortada, Charlotte Russe à la Vanille, jamón decorado, Pastel Savoy, tartaletas de frutas, una porción de tarta de queso, un pequeño plato con diversas frutas de verano y dos vasos de limonada, tal como ella había mencionado anteriormente. Controló sus facciones, no queriendo que él supiera el placer que la embargaba al ver que había recordado lo que ella quería beber.

—Un despliegue encantador y delicioso, mi lord. Ahora muéstreme cómo cree que la comida puede ayudarme en mi búsqueda —dijo mientras tomaba su vaso de limonada y daba un sorbo.

Él le lanzó una sonrisa cómplice antes de tomar una fresa del cuenco de frutas. —Seducir a un hombre no tiene que ser solo táctil o imperceptible, señorita York. Puede obtener ventaja con una mirada a través de la habitación, un beso robado en los labios y otros lugares del cuerpo como le he mostrado, pero la comida también puede ser usada en su arsenal.

—¿De verdad? Cuénteme más —observó cómo él estudiaba la fresa en su mano antes de colocarla en su boca. Cerró los labios alrededor de la fruta de una manera que ella nunca había estudiado antes. Mantuvo sus ojos fijos en ella, mordiendo la baya antes de cerrarlos como si fuera la fruta más sabrosa y dulce del mundo.

Harlow no pudo evitar pensar que en este momento, la fresa era, de hecho, exactamente eso.

—Al tenerla observándome, puedo acentuar cómo como la cena. Puedo exagerar aún más mi placer con la fruta, mire —tomó otra fresa, esta vez gimiendo, haciendo que su estómago revoloteara profundamente en su interior.

—Déjeme intentarlo —dijo ella, queriendo ver si él reaccionaría de la misma manera que ella al verlo picotear frutas y otras cosas deliciosas. Alcanzó una cuchara y la jalea que él había conseguido para ellos. Tomando una cucharada, abrió la boca, manteniendo sus ojos en él mientras colocaba la jalea en su boca antes de cerrar los labios sobre la cuchara.

—Ahora saque la cuchara lentamente entre sus labios —susurró él, aclarándose la garganta.

Harlow hizo lo que él le aconsejó, sacando la cuchara lentamente de su boca antes de lamerla para asegurarse de que había comido cada bocado. —¿Cómo estuvo eso? —dijo, tomando otra cucharada de jalea.

—Muy bien, ahora hágalo de nuevo, pero más lento —instruyó él, con su atención fija en los labios de ella.

Su trago fue casi audible y el placer recorrió la sangre de ella al darse cuenta de que lo que estaba haciendo, lo que él le aconsejaba, estaba teniendo tanto efecto en él como en ella.

Tal vez Kemsley no había estado bromeando cuando introdujo la comida en sus lecciones.

Harlow se llevó más jalea a la boca y cerró los ojos. Dejó escapar un pequeño gemido de deleite tal como él lo había hecho antes de sacar lentamente la cuchara de entre sus labios.

Sus ojos ardían a través de la mesa hacia ella y su estómago dio otro delicioso vuelco. Lo observó mientras él la observaba, y Harlow supo que él sentía lo mismo que ella hasta lo más profundo de su ser. Como si estuviera fuera de centro, como si el mundo estuviera a punto de cambiar de dirección, pero para mejor.

—Ahora, coma una tartaleta de frutas —exigió con voz baja y ronca.

Harlow luchó por no sonreír y tomó la pequeña tartaleta de moras. Estas eran pequeñas, del tamaño de un bocado, y perfectas para bailes y fiestas. Se lamió los labios, abriendo la boca antes de colocarla en su lengua. Cerró los labios, masticando lentamente mientras observaba a Kemsley. Él se reclinó en su silla y ajustó su corbatín antes de pasarse una mano por el cabello.

—Mmm —gimió ella—. Están deliciosas, mi lord. Debería probar una. Son muy jugosas —explicó, tragando antes de regalarle una sonrisa traviesa.

—Creo que eso debería concluir nuestra lección —declaró él, con el músculo de la mandíbula temblando de nuevo.

—¿Oh, de verdad? —hizo un puchero. Ahora que sabía hacia dónde iba él con estas lecciones de comida, no quería que terminaran. No solo tenía hambre y la comida era bienvenida, sino que le gustaba verlo todo nervioso y desconcertado. Lo que estaba haciendo estaba funcionando, ciertamente con Lord Kemsley.

Él la deseaba. Podía leerlo en sus ojos tan claramente como podía ver el azul profundo que ardía de vuelta hacia ella. —Pero estoy disfrutando la lección de esta noche. Es muy valiosa.

—¿Quiere saber por qué ver a una mujer comer como usted lo ha estado haciendo llevará al hombre con quien desea casarse más allá de su resistencia? —preguntó él.

Harlow se inclinó hacia adelante, estirando la mano bajo la mesa para colocarla sobre la rodilla de él. El músculo bajo su palma se tensó antes de que la mano de él se posara sobre la suya, manteniéndola allí. —Creo que sé de qué trata el resultado de la lección, milord. Puedo ver que su instrucción ha sido tan victoriosa que ha tenido éxito incluso con usted.

Sus dedos se entrelazaron con los de ella sobre su rodilla, y él sonrió con satisfacción. Su señoría se inclinó hacia adelante, acercándolos aún más. —Ver a una mujer comer le recuerda a un hombre ciertas cosas que solo harás con tu esposo. Él pensará en eso cuando te observe, imaginará otras cosas en lugar de la comida que acabas de comer, y será maleable en tus manos, hará lo que desees, cuando lo desees.

—¿En serio? —dijo ella, arqueando una ceja—. Y si deseo que mis lecciones continúen esta noche, ¿podríamos repasar la parte del beso de su tutoría? ¿Estaría dispuesto a acceder a mi petición?

Él la observó por un momento, su atención desviándose hacia los demás en el comedor antes de volver a encontrarse con la de ella. —Lo estaría —dijo—. La revisión es parte del aprendizaje.

Harlow asintió. —Muy cierto, en efecto.

CAPÍTULO CATORCE

No lo hagas resonaba en la mente de Wes, pero no podía hacer caso a la advertencia en su cabeza. Ver a Harlow aprender el arte de la seducción a través de la comida hacía que su cuerpo anulara su sentido común.

Tenía que besarla. Tenía que probar esos dulces labios que lo habían atormentado sin cesar durante la última media hora.

—La casa está llena de invitados, y muchos suben y bajan al tocador. No estoy seguro de que podamos escabullirnos sin ser vistos —dijo, sabiendo que no seguiría su propio consejo y se mantendría alejado de ella.

Ella arqueó una ceja con determinación.

—Hay un armario un poco más allá del tocador. Vi a una criada sacando sábanas de allí cuando usé la habitación antes. Me deslizaré en esa habitación en lugar del tocador por error. Espero verte allí —dijo, clavándolo en su silla con una mirada que prometía mucho. Placer más que nada, deseo también, brillaba en sus ojos verdes.

Wes la observó alejarse contoneándose, sus caderas balanceándose en una danza seductora que sabía que ella ni siquiera se daba cuenta de que estaba haciendo. Harlow habló con varios amigos mientras el baile se reanudaba, y la gente lentamente vaciaba el comedor.

Por un momento, él caminó por el salón de baile haciendo lo mismo, hablando con conocidos y observando el baile, pero su mente estaba en otra parte. Concretamente, en Harlow, que estaba al otro lado de la pista de baile, su risa resonando cuando encontraba algo gracioso dicho por la Duquesa de Derby.

Era tan bonita y encantadora, sin mencionar más atrevida y traviesa de lo que él pensaba al principio. Le gustaba cada vez más con cada momento que pasaban en compañía del otro.

Y en unos breves minutos, la besaría de nuevo.

Se disculpó, saliendo a grandes zancadas de la habitación, sin esperar a ver si Harlow se daba cuenta de su partida. Ella se uniría a él pronto, y eso era suficiente para mantener su paso y dirección firmes.

No fue difícil encontrar el armario de la ropa blanca, y antes de cerrar la puerta, observó sus alrededores. Tres paredes con estanterías y una pequeña mesa plegable componían la habitación.

Ninguna otra luz podía penetrar en la habitación una vez cerrada la puerta, y notó que no había cerrojo por dentro. No es que debiera haberlo, pero solo podía esperar que nadie necesitara sábanas durante los pocos momentos que estaría a solas con ella.

Cerró la puerta, feliz de que nadie apareciera en el pasillo, y esperó. Su cuerpo vibraba de expectación, su estómago lleno de nudos, todas cosas a las que no estaba acostumbrado a sentir cuando esperaba a una mujer.

Y había tenido muchas de esas durante sus veintiséis años. Deseo sentía, placer y alivio, pero algo sobre esta noche, esperando a Harlow, era diferente.

Sus emociones estaban intensificadas. Todo era más intenso, y la impaciencia molestaba sus nervios, burlándose de él.

Se recostó contra la mesa plegable y cruzó los brazos, preguntándose cuánto tardaría ella. Esperaba que no se demorara.

Al día siguiente, Harlow aún no podía dejar de reír por la pequeña venganza que le había jugado a Lord Kemsley. Estaba sentada en los jardines de la casa de su hermana, rodeada de grandes árboles y setos que los anteriores vizcondes de Billington habían cultivado y cuidado meticulosamente durante los cientos de años que la familia ostentaba el título.

Desde su ubicación, solo podía ver el tejado de la casa de su hermana y nada más. Dejó el libro de poesía de amor —Byron realmente era ideal cuando una se sentía un poco reflexiva— y miró las nubes blancas y esponjosas que se arremolinaban y pasaban por encima. Durante varios minutos intentó ver formas de animales en ellas, pero solo logró ver un pájaro volando por encima.

—Este no es el armario de la ropa blanca —gruñó una voz de barítono decididamente molesta detrás de ella.

Harlow jadeó y se incorporó, girándose para encontrar a Lord Kemsley mirándola con el ceño fruncido. La frustración en su rostro dio paso a su deseo enmascarado por el hombre, y ella se rio.

—¿Esperaste mucho tiempo? Lo siento mucho, al final no pude acudir a nuestra cita. Surgió algo —explicó. Nada de eso era cierto. No quería hacer lo que él deseaba, lo que ambos esperaban, no después de haberlo visto irse con Lady Randall la noche anterior sin siquiera despedirse.

Se obligó a no rechinar los dientes al pensar en ellos juntos.

—Admito que me tomó varios minutos, treinta, de hecho, darme cuenta de que no vendrías.

Ella se rio, incapaz de contenerlo un momento más, y lo miró.

—¿Estás muy enfadado conmigo, milord? —preguntó.

Él vino y se sentó a su lado, tumbándose en su manta y mirando las nubes como ella había hecho.

—Bésame ahora, y todo quedará perdonado.

Harlow se giró para mirarlo y sintió la sorpresa cruzar su rostro.

—No puedo hacer eso, y tampoco deberías estar tumbado en mi manta. ¿Qué pasaría si alguien nos ve?

—Tuviste la oportunidad anoche de estar a solas, aislada, de aprender un poco más en el arte de besar, y en su lugar, elegiste quedarte en el baile. —Entrecerró los ojos mirándola—. ¿Cuándo decidiste dejarme en el armario como un sucio secreto?

—En el momento en que salí del comedor. —Se inclinó sobre él, colocando sus manos a ambos lados de su cabeza—. Pero aquí no es el lugar para besarnos tampoco. —Pasó un dedo por su mandíbula y sintió la barba incipiente pinchar su dedo antes de frotar su pulgar sobre su labio inferior. Tan suave, tan condenadamente besable que dolía—. Eso tendrá que ser para otra ocasión, milord.

Fue a marcharse, y él se incorporó, agarrándola por la cintura, y antes de que pudiera pronunciar una palabra de rechazo, la tenía tumbada de espaldas, su cuerpo duro y pesado aplastándola contra la suave hierba bajo la manta.

—Este es un momento lo suficientemente perfecto. ¿Sabes lo que hice cuando volví a casa, señorita York? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza, tragando los nervios que él encendía con el ardiente deseo en sus ojos. —Pensé en todas las cosas que iba a hacerte por faltar a una lección. Pensé en darte una nalgada —dijo él, alcanzando detrás de ella, su mano agarrando una de sus nalgas y apretándola.

Con fuerza.

Ella jadeó, pero sonó más como un gemido, y los ojos de él se oscurecieron aún más. —Pensé en visitarte anoche aquí, escabullirme en la casa y hacerte suplicar perdón con todo tipo de cosas salvajes y perversas.

Harlow asintió, deseando que esas ideas pecaminosas se hicieran realidad. Queriendo que lo hiciera ahora. ¿Sería lo suficientemente atrevido? ¿Intentaría besarla, tocarla aquí en los jardines donde cualquiera podría encontrarlos?

—¿Qué harías exactamente para castigarme? —le preguntó, esperando que le mostrara todo con lo que la provocaba. Porque la estaba provocando, haciéndola sentir cosas que nunca antes había sentido, y él era muy consciente del efecto.

Su mano se deslizó sobre su cadera, y el frío beso del aire tocó su tobillo, luego su rodilla y después su muslo. Ella no intentó detener sus caricias. Su mano grande y cálida se deslizó contra la piel de su muslo interno, y escalofríos recorrieron su cuerpo.

—Quiero hacerte sentir como me sentí anoche. Insatisfecho —suspiró contra sus labios, tan cerca que si se inclinaba un poco hacia adelante, podría besarla.

Su mano acunó su monte de Venus, y ella debería sentirse asqueada, avergonzada por lo completamente húmeda que estaba, pero no fue así. Sin pensar, como si su cuerpo instintivamente supiera, se empujó contra su toque, sus dedos tocándola como un delicado instrumento.

Harlow gimió cuando su pulgar rodó contra un punto en particular, sus otros dedos

provocando su coño.

No pudo esperar y lo alcanzó, tirando de él para besarlo. Su boca cubrió la de ella, hambrienta y exigente. Sus lenguas se enredaron, los dientes mordisquearon y los gemidos se mezclaron mientras él se recostaba contra ella, su toque, su boca controlándola en todos los sentidos.

Como la desvergonzada que era, abrió más las piernas, necesítándolo, deseándolo, no solo su mano. Él besó su cuello, murmurando cosas ininteligibles contra su piel.

Ella se aferró a él, su cuerpo en llamas, en un precipicio que sabía valdría la pena escalar.

—Wes —suplicó, usando su nombre de pila por primera vez—. ¿Qué clase de lección es esta? —preguntó.

Él se apartó, sus ojos salvajes, su cabello despeinado. Nunca lo había visto tan desaliñado y tan deseable a la vez. Su corazón dio un vuelco y se perdió.

Estaba total y devotamente enamorada de él.

La comprensión amaneció, y ella vio el momento exacto en que él se dio cuenta de lo que estaba haciendo y dónde. Se arrancó de su abrazo y bajó su vestido con más habilidad de la que ella quería pensar ahora. No queriendo saber con cuántas mujeres se habría acostado así en sus veintiséis años.

Él se puso de pie, mirándola como si no supiera dónde estaba o con quién estaba. —Disculpas. He llevado nuestra lección demasiado lejos. Perdóname —dijo, cruzando el césped, detrás de los arbustos y fuera de vista.

Harlow se sentó, mirando en la dirección en que él se había ido, sin estar muy segura de lo que acababa de suceder, pero sabiendo que era profundo. Por su parte, en cualquier caso. Y quizás por la de él también. Él quería darle una lección. Dejarla tan insatisfecha como él había estado anoche.

Bueno, tal vez él había quedado así de nuevo, y esta vez por su propia cuenta.

CAPÍTULO QUINCE

WES ESTABA EN PROBLEMAS. Grandes problemas con H mayúscula. Había ido a ver a Harlow, decidido a castigarla, a reprenderla por hacerlo quedar como un tonto.

En lugar de eso, la había manoseado, casi se había bajado los pantalones y los había satisfecho a ambos en el suelo como un salvaje.

Se pasó una mano por el pelo. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Cómo pudo haber perdido el control de esa manera?

Sus lecciones habían ido demasiado lejos, pero ahora no podía detenerlas. Ni quería hacerlo. La deseaba. Quería hacerla llegar al clímax con su mano, su lengua o ambas.

La idea hizo que una oleada de calor le recorriera la espalda y gimió.

—El carruaje está listo, mi lord —dijo su ayuda de cámara, entrando en la biblioteca donde se había encerrado desde que salió de la casa de Harlow más temprano ese día.

Miró la licorera de brandy, ahora casi vacía, y supo que no debería asistir al baile de los Bridges —celebrado anualmente en los jardines de placer de Vauxhall en Londres—, pero tampoco podía quedarse en casa.

Sus pensamientos sobre Harlow sin duda lo distraerían, y necesitaba asistir, estar a su lado y asegurarse de que estuviera a salvo en ese lugar.

¿A salvo de quién? ¿De ti?

Ignoró la voz de advertencia y salió de su casa de la ciudad, aprovechando el tiempo en el carruaje hacia Mount Street para respirar profundamente e intentar obligarse a estar sobrio.

No tardó mucho en llegar a los jardines, y el baile ya estaba en pleno apogeo. La gente bailaba mientras otros cenaban en los numerosos palcos de cena que se distribuían por el parque con vistas al salón de baile al aire libre.

Como si sus ojos estuvieran sintonizados con ella, divisó a Harlow bailando con Lord Poulett. Se quedó de pie junto a un árbol, observándola ir y venir entre los demás bailarines, riendo y sonriendo, y todo lo que podía pensar era en los deliciosos sonidos que había hecho en sus brazos esa tarde.

Cómo encajaba tan bien contra él.

Era tan hermosa que le dolía el corazón. Se pasó una mano por el pelo, preguntándose qué

demonios le estaba pasando. Por qué se sentía tan perdido y desilusionado. No quería una esposa. Se había prometido a sí mismo que no buscaría una novia para asegurar el nombre y el linaje de su familia hasta que fuera absolutamente necesario.

Pero solo tenía veintiséis años, no estaba listo para prometerse a una sola mujer por el resto de su vida como había hecho su hermano.

Ni siquiera estaba seguro de poder hacerlo.

Hizo una mueca. Tampoco podía soportar hacerle daño, lo que seguramente ocurriría si le fuera infiel.

El baile llegó a su fin, y ella hizo una reverencia, riendo por algo que su señoría dijo antes de que su atención recorriera la multitud y lo viera.

Como un golpe en el estómago, sintió que su mirada lo atravesaba, y tomó una respiración profunda. Tendría que elegir. Decidir si estaba dispuesto a renunciar a todas sus afirmaciones y sus búsquedas y luchar por una mujer que amaba a otro.

Por toda su habilidad, cuando la tenía a solas, sus besos y caricias no significaban que lo quisiera como esposo a cambio. Ella lo veía como un maestro, alguien que la guiaba hacia el único hombre que quería.

Lord Poulett y Abercromby más que la mayoría últimamente, y no podía evitar creer que uno de ellos era el hombre con quien ella pretendía casarse.

El pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca y dirigió su atención hacia Harlow. Aún no estaba listo para mostrar sus cartas.

Ella, sin embargo, no pareció prestar atención a su intento de desinterés y se disculpó antes de unirse a él bajo el árbol.

—Lord Poulett está muy atento últimamente. Creo que su ayuda estas últimas semanas está funcionando, mi lord. Y después de la lección de hoy, bueno, estoy segura de que si me pide matrimonio y acepto, nuestro compromiso de cuatro semanas será ciertamente placentero.

Wes cerró la boca de golpe y luchó por no maldecir. —Hágamelo saber si requiere más instrucción, señorita York. Estamos al aire libre esta noche, lo que parece propicio para una lección exitosa —bromeó, queriendo recordarle lo de hoy cuando había estado en sus brazos. Que habían sido sus labios los que habían estado en su persona, su mano contra su húmedo monte de Venus. No los de Lord Como Se Llame.

El pensamiento hizo que su miembro se endureciera, y respiró hondo, necesitando mantener la cabeza fría. Al menos la que estaba sobre sus hombros.

—Pensé que podría intentar incorporar lo que me ha enseñado con Lord Poulett. Ahora que parece haber adivinado mi pretendiente, no tiene sentido que finja que es otro quien ha capturado mi atención cuando no es así. —Miró hacia su señoría, y Wes entrecerró los ojos ante la pequeña sonrisa diabólica que elevó sus labios.

¿Realmente quería a Lord Poulett? —¿Así que su interés recae en el marqués? —se burló y no pudo ocultar el sarcasmo en su respuesta—. Habría pensado en Lord Abercromby al menos

antes que en Poulett. ¿No cree que es un poco blando para ser su esposo? Y no olvide que vive en los páramos de Cornualles. Nunca más se la volverá a ver si se casa con él.

Encontró los ojos de Harlow y pudo ver múltiples preguntas arder en sus profundidades verdes. Preguntas que él también se había estado haciendo y no podía responder. Preguntas con respuestas que no quería enfrentar ni admitir.

Y ciertamente no ahora.

Harlow observó a Lord Kemsley y luchó por controlar sus facciones ante los celos apenas velados que enmascaraban cada mirada y comentario que hacía a su lado.

Suponía que sería difícil para un libertino admitir cuando le gustaba alguien, ciertamente cuando no lo deseaba. Y sabía hasta lo más profundo de su alma que Kemsley era un sinvergüenza y disfrutaba mucho de ese estilo de vida. De hecho, era famoso por ello desde que llegó a Londres a los dieciocho años.

Pero entonces, nunca había pensado en conocer a una mujer como ella, y le gustaba que ofreciera un nuevo camino para recorrer. Quizás no uno que él deseara, pero uno sin el que no podría vivir si se enamoraba de ella.

Si quería casarse con ella.

La deseaba, eso era indudable, pero ella necesitaba hacer que él la eligiera, y eso en sí mismo no era tan fácil como lograr que se pusiera nervioso y perturbado por su cercanía.

—Creo que su suavidad pronto se convertirá en dureza cuando lo necesite —le provocó, esperando que él entendiera que sus palabras no tenían ningún significado ingenuo.

Su expresión de asombro le indicó que así fue. Se ajustó la corbata. Su trago fue casi audible. —¿Qué harás con él? ¿Cuál es tu plan?

Se mordió el labio, ocultando su sonrisa. ¿Acaso su voz sonaba un poco demasiado tensa? —Pensé que podría pedirle a su señoría dar un paseo, discutir temas que ambos encontramos interesantes, y tocar a su señoría. Aquí o allá —dijo, extendiendo la mano y tocando el brazo de Kemsley, deslizándolo su mano por su abrigo superfino antes de tomar su mano. La sostuvo solo un momento antes de soltarla—. ¿Qué opinas? —le preguntó.

Él se aclaró la garganta. —Creo que funcionará bien, pero ¿qué sigue? No creo que tomar su mano lo haga arrodillarse y ofrecer matrimonio.

Harlow se acercó más a Kemsley. Él estaba de pie junto a un árbol, y con ella detrás, la ocultaba relativamente de la vista del baile. —Podría tocarlo aquí. —Extendió la mano y la colocó en su cadera, su abrigo ocultando su toque. Harlow apretó su agarre, los músculos bajo sus dedos se flexionaron—. Podría acercarlo, así —dijo, atrayendo a Kemsley hacia ella—. Mirar a su señoría, dejarle ver que lo deseo, esta noche y siempre, ver si entiende mi súplica y me besa.

Su cuerpo no era el mismo. Su piel se erizaba. Su estómago se retorció con una deliciosa necesidad. Observó a Kemsley, vio el deseo reflejado en sus ojos azules, y quiso gritar: «Bésame, tonto».

—Creo —dijo él, acercándose más a ella y llevándolos más adentro del sombrío jardín— que estás bien versada en el arte de la seducción y ya no necesitas mi instrucción.

El pánico la asaltó, y su mente daba vueltas pensando qué decir. Cómo enmendar su pensamiento. —Vamos, milord. —Soltó una risita—. Hay mucho más que aprender. Seguramente no me has mostrado todo.

Sus ojos se oscurecieron aún más. Otro paso hacia ella, empujándolos fuera de la vista de los demás. —Enseñarte más sería tu ruina, Harlow —dijo, usando su nombre de pila por primera vez—. ¿Es eso lo que quieres?

Ella se estremeció, lo observó, vio la pregunta, la súplica en sus ojos. Entendió esa pregunta, pues ella también albergaba la misma. Quería lo que él ofrecía, todo ello, siempre y cuando pudiera prolongar el tenerlo en sus brazos.

—Sí, es lo que quiero —admitió, justo antes de que él tomara su rostro entre sus manos y la besara.

Con fuerza.

CAPÍTULO DIECISÉIS

HARLOW rodeó su cuello con los brazos y le devolvió el beso. Volcó en él todo lo que había aprendido, todo lo que sentía y deseaba, en un beso que la dejó sin aliento.

Él la levantó, con los brazos enlazados bajo sus nalgas, y la llevó más adentro del oscuro parque. Solo cuando la música se convirtió en un eco apagado a través de los arbustos y los macizos de flores, la depositó en el suelo.

Por un momento, pensó que él podría cambiar de opinión, dar media vuelta y dejarla deseándolo con una necesidad tan feroz que sabía que, sin importar quién los viera, iría tras él y le exigiría que terminara lo que había empezado.

En su lugar, tomó sus labios por segunda vez. Sus lenguas se enredaron buscando el dominio, las manos estaban por todas partes, no solo las de Kemsley. Su cuerpo era como el acero bajo sus dedos, su respiración entrecortada, su estómago duro, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

Se sentó en un banco de piedra cercano y la atrajo a su regazo. Pero esta no era una forma inocente de sentarse en las rodillas de otro. La hizo montarse a horcajadas sobre él.

—Súbete el vestido. Te será más fácil sentarte sobre mí —demandó su voz ronca.

Hizo lo que le pedía. Nunca en su vida se había sentido tan expuesta. Ni siquiera cuando estuvieron a solas en su jardín esa tarde. De alguna manera, con las piernas abiertas y colocadas tan cerca de su virilidad, esto se sentía mucho más íntimo.

Y lo adoraba.

—¿Y ahora qué? —lo invitó, ajustando su posición para deslizar los brazos alrededor de su cuello por segunda vez, acercando su monte de Venus a su entrepierna.

Él alcanzó entre ellos, y ella escuchó los botones que sujetaban su bragueta abriéndose. —Es tu turno de aprender a tocarme —le instruyó, tomando una de sus manos y guiándola entre ellos.

Harlow no necesitó más indicaciones. Apartó su vestido y encontró su falo, duro y erecto, sobresaliendo entre ellos. Jadeó, deslizando sus dedos alrededor de su longitud abultada, tan suave como la seda pero dura y determinada.

—No sabía que te sentirías así —dijo, incapaz de ocultar el asombro en su tono.

—Acaríciame con tu mano —le indicó—. Así. —Cubrió su mano con la suya, apretándola un poco antes de moverla arriba y abajo. Sus ojos se encontraron con los de ella, y leyó la necesidad

que ardía como un incendio descontrolado.

—¿Te gusta esto? —preguntó, sabiendo que así era.

—Sí —respiró, robándole un beso, uno que Harlow profundizó. Necesitaba saborearlo, tenerlo de todas las formas posibles.

Sus lenguas reflejaron lo que su toque hacía en su miembro, y él gimió, atrayéndola cerca.

—¿Hasta dónde quieres que te enseñe, Harlow? —le preguntó. Retiró su mano, deslizándola sobre su hombro antes de atraerla contra su virilidad.

La dureza aterciopelada presionó contra su sexo, y un placer exquisito la recorrió. Él la guió contra sí, arriba y abajo, y Harlow perdió todo pensamiento coherente.

—Hasta donde se pueda llegar —respondió, sin querer moverse nunca de su regazo. Se sentía tan bien. Una herramienta tentadora y provocadora que hacía vibrar su cuerpo de la manera más deliciosa—. Muéstrame todo.

Wes sabía que no podía mostrarle todo, pero maldita sea, disfrutaría lo que pudiera mostrarle esta noche, aunque solo fuera una muestra de lo que podrían saborear.

—Las cosas que podría mostrarte, Harlow. Eres una mujer apasionada, y disfrutarías de todo —dijo, tomando sus labios, deleitándose con su sabor y la sensación de su lengua deslizándose contra la suya. Su cuerpo cálido y acogedor que le ajustaba como un guante de cabritilla.

Ella aprendía rápido, y no había vuelta atrás de lo que habían comenzado esta noche. Ni deseaba hacerlo. Tenía que tenerla. Ser el primero.

Por egoísta que fuera ese pensamiento, ella era suya esta noche, y nadie, ni siquiera Lord Poulett, se lo arrebataría.

No es que pudiera culparse únicamente a sí mismo por sus artimañas de libertino. Harlow lo había buscado y había pedido más instrucción, y él no podía negarse a sus deseos. ¿Qué clase de caballero sería si le negara a una dama lo que quería?

No sería un caballero en absoluto.

La guió hacia arriba, levantándola para que se arrodillara antes de deslizar su miembro entre sus pliegues húmedos. Tan caliente y húmeda, un sexo listo y dispuesto si alguna vez hubo uno.

—Baja sobre mí —indicó.

Ella asintió, y él se mantuvo quieto mientras ella se guiaba hacia abajo sobre él. Se mordió el interior del labio mientras, con gloriosa lentitud, ella tomaba toda su longitud.

Tan apretada, caliente y húmeda. Nunca había tenido el impulso abrumador de atesorar este momento, de recordarlo siempre y mantenerlo a salvo en su corazón.

—¿Estás bien, Harlow? —le preguntó cuando ella se asentó sobre él, sin moverse.

Sus ojos se agrandaron y encontraron su mirada. —Me siento... me siento maravillosa. ¿Qué hago ahora? —le preguntó, ansiosa como siempre.

Él exhaló un suspiro de alivio antes de rodearla firmemente con sus brazos. Era la perfección en sus brazos, y adoraba tenerla así. —Levántate y baja sobre mí. Similar a lo que hiciste con tu mano, excepto que ahora estamos unidos de verdad, completa e inevitablemente.

Ella asintió, haciendo lo que le pedía, tan tentativa y tortuosa como era su lentitud. Usaba sus rodillas, moviéndose sobre él, y él luchó por controlar sus deseos básicos. Su necesidad de controlar la situación, de levantarla y tomarla con embestidas más decididas, casi superó su paciencia.

Esto tenía que hacerlo a su propio ritmo y en su propio tiempo. Si quería estar con ella así de nuevo, no podía asustarla. No es que debiera haber una segunda vez, pero ahora que la tenía, estaba seguro de que una vez nunca sería suficiente.

Dudaba que incluso dos veces fueran suficientes.

Quizás tres veces satisfarían el anhelo que ella había iniciado en él.

—¿Cómo es esto? —preguntó ella.

—Tan bueno —gruñó, ayudándola a caer en un ritmo, una danza que lo arrebató y que nunca deseó que terminara.

Al principio, Harlow no pudo evitar arrepentirse de su decisión esta noche. Estar con Wes como estaban ahora, haciendo el amor con él, no era lo más cómodo. Pero cuanto más se unía a él, sus grandes y fuertes manos guiándola, sin empujarla, sus perversos besos que le robaban el aliento y el corazón pronto trajeron una calidez que reemplazó el dolor punzante, y empezó a disfrutar cada vez más de lo que estaban haciendo.

Él era grande y la llenaba por completo. Cerró los ojos, meciéndose contra él. Cuando había venido al baile esta noche, había esperado más instrucción, besos y caricias como habían disfrutado estas últimas semanas.

No había esperado esto, pero ahora que estaba con él, nunca querría estar con nadie más.

—Se siente tan bien —admitió, tomando sus labios.

Él la besó con fuerza, robándole el aliento. —Te tumbaría en la hierba y te haría el amor si pudiera, Harlow, pero tu vestido se arruinaría, y también tu reputación si lo hiciera —bromeó.

Ella se rió, jadeando cuando él la penetró, tomándola con un poco más de fuerza que antes.

—Mmm, me gusta eso, mi señor. No te detengas —le suplicó.

Sus ojos se oscurecieron con intención perversa, sus dedos más firmes contra sus caderas. —¿Así? —le preguntó, embistiéndola de nuevo.

—Sí —respiró, la necesidad que palpitaba dentro de ella era diferente a todo lo que había experimentado antes—. Tócame, por favor —suplicó, sin estar segura exactamente por qué, pero alguna voz interior le decía que eso era lo que necesitaba.

Él hizo lo que ella pidió sin demora, deslizando su mano entre ellos para frotar sus dedos contra su sexo. Un placer exquisito pulsó cuando su mano la provocó, y ella miró hacia las estrellas, segura de que estaba flotando con ellas en ese momento.

—Llega para mí, Harlow —exigió, acariciando su sexo, sus hábiles dedos provocándola como lo había hecho antes—. Quiero escuchar mi nombre en tus labios —declaró, su aliento mezclándose con el de ella.

Su ritmo aumentó, y lo cabalgó con más vigor. Estaba tan llena, su sexo doliendo y

palpitando de deseo. Estaba tan cerca que podía sentirse al borde de algo maravilloso.

Si tan solo pudiera alcanzarlo.

Él la embistió varias veces, sus dedos acariciando su sexo con perfecta sincronización, y ella se catapultó a un mar de felicidad. Su cuerpo convulsionó con su liberación. Wes ahogó su gemido con un beso mientras su cuerpo vibraba y resonaba con un éxtasis como nunca había conocido.

—Wes —gimió, sujetando su mandíbula con sus manos—. ¿Y tú? No puedo ser la única que disfrute de tales delicias esta noche.

Él se rió, negando con la cabeza. —Es mejor que no vaya más lejos, pero te prometo que hay otras formas en las que un hombre puede terminar.

—¿En serio? —preguntó, curiosa—. ¿Cómo?

Su sonrisa inescrupulosa casi la hizo estallar una vez más. —Déjame explicarte.

CAPÍTULO DIECISIETE

EL SONIDO de voces interrumpió su soledad, y Wes rápidamente arregló la vestimenta de Harlow e inspeccionó su cabello para asegurarse de que todo estuviera como debía antes de enviarla de vuelta al baile a través de los jardines de una manera en que no fuera vista.

La observó volver a entrar en el palco que su familia había conseguido para la velada, pero se quedó en los jardines durante varios minutos, recuperando el equilibrio.

Se había acostado con una doncella, prácticamente una debutante, una mujer que era pariente de su amigo y mejor amiga de varias familias de estatus.

Debería ofrecerle matrimonio. Pero ella no lo quería de esa manera. Sí, había disfrutado del encuentro que habían compartido, pero eso no significaba nada.

Ella no había cambiado de opinión sobre las lecciones y, de hecho, pensaba que lo que habían hecho era parte de su enseñanza.

Rechinó los dientes, dando un último vistazo a su atuendo antes de regresar al baile al aire libre. Un lacayo pasó junto a él, y tomó una copa de brandy, bebiéndola sin pensar.

¿Y si se casaba con Lord Poulett pero llevaba a su hijo creciendo en su vientre? Tragó la bilis que le subió por la garganta, y por primera vez desde que comenzaron estas lecciones, sus pensamientos no se asentaban bien en su conciencia.

Ella estaba no muy lejos de él, bebiendo vino y hablando con la Marquesa de Chilsten. Su mirada se posaba en él varias veces, su piel sonrojada por sus escapadas, sus labios hinchados por sus besos.

Su cuerpo vibraba, sabiendo que había otra parte de ella que estaría hinchada y doliente por su toque. Una pequeña sonrisa conocedora elevó sus labios, y él luchó por no arrastrarla de vuelta a los oscuros senderos y poseerla una segunda vez.

Pasaron varios minutos antes de que ella se uniera a él al lado de la pista de baile al aire libre, mirándolo expectante.

—¿Va a decirme qué más puedo hacer para complacer a un caballero, milord? Ya me ha enseñado tanto esta noche, y mencionó que lo haría —dijo ella, con los ojos amplios y traviosos.

Él gimió interiormente, sin estar seguro de si hablar de lo que ella quería era una buena idea, pero entonces, ¿cuándo había pensado con claridad cuando estaba cerca de Harlow York?

¿Cuándo había hecho algo que se pareciera al sentido común?

—¿Está segura de que desea saberlo? Puede que se avergüence, y la gente puede especular sobre lo que estamos hablando. Podría dañar su progreso con Lord Poulett.

Su boca se frunció en una línea de disgusto, y él se alegró de que tomara en serio su advertencia.

—Aun así, deseo saberlo. Si tengo alguna posibilidad de ganar a mi pretendido, necesito saberlo todo, como acordamos cuando empezamos estas lecciones —respondió ella, observándolo atentamente.

Él la miró por un momento, bebiendo su belleza y preguntándose por qué le había llevado tanto tiempo notar que era una de las mujeres más hermosas de su conocimiento. No era de extrañar que hubiera sido nombrada el diamante de la temporada el año pasado.

—Muy bien, pero seré franco sin adornos. Esos detalles tendrá que aprenderlos usted misma cuando esté casada. Le sugeriría no participar en esto antes de tomar sus votos.

Ella asintió.

—Entendido e intrigada —dijo.

Wes se aclaró la garganta, mirando alrededor para asegurarse de que estaban razonablemente solos.

—Un hombre puede liberarse de sus pantalones, y una mujer puede tomarlo en su boca, lamer y chupar su apéndice como si fuera un dulce hasta que él encuentre su liberación.

Su boca se abrió antes de que se lamiera los labios de una manera tentadora.

—¿No es eso difícil para la mujer? —preguntó, mordiéndose el labio inferior. Él gimió interiormente, deseando esos labios sobre él y no solo en su boca. ¿Por qué estaban hablando de esto? No era seguro, ni apropiado.

—Depende de cuán grande sea el hombre —respondió sin pensar. Los ojos de ella se agrandaron, y la curiosidad brilló en sus profundidades verdes.

—¿Importa el tamaño, milord? —Ella se acercó más, y él sintió el roce de su mano en su pierna—. ¿Qué diría una mujer sobre usted, Lord Kemsley? ¿Cómo describiría su tamaño? —preguntó sin vergüenza.

Era su turno de quedarse boquiabierto, y por un momento, no pudo formar una respuesta. La mocosa tenía agallas y sabía muy bien cuál era su tamaño. Con el tiempo llegaría a aprender que esta conversación no era en absoluto respetable ni debería estar teniendo lugar.

No es que eso le impidiera continuarla.

—Soy proporcional a mi altura y sé qué hacer conmigo mismo para asegurar el disfrute de una dama —respondió, no estando dispuesto a alardear sobre su apéndice, aunque le habían dicho que era bastante formidable y capaz cuando estaba a la altura de la tarea.

Harlow contuvo una sonrisa. Estaba provocándolo, incitándolo a responderle, aunque él no parecía dispuesto a decirle directamente que su hombría era más que satisfactoria. Y la había satisfecho más rápidamente de lo que ella pensaba que podría, dado que era su primera vez con

un hombre.

Que él sería el único hombre con el que ella se acostaría era en lo que necesitaba trabajar ahora.

—¿Proporcional? Hmm, bueno, no soy una experta, pero diría que me sentí bastante satisfecha por usted, y cada vez que, bueno, ya sabe —dijo, mirándolo a los ojos—. Cada vez que me movía hacia abajo, encontraba que usted rozaba algo dentro de mí, una especie de botón si debo darle un nombre, que me hacía sentir maravillosa. —Suspiró, recordando su unión—. Y en cuanto a la conclusión de nuestro encuentro, bueno, eso fue hechizante.

Sus ojos ardieron sobre ella, y él se movió inquieto antes de mirar hacia la multitud de invitados entretenidos.

—Sentirá lo mismo con su pretendido, y ahora sabe qué esperar.

Harlow gruñó interiormente, queriendo gritar al hombre ciego. ¿Realmente pensaba que ella se entregaría a él solo para aprender una lección? No podía creer, no quería pensar que él la considerara tan baja como para pensar eso. Esta noche se había puesto en riesgo, y él no podía pensar que ella haría eso sin algún tipo de afecto.

Lord Kemsley tenía que estar protegiéndose a sí mismo y a su corazón.

No terminó dentro de usted. De hecho, no alcanzó el clímax en absoluto, así que no hay riesgo... ¿verdad?

—Creo que buscaré a Lord Poulett —dijo ella—. Tal vez pueda persuadirlo de pasear por los jardines, y así poner en práctica lo que he aprendido esta noche y todas nuestras otras noches juntos —añadió, desafiándolo.

Harlow se alejó de su lado, moviéndose entre la multitud, pero no para buscar a Lord Poulett como había amenazado. En su lugar, se dirigió hacia la Casa de Necesidades que albergaba el tocador, necesitando recomponerse.

Kemsley no podía haberle hecho el amor y ahora pensar que estaba lo suficientemente bien como para hacerlo con otro hombre. No podía ser tan canalla. Se dirigió al edificio de tres pisos al borde de los jardines y entró. Una criada en la puerta la dirigió hacia donde estaba el tocador, y justo cuando pasaba las escaleras, una mano la rodeó por la espalda, atrayéndola con fuerza contra su cuerpo.

Antes de que Harlow pudiera pronunciar una palabra de protesta, fue empujada a un pequeño cuarto de almacenamiento bajo las escaleras, con la más tenue luz del vestíbulo como único medio para ver.

—¿Te acostarías con Poulett después de lo que acabamos de hacer? —Las palabras de Kemsley sonaban desgarradas y destrozadas, y ella retrocedió, insegura de su disposición.

—¿No es ese el propósito de sus lecciones? —declaró ella, necesitando que él respondiera, que se diera cuenta de que tal vez la más mínima parte de sí mismo estaba celosa de ese hecho y debería hacer algo al respecto.

—Esta noche, eres mía —dijo él en su lugar antes de que sus labios se estrellaran contra los

de ella. Ella jadeó, aferrándose a él. La necesidad y la ira impregnaban cada caricia, cada beso.

Él se arrodilló ante ella, su boca ardiente, su lengua, cosquilleando el interior de su rodilla.

—Olvidé mencionar que un hombre puede dar placer a una mujer de la misma manera que mencioné antes —dijo, levantando sus faldas.

Su boca se abrió camino por sus piernas, rindiendo homenaje a ambos muslos, provocando la piel sensible de sus muslos internos antes de levantar una de sus piernas, acomodándola sobre su hombro.

Harlow extendió la mano, agarrándose a la parte inferior de las escaleras, esperando que sus piernas no se derrumbaran bajo el asalto de su boca. Él lamió su sexo, haciendo que la luz estallara ante sus ojos. Su boca la besaba como si estuviera besando sus labios, succionando, provocando, empujándola hacia el clímax que necesitaba de nuevo, que anhelaba como el aire.

Con una mano, sujetó su cabeza, incapaz de dejar de ondular contra su boca, que obraba su mágica perversidad en su sexo.

El calor lamía su piel, y se mordió el labio, luchando por contener el gemido que quería gritar y proclamar al mundo mientras su boca la tomaba de una manera que nunca había creído posible.

Cerró los ojos, se entregó al placer, y entonces la recorrió, dolor tras dolor delicioso, temblor tras temblor delicioso, mientras su boca la ordeñaba hasta el final mismo de su placer.

Harlow se aferró a él, lánguida, y luchó por no desplomarse en un charco de exquisita satisfacción.

—Wes —susurró, esperando mientras él se ponía de pie frente a ella. Apenas podía distinguir su rostro, todo ángulos duros y ojos ardiendo de necesidad.

—Harlow —susurró él en respuesta antes de que su boca tomara la de ella, pero este beso fue diferente. Suave y largo, un vals de seducción que era una danza pausada y dulce.

Ella lo besó, alzando los brazos para mantenerlo cerca, para retenerlo cerca, ahora y para siempre. Su corazón era de él, y ella rezó para que él le entregara el suyo a cambio.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

WES sintió un tirón en su chaqueta de superfina y se giró para encontrarse con el rostro disgustado de su buen amigo Lord Howley. Arqueó una ceja, preguntándose por qué Howley no lo había saludado.

—¿Ocurre algo? —preguntó al conde, sintiendo un nudo en el estómago ante la desaprobación en los ojos de su amigo, poniéndolo en alerta.

—Sí, hay varias cosas, una de las cuales es que ayer te vi metiendo a la señorita York en el armario bajo las escaleras de la Casa de Necesidades. Solo puedo suponer que tenías algún asunto importante que discutir con la joven soltera, porque estoy seguro de que no la habrías escoltado allí por ninguna otra razón.

Wes sintió que la sangre se le iba del rostro y luchó por no atragantarse con su brandy. ¿Los habían visto?

—¿Alguien más lo vio? —preguntó a uno de sus amigos más antiguos.

—No —dijo Howley, entrecerrando los ojos—. Pero eso no lo hace correcto ni una acción que no conlleve algún tipo de consecuencia.

—No es lo que piensas —explicó, sabiendo que era una mentira—. Estoy ayudando a la señorita York a aprender el arte de la seducción para que pueda usarlo contra el caballero con quien desea casarse. Créeme, no soy yo a quien quiere. Soy meramente el instrumento que permitirá que su unión sea feliz y apasionada.

Howley arqueó una ceja escéptica y lo miró como si a Wes le hubieran salido dos cabezas.

—Sé que no me crees, pero debes jurar que no dirás nada. Ella no desea que yo sea su esposo, y todo su arduo trabajo será en vano si nos obligas a casarnos.

—Parecía bastante satisfecha cuando salieron de la seguridad de ese armario bajo las escaleras. ¿Qué tipo de enseñanzas le estás dando? —le preguntó Howley.

Wes hizo un gesto para desestimar su pregunta. De ninguna manera iba a contarle lo que le había hecho a Harlow bajo esas escaleras. El recuerdo hizo que el calor le lamiera la piel. Peor aún, lo que le había hecho no era lo más reprochable. La había tomado como un hombre debería poder tomar a su esposa. Howley exigiría matrimonio si supiera esa verdad.

—Cómo mirar a su pretendido, hablar, hacer gestos sutiles para llamar su atención. Cosas

inocentes como esas —mintió.

Su amigo parecía estar lejos de impresionado por su explicación.

—He guardado muchos secretos tuyos a lo largo de los años antes de tu matrimonio con la muchacha Woodville. Me lo debes, Howley —afirmó Wes, dispuesto a usar esa carta en su mano si solo fuera para evitar que su amigo lo obligara a casarse con una mujer que no deseaba como esposa.

Suponía que si tuviera que casarse con alguien, Harlow sería adecuada, y estaba seguro de que se llevarían bien juntos, pero eso no era lo que ella quería.

No era lo que él quería.

Era un hombre libre. Un libertino y un hombre que disfrutaba de la compañía de muchas, no de una.

Vislumbró a Harlow mientras flotaba por la pista de baile en los brazos de Lord Poulett. El caballero con quien ella deseaba casarse.

—¿Ves? —dijo Wes, señalando a Harlow—. La señorita York es más feliz con Lord Poulett. No arruines todos sus planes simplemente porque estoy siendo útil a una dama inocente que no sabía cómo ganarse el amor del hombre que deseaba.

Howley miró fijamente a la señorita York, entrecerrando los ojos pensativo. Wes rezó para que creyera sus palabras verdaderas.

Bueno... casi verdaderas.

Observó a Harlow. Se deleitó con la visión de ella en su vestido rosa de estilo imperio que acentuaba sus pechos. Pechos que eran exuberantes y reactivos a su tacto. Su piel clara, del color del alabastro, inmaculada, que olía tan condenadamente bien que incluso ahora estaba seguro de que podía oler rosas.

Pero por encima de toda su belleza exterior estaba su hermosura interior. Era ingeniosa, inteligente, amable y apasionada, todo lo que un hombre debería desear en una esposa.

Lo que él debería desear.

—Parece estar disfrutando, pero falta algo. No hay chispa, y hablando como un hombre que sabe lo que es vivir con una mujer que cobra vida en tus brazos, déjame decirte, Kemsley, la señorita York no la tiene con Lord Poulett. —Hizo una pausa, dándole una palmada en el hombro—. Pero cuando salió del armario bajo las escaleras ayer por la noche, por Dios, brillaba como una joya rara, y tú causaste eso. Nadie más —declaró su amigo antes de lanzarle una sonrisa cómplice y dejarlo para que reflexionara sobre sus palabras.

Wes tragó el pánico que lo asaltó, junto con el orgullo. ¿La había hecho brillar? Sus labios se crisparon antes de componer sus facciones. ¿Qué estaba haciendo? No le importaba si ella brillaba o no. Ella no lo quería a él. Quería a Lord Poulett.

Él no quería una esposa. Su hermano casado tenía un hijo; el matrimonio no era una prioridad.

Wes respiró hondo, y a la primera dama que se cruzó en su camino le pidió bailar, cualquier

cosa menos pensar en las palabras de Howley. La joven aceptó con más emoción de la que él consideraba justificada para un minué. La llevó a la fila, enlazando los brazos y participando en una charla ociosa mientras el baile progresaba, pero aun así, su mente no se calmaba.

¿Lo prefería Harlow a Lord Poulett?

La vislumbró al lado de la pista de baile a través de la multitud de pasos de la danza, y su pregunta fue respondida. Sus labios estaban apretados en una línea de disgusto, sus ojos entrecerrados con fastidio, y la realización lo golpeó.

Puede que al principio hubiera deseado a Lord Poulett, pero tampoco era inmune a sentir celos cuando él cortejaba a otra persona.

¿Significaba eso que había cambiado de opinión? Eso no lo sabía, ni lo preguntaría.

Mentiroso. La idea de que se case con cualquier hombre te revuelve el estómago.

Ignoró su advertencia, lanzándose al baile, incluso otorgando a la señorita Somersea una o dos sonrisas burlonas. No sucumbiría al estado matrimonial como tantos de sus amigos lo habían hecho. Ni sería un buen marido. Se aburriría en una semana.

Mentiroso. Su mente se burló de nuevo. No con Harlow, no lo harías.

Y esta vez, sabía que esa afirmación era cierta. Algo le decía que estar casado con Harlow sería diferente, no monótono ni insípido. Si acaso, sería lo opuesto.

Probablemente malditamente maravilloso, en verdad.

Harlow ya no se torturaría viendo a Wes bailar primero con la señorita Somersea y luego con un grupo de jóvenes, muchas de las cuales parecían demasiado impresionadas por su señoría para el bien de su vanidad.

No necesitaba que él se tuviera en más alta estima de lo que ya lo hacía. Era un sinvergüenza, consciente de su atractivo para el sexo opuesto. Si llegara a considerarse un mártir ante las mujeres, no habría quien lo detuviera.

Y en todo caso, él era suyo. No de ninguna de las otras jóvenes que tomaban su mano. Ella permaneció al lado de la pista de baile, preguntándose cuándo se inclinaría ante ella y le pediría bailar.

El hecho de que no lo hubiera hecho le provocó un escalofrío.

¿Qué juego estaba jugando? ¿Intentaba darle una lección? ¿Demostrarse a sí mismo que no le importaba? Sí le importaba. Hasta lo más profundo de su ser, ella sabía que así era, por lo que fingir lo contrario era una tontería de su parte.

—Señorita York, un vaso de limonada tal como solicitó —proclamó Lord Poulett a su lado, entregándole un pequeño vaso.

—Gracias —dijo ella, dando un sorbo—. Es muy refrescante. —Le dedicó a su señoría una sonrisa complacida y luego volvió a observar a los invitados. Bueno, a un invitado en particular, que lucía demasiado atractivo para su propio bien.

—Ahora que estamos a solas y tenemos un momento para hablar en privado, hay algo que deseaba discutir con usted si está dispuesta a escucharme sobre el asunto —declaró Lord Poulett.

Harlow estudió a su señoría y notó un ligero brillo de sudor en su labio superior. Se giró y le prestó toda su atención. —Por supuesto, mi lord. Puede decirme qué le preocupa —respondió.

Él sonrió, aclarándose la garganta. —Nada me preocupa, señorita York. Es decir, nada me preocupa aún, pero si usted respondiera a mi pregunta de manera contraria a la que me gustaría, entonces podría sentir un poco de incomodidad después.

¿Un poco de incomodidad? No más de la que ella estaba sintiendo en este momento. El impulso de huir la apremiaba, pero se mantuvo firme, cumpliendo con su deber como una joven bien educada debía, y escuchó lo que un caballero tenía que decir. —¿Cuál es su pregunta, mi lord?

Él levantó la barbilla, armándose de valor para hablar. —Mi pregunta es si consideraría ser mi esposa. —Tomó su mano, llevándola a sus labios—. ¿Se casaría conmigo, señorita York?

Jadeos de sorpresa sonaron a su alrededor, junto con varios aplausos de personas que estaban escuchando. La habitación giró. Harlow había esperado que esta pregunta nunca le fuera hecha, a menos que fuera por Lord Kemsley.

Miró alrededor de la sala y notó las miradas brillantes y ansiosas y las grandes sonrisas jubilosas ante la propuesta pública de su señoría. Podría añadir que fue mucho más ruidosa de lo que ella pensaba que debería haber sido.

Harlow tragó la bilis que subió por su garganta, y su corazón se detuvo al ver a Lord Kemsley, de pie en medio de la pista de baile, su pareja de baile ociosa a su lado, con confusión escrita en su bonito rostro ante la brusca interrupción de su señoría en su Allemande.

Sin intentar detener su respuesta, Lord Kemsley giró sobre sus talones y se marchó, dejándola para enfrentar a Lord Poulett y responder a su pregunta ante toda la alta sociedad.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—LORD POULETT —dijo el cuñado de Harlow, Lord Billington, acercándose a su lado—. Quizás podamos discutir tales asuntos en mi despacho mañana al mediodía. Siento que el entretenimiento de esta noche no es el momento apropiado. —Tomó su brazo, deslizándolo sobre el suyo.

Su hermana, Lady Billington, se unió a su esposo, colocándose al otro lado de Harlow, protegiéndola de cualquier otra petición de matrimonio o cualquier otra pregunta que pudiera surgir.

Harlow miró a ambos. Lord Billington parecía poco complacido, mientras que la expresión de su hermana estaba llena de compasión por Lord Poulett.

—Por supuesto —dijo Lord Poulett, haciendo una reverencia—. Me disculpo por haber expresado mis deseos. Pasaré a verle mañana para discutir el asunto.

—Muy bien —dijo Billington—. Buenas noches.

En cuestión de minutos, Harlow fue sacada del baile y pronto se encontró instalada en el carruaje del vizconde, con su hermana y su cuñado sentados frente a ella, silenciosos en sus reflexiones.

—¿Estáis enfadados conmigo? —preguntó Harlow, tratando de descifrar exactamente qué estaba sucediendo entre ellos.

—No, en absoluto, pero no aprecio que Lord Poulett haya pedido tu mano en el baile después de que le hubiera informado que nos visitara mañana, apenas una hora antes. Siento que fue en contra de mi palabra e intentó forzar tu decisión ante la alta sociedad. No es en absoluto el acto de un caballero.

¿Le había pedido a Billington su mano antes? No sabía ese detalle.

—¿Sabes, hermana, que tiene una amante de la que ha declarado públicamente en White's que piensa mantener? Por toda su riqueza y su castillo en Cornwall, no te dejaría casarte con ese canalla ni aunque lo pidiera en la privacidad de nuestro hogar.

—Lila, te conté eso en confianza —reprendió Billington.

Su hermana se encogió de hombros, dando palmaditas en la rodilla de su marido como para apaciguarlo. —Cuando tales asuntos puedan influir en la elección y la felicidad de mi hermana

en la vida, siempre le diré lo que sé —dijo—. Que me hayas contado esta información es una de las razones por las que me casé contigo, querido. No me ocultas secretos.

Harlow sonrió y miró por la ventana. —Así que quería forzar mi decisión. —Bueno, eso no había funcionado—. Supongo que mañana tendremos que decirle que su pretensión no es bienvenida. —Harlow se mordió el labio inferior, preguntándose qué haría ahora.

Durante semanas había provocado a Lord Kemsley diciéndole que quería a Lord Poulett, o a uno de los otros hombres que habían mostrado un gran interés en ella para casarse. Había hecho creer a Kemsley que era Lord Poulett a quien quería como marido por encima de todos los demás.

Si decía que no mañana, lo cual tenía toda la intención de hacer, Kemsley sabría que le había estado mintiendo durante semanas. Por supuesto, se preguntaría cuál había sido su inclinación todo este tiempo.

Descubriría que, en realidad, lo quería a él y a nadie más, y se sentiría como si ella lo hubiera hecho quedar como un tonto.

Se retorció las manos en el regazo, su mente tratando frenéticamente de pensar en una manera de despejar el camino hacia adelante. Había esperado que a estas alturas Kemsley se hubiera dado cuenta de que estaba enamorado de ella y le ofreciera su mano en matrimonio.

—Creo que deberías responder que no —dijo Lila—. No creo que te haga feliz.

Harlow podía creer eso muy bien. Kemsley le había hablado de la propiedad de Poulett en Cornwall y su riqueza, pero había omitido mencionar a la amante. Tal vez no sabía tanto del caballero como Billington. Pero claro, su hermana y Billington estaban actuando como sus tutores este año, y esa posición significaba que necesitaban saber todo sobre sus pretendientes.

El carruaje se detuvo frente a la casa georgiana, y Harlow siguió a su hermana y cuñado al interior.

—¿Te apetece una taza de té en la biblioteca antes de retirarnos? —le preguntó Lila.

Negó con la cabeza, ya sin ánimo para ninguna compañía. Lo que necesitaba ahora era tranquilidad y tiempo a solas. Para pensar, planear y decidir cómo rechazar amablemente a Poulett y explicar cómo se lo diría a Kemsley.

—No, creo que os desearé buenas noches a ambos. Estoy muy cansada —dijo, sintiendo sus pies calzados con zapatillas incómodamente pesados junto con sus párpados.

—Buenas noches entonces, hermana —dijo Lila.

—Buenas noches —respondió Harlow, empezando a subir las escaleras. Afortunadamente, su doncella la estaba esperando, y soportó el desmontaje de su cabello, los muchos alfileres que había que quitar, junto con su vestido, corsé y medias que siguieron.

Al poco tiempo estaba arropada en la cama, las velas apagadas, y por fin sola. Justo como necesitaba estar para pensar con claridad y planear.

A Wes no le llevó mucho tiempo trepar por la enredadera hasta el segundo piso de la casa de los Billington. La parte más difícil era asegurarse de no ser atrapado antes de encontrar el

dormitorio de Harlow.

Esa noche, el aire en Londres estaba pegajoso y cálido, y afortunadamente varias ventanas del piso superior estaban entreabiertas para permitir la entrada de cualquier brisa que pudiera surgir. Que hubiera una enredadera justo debajo de una ventana en particular era providencial. Realmente debería advertir a Billington antes de que alguien con intenciones de hacer daño a la familia se diera cuenta y les robara, o algo peor.

No es que él fuera inocente en su allanamiento de la casa londinense. Necesitaba ver a Harlow. Hablar con ella, preguntarle si había respondido a Lord Poulett, lo cual no se había quedado a averiguar.

Rechinó los dientes, ignorando los pocos pinchazos de la vid de jazmín mientras trepaba y trataba de olvidar cómo el salón de baile había dado vueltas en el momento en que Lord Poulett le había propuesto matrimonio a Harlow delante de toda la alta sociedad.

¿Estaba loco el hombre? ¿Quién proponía matrimonio en medio de un baile? La mera idea hacía que se le helara la sangre.

Peor aún, no se había quedado para averiguar si ella había dicho que sí.

El mañana estaba demasiado lejos para descubrir la respuesta, así que continuó subiendo, necesitando saber y persuadirla de que reconsiderara su elección si había dicho que sí.

Lord Poulett no era para ella. Por qué pensaba que él estaba por encima de cualquier otro que la cortejara este año, no podía entenderlo. Sin mencionar que había intentado disuadirlo numerosas veces. Era un canalla, incapaz de ser leal o de amar a una sola mujer. En verdad, no era mejor que Lord Hill. Le rompería el corazón, y Harlow era su amiga. No permitiría que la lastimaran.

Sus enseñanzas aquí pudieron haber comenzado como una diversión inocente, una forma de pasar la aburrida temporada de Londres, pero hacía tiempo que se habían desviado de tal mediocridad. Esperaba con ansias verla. Enseñarle las formas de ganar el corazón de un hombre, pero también anhelaba hablar con ella.

Se había convertido en una de sus amigas más cercanas, y si ahora se comprometía, todo cambiaría. Ya no podrían pasar tiempo juntos ni conversar como lo habían hecho antes.

No estaba listo para entregarla a nadie todavía, y ciertamente no a Lord Poulett.

Al llegar al primer piso, empujó la ventana para abrirla más y se izó dentro. La habitación era espaciosa. Una gran cama ocupaba la mayor parte del espacio. La chimenea era una sombra oscura, y apenas podía distinguir a una persona que dormía en la cama.

Con el mayor cuidado, se acercó a la cama, moviéndose fuera de la luz de la luna que penetraba en la habitación, y suspiró aliviado al darse cuenta de que había logrado trepar a la habitación de Harlow y no a la de Lord y Lady Billington.

—Harlow —susurró, arrodillándose junto a ella—. Harlow, soy yo, Wes —susurró de nuevo. ¿Debería cubrirle la boca para evitar que se sobresaltara y gritara al despertar? Si lo atrapaban aquí, no habría forma de evitar que se casaran, sin importar cuánto ninguno de los dos lo

quisiera.

Una pequeña voz en su mente se burló de sus pensamientos, y él la ignoró. —Harlow —intentó de nuevo—. Por favor, no grites. Soy solo yo. Wes —volvió a intentar.

Ella se movió e hizo un delicioso sonido como un maullido que envió calor directamente a su entrepierna antes de que una pequeña arruga besara su frente. —Mmm, ¿qué? —murmuró.

—Harlow, soy yo. Wes. Por favor, despierta, pero no grites —le recordó.

Su ceño se profundizó y sus ojos aletearon antes de que jadeara, retrocediendo en la cama hasta chocar contra el cabecero. —¿Qué es...? —Se detuvo, parpadeó, y él vio el momento en que comprendió quién estaba en su habitación.

—¿Kemsley? —preguntó, mirándolo fijamente—. ¿Qué haces aquí? —susurró ferozmente, mirando hacia la puerta—. No puedes estar aquí. ¿Y si te atrapan?

—Nos casaríamos, pero tenía que saberlo. No podía dormir con lo que atormentaba mi mente.

Ella se inclinó hacia adelante, palmeando la cama. Él se levantó y se sentó a su lado. —¿Qué quieres decir? ¿Por qué estás preocupado, milord? —le preguntó.

Él le sujetó la mandíbula, levantando su barbilla para poder ver fácilmente en las profundidades verdes de sus ojos. —Dime, ¿aceptaste casarte con Lord Poulett? Dime que no lo hiciste.

Una expresión desconcertada cruzó sus bonitas facciones antes de que negara con la cabeza. El alivio, dulce y satisfactorio, lo recorrió ante su respuesta. —No, no le respondí a su señoría. Billington le pidió que nos visitara mañana para discutir el asunto, pero mi hermana está en contra de la unión. Apparently, Lord Poulett está bastante encariñado con su amante, a quien no quiere sacar de su vida después de tomar una esposa, y yo no toleraré compartir a mi marido, quien sea que sea, con ninguna otra mujer.

—¿No te dije que él no era digno de ti? Hay otros que lo son. Hombres buenos que serían buenos esposos.

Como tú...

Dios mío, ¿qué estaba pensando? Él no quería casarse. No quería el matrimonio en absoluto a su edad.

¿O sí?

Si no se casaba con Harlow, entonces ella se casaría algún día, tal vez no este mes ni el próximo, pero eventualmente encontraría a un hombre al que amara y se casaría. Se perdería para él para siempre.

Ella asintió, sus ojos brillando en la luz de la luna como gemas. —Me dijiste eso. Estoy muy agradecida por tu amistad y guía.

—Siempre las tendrás —dijo, inclinando la cabeza y besándola rápidamente.

Una pequeña sonrisa elevó sus labios, sus manos enroscándose en las solapas de su abrigo. —¿Por qué fue eso? —le preguntó—. ¿Estamos teniendo otra lección?

Él negó con la cabeza. —No hay lecciones, Harlow. No esta noche. Por una noche, soy solo un hombre sentado en la cama de una mujer que deseo, pidiéndole que esté conmigo. Sin lecciones. Sin tutoriales. Sin preguntas. —La besó de nuevo, esta vez más largamente—. Solo nosotros, hasta el amanecer.

—¿No va esto en contra de tus reglas, Kemsley? Un poco demasiado íntimo. ¿Qué pasará si desarrollas sentimientos por mí? ¿Qué harás entonces? —le provocó.

Él se rio, moviendo sus manos para desatar las pequeñas cintas que mantenían cerrado su camisón en el cuello. —No lo haré. Tu futuro está a salvo fuera de mis manos —admitió, preguntándose por qué las palabras dejaban un vacío en su pecho, una grieta abierta que lloraba como una herida abierta—. Pero esta noche, eres toda mía.

La palabra mía reverberó en la mente de Harlow, y quiso gritar al mundo que él también era suyo. Todo suyo y de nadie más.

¿Era su presencia aquí el inicio de sus sentimientos crecientes hacia ella? ¿Estaba celoso?

Harlow se arrojó a sus brazos, deseando estar con él de nuevo con una necesidad que la dejaba sin aliento e impaciente. Él la levantó de la cama y la sentó en su regazo antes de recostarse sobre su colchón, colocándose sobre ella y presionándola contra las numerosas mantas.

Ella se acercó a él, lo abrazó y se entregó al beso. Sus lenguas se entrelazaron y lucharon por el dominio. Él sabía a whisky, a perversión y a futuro marido.

Él sería suyo.

Pídeme matrimonio, quería gritar.

Sus manos trabajaron rápidamente sobre su camisón. El aire fresco le besó las piernas antes de que él se lo quitara por la cabeza, arrojándolo a algún lugar de la habitación junto con la poca inocencia que le quedaba.

No es que le quedara mucha. Ya había estado con Kemsley, y ahora él estaba aquí, colándose en su habitación en medio de la noche para hacerle el amor.

—Ayúdame a desvestirme. Quiero sentir tus manos sobre mí —le dijo.

Harlow haría lo que él deseara. Le desató la corbata y le quitó la chaqueta, necesitando sentirlo mejor.

Por un momento, se deleitó con su pecho musculoso y su abdomen firme. —Me gusta cómo se siente tu cuerpo. —Puso su mano sobre su corazón—. Tu corazón late muy rápido.

Él sonrió, quitándose la camisa por la cabeza antes de tomar la mano de ella y colocarla de nuevo sobre su cuerpo. —A mí también me gusta que me toques —le confesó.

Esto tenía que ser amor. Él debía estar sintiendo algo más que simple amistad por ella. No podía ser así con todas sus amantes anteriores. Harlow no podía creer esa insensibilidad de él. Era mejor que eso.

—También quería estar contigo en una cama. Mereces ser amada en una cama de seda, con cojines a tu espalda y todos los lujos a tu disposición.

—¿Me alimentarás con uvas si te lo exijo? —preguntó ella en tono burlón.

Él se rio y asintió. —Por supuesto.

Ella alcanzó y desabrochó los pocos botones de sus calzones de seda hasta la rodilla antes de desatarlos por completo.

Él se incorporó, dejándola desamparada antes de quitarse los pantalones de una patada.

Los ojos de Harlow se agrandaron al verlo de pie frente a ella, desnudo como el día en que nació, hambriento y excitado, con sus ojos determinados fijos decididamente en ella.

Un escalofrío recorrió su cuerpo y su corazón se aceleró. La humedad se acumuló en su centro, y nunca había deseado a un hombre tanto como deseaba a Kemsley.

Wes...

Ella lo alcanzó, y él se abalanzó sobre ella, acomodándose entre sus piernas. Su virilidad presionó contra su centro, y ella lo buscó, lo necesitaba con un hambre que sobrepasaba la sensatez.

Él embistió dentro de ella, haciéndolos uno. Un brazo fuerte le sujetó el muslo, levantándolo alto sobre su cadera, y ella gimió. Él la estiraba, la llenaba, la completaba.

Tan bueno. Tan enloquecedor.

—Wes —gimió ella, y él gruñó, tomando sus labios en un beso que la dejó sin aliento, incapaz de pensar. Se perdió en sus brazos, su cuerpo trabajando el de ella, empujándola hacia el clímax que anhelaba alcanzar.

Desesperadamente.

Con una implacabilidad y resistencia que no había creído posible, le hizo el amor, la besó y la sedujo aún más para que fuera suya. Ahora y para siempre.

—Harlow —susurró contra sus labios—. Dime que no te casarás con Poulett.

Ella encontró su mirada y vio el miedo que acechaba en sus profundidades azules. —No me casaré con él. Tienes mi palabra. No podría. No cuando yo... —Se mordió el labio, arañando su espalda con las uñas cuando él embistió más fuerte, más profundo, provocándola más.

—¿Cuando tú qué? —preguntó él, observándola, con los ojos ardiendo.

—Él no es a quien quiero. No realmente —dijo, pero fue incapaz de decir más. Pero lo haría. Mañana pediría verlo. Era hora de decirle la verdad, hacerlo elegir.

Por favor, elígeme.

—Él no es lo suficientemente bueno para ti —susurró contra sus labios. Harlow jadeó cuando él rodó sobre su espalda. Ella lo siguió, sentándose encima de él.

Sus dedos se extendieron sobre su pecho, y de esta manera, podía ver mejor su magnificencia. Sin mencionar que él llegaba más profundo, la sensación más satisfactoria.

Harlow se movió y probó cómo se sentía esta nueva posición antes de levantarse. Gimió cuando oleadas de placer recorrieron su cuerpo.

Las manos de él se alzaron, ahuecando sus senos, con una sonrisa maliciosa en sus labios. —Eres tan hermosa, Harlow. Me deshaces —dijo.

Harlow se inclinó y lo besó, dando la bienvenida a sus brazos que la rodearon y la sostuvieron. Llena de amor, con Wes, y eso fue suficiente para hacerla estallar en millones de pedazos.

Él la besó durante su liberación, ahogando su grito antes de seguirla en su éxtasis, uniéndolos y, con cualquier intervención divina, para siempre.

CAPÍTULO VEINTE

LAS SIGUIENTES SEMANAS de la temporada fueron días de anhelo llenos de noches de felicidad incandescente y algunas travesuras muy, muy pícaras.

Harlow no había pensado que sería tan extremadamente mala, pero cuando se trataba de Wes, descubrió que podía ser la peor de las damas. Con tan solo una mirada, un vistazo al otro lado de la habitación, estaba perdida.

Un movimiento de su cabeza y ella iría con él, se encontraría con él, estaría a solas con él.

¿Cómo podría separarse de él si no se declaraba? Pero estaba segura de que lo haría y muy pronto. Estaban pasando tanto tiempo juntos, y no solo cuando estaban siendo íntimos, aunque eso ocupaba bastantes horas de cada noche.

Que Lord Poulett no hubiera aceptado bien su rechazo, y constantemente intentara hacerla cambiar de opinión, también ayudaba. No había tenido que intentar explicar por qué había necesitado las lecciones de Wes, ni tampoco había reunido el valor suficiente para decirle cómo se sentía.

Pero sus lecciones habían cambiado ahora, y se habían transformado en necesidad entre los dos. Harlow entendía lo que esa necesidad significaba para ella en cualquier caso. Estaba enamorada de Wes.

Pero ¿la amaba él? ¿Se había reconciliado con la idea de que su soltería estaba llegando a su fin, y que ella era la mujer para él? Eso no podía decirlo, pero no le impedía intentar convencerlo de lo contrario.

Para que caminara con ella hacia el altar.

Esta noche era el baile de Devonshire. Todo el que era alguien estaba invitado. Harlow ya había hablado con las chicas Woodville, ahora todas felizmente casadas, y con su hermana, que la había acompañado como carabina por el magnífico salón de baile, los espejos dorados y las chimeneas de mármol.

Wes aún tenía que llegar, pero sabía que estaría aquí pronto. Le había prometido que asistiría y bailaría con ella dos veces.

Una pequeña sonrisa elevó sus labios al pensar en él. La idea de que después de todo lo que habían pasado, todas las cosas que habían hecho juntos, él todavía pudiera alejarse, le dejaba un

nudo en el estómago.

Una mano rozó la nuca de ella antes de que unas palabras susurradas acariciaran su oído.

—Buenas noches —dijo él, colocándose a su lado.

Harlow se estremeció ante su toque, y él le lanzó una sonrisa maliciosa que prometía todas las delicias que le otorgaba la mayoría de las noches.

—Lord Kemsley. Un poco tarde esta noche, ¿no es así? Pensé que me vería obligada a bailar con Lord Hill, que ronda mientras hablamos.

—Jamás permitiría semejante desgracia —dijo, sonriéndole y haciéndola contener el aliento. Era tan apuesto. Estar cerca de él le hacía querer suspirar de deleite por su aspecto.

Sin mencionar que se llevaban muy bien en otros aspectos también.

—Espero que hayas venido preparado para bailar. Creo que pronto habrá un baile campestre. Una animada giga que debería ser entretenida.

—Seré todo tuyo —Él le ofreció su brazo, y ella envolvió su mano alrededor. Sus músculos se flexionaron bajo su abrigo de paño superfino, y ella se deleitó con la sensación. Cómo lo había echado de menos desde anoche cuando se había colado por la ventana de su dormitorio una vez más.

Habían empezado a dormir juntos con bastante frecuencia, pero la noche anterior había sido diferente. Anoche habían dormido, se habían abrazado, y nada más. Estar con Wes de esa manera tenía que significar que él estaba tan enamorado de ella como ella de él.

No había otra explicación.

La orquesta comenzó a tocar las primeras notas del baile campestre, y con un chillido de deleite, Wes la arrastró a la pista para unirse a las otras parejas. El baile duró varios minutos. Bailaron, rieron, hablaron con otros invitados, y nunca se había divertido tanto con nadie.

¿Cómo podía no querer esto para siempre?

—Tus mejillas están encendidas de una manera muy bonita —dijo él cuando saltaban entre otras parejas—. Verte así, feliz, sonriente, con tus ojos verdes brillando de vida y fuego me dan ganas de besarte.

Harlow sintió que sus mejillas ardían.

—¿Y si te retara, milord? ¿Tirarías por la borda la precaución y nuestras reputaciones y me besarías aquí y ahora? No te rechazaría —admitió, esperando que él hiciera una declaración pública y calmara sus preocupaciones.

Él se rio, pero un poco de la luz juguetona abandonó sus ojos.

—Incluso si me retaras, sabes que no lo haría. Una vida de soltero para mí, como bien sabes, pero creo que podrías tener una oferta pronto, y de un caballero del que yo, junto con tu cuñado, no desaprobamos.

Harlow casi se dobla por el golpe que aterrizó en su abdomen. Luchó por respirar y tropezó en sus pasos un momento antes de recuperarse.

—¿En serio? —dijo, con la voz demasiado aguda. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo

—. ¿Y quién es este caballero que has elegido para mí?

Wes inclinó la cabeza hacia Lord FitzGeorge, uno de los primeros caballeros con los que ella lo había provocado al principio de sus lecciones.

—FitzGeorge, un barón de Kent.

—Bueno, supongo que si tengo tu aprobación y la de Billington, todo está arreglado. Cuando se proponga, me aseguraré de aceptar —mintió, sin tener intención de hacerlo.

Incluso si tuviera que abofetear a Wes para hacerle darse cuenta de que ella estaba destinada a él, lo haría como había amenazado. ¿Qué le pasaba a este hombre? ¿Estaba tan ciego que no podía ver lo que estaba justo frente a él?

—Creo que ciertamente deberías considerar a FitzGeorge. Es de una buena familia sin escándalos y no he oído nada malo sobre cómo trata a sus hermanas y al personal. Tú quieres un matrimonio por amor, y él está buscando uno. Un romántico, o eso ha dicho Billington.

Harlow se apartó de los brazos de Wes y lo miró horrorizada.

—Así que has discutido esto con Billington bastante a fondo, milord. Has arreglado esto y aquello, y todo el tiempo, yo estoy aquí a oscuras hasta que consideras apropiado decírmelo. Qué típico de los hombres.

Harlow se dio la vuelta y se alejó antes de decir más y, de hecho, darle un golpe en las orejas. Sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos, su garganta gruesa, el nudo allí haciendo difícil tragar.

Vio una puerta al costado de la habitación por la que entraban y salían los sirvientes y se dirigió hacia ella, adentrándose en el sombrío pasillo justo cuando una mano la tomó del brazo.

—Harlow, ¿qué ocurre? No era mi intención disgustarte al mencionar a Lord FitzGeorge. Si no deseas casarte con él, nadie te obligará.

Ella suspiró, abandonándola las fuerzas y haciendo que sus rodillas flaquearan. —Necesito sentarme. —Se dirigió a una habitación contigua a la puerta por la que acababan de pasar y entró en un pequeño salón sin iluminar que permanecía a oscuras y sin uso esa noche.

Harlow se desplomó en el sofá, oyendo cómo se cerraba la puerta y el chasquido del cerrojo al girar.

—Deberías irte. No querrás que te encuentren conmigo. Sé cuánto te repugna el matrimonio. —Cerró los ojos, odiando decir algo así en voz alta, pero era cierto. Incluso después de todo el tiempo que habían pasado juntos, él seguía hablando de entregarla a otro para que se casara.

¿Acaso no le importaba ni un poco?

—Puede que sea así, pero a ti no. Me agradas —dijo él, sentándose a su lado y tomándole la mano—. Harlow, ¿qué sucede? Por favor, hálame.

Ella alzó la mirada hacia él. El afecto y la preocupación brillaban en sus ojos azules, y aun así no podía expresar lo que quería decir. Esta noche no era el momento, pero mañana sí. Le confesaría todo cuando solicitara su presencia en casa de su hermana, pero bueno, esta noche era para las despedidas. Un adiós definitivo, pues él no querría saber nada de ella cuando descubriera

la verdad.

—No quiero hablar de matrimonio, ni de Lord FitzGeorge ni de nadie. Solo bésame. Quédate conmigo, aquí y ahora —suplicó, aferrándose a las solapas de su chaqueta y atrayéndolo hacia sí.

Él la miró fijamente, y ella pudo ver que intentaba deducir si hablaba en serio o si le ocultaba algo.

—Bésame, Wes —rogó de nuevo antes de que pudiera leerle la mente—. Bésame como si fuera la última vez.

Las palabras de Harlow enviaron una descarga de pánico a sus entrañas. ¿Besarla como si fuera la última vez? Diablos, no, jamás aceptaría eso. Incluso si ella se casara, él sabía, y que el diablo se llevara su alma, pero aun así la seduciría para que estuviera con él.

Si te casaras con ella, podría ser tuya...

Ignoró la voz de la razón. La voz que se había vuelto cada vez más fuerte con cada semana que pasaban juntos. Como un reloj que marcaba el tiempo, contando las horas hasta que ella fuera la esposa de otro hombre.

Le levantó el mentón y la besó. Con fuerza. No había suavidad ni seducción en su abrazo. Cada roce de sus lenguas, besos en los labios, la mandíbula y el cuello. Cada caricia estaba teñida de pánico, un ansia por tener lo que ambos deseaban antes de que la vida se interpusiera en su camino de estar juntos.

Su miembro palpitaba contra sus calzones y ella lo tocó allí, provocándolo, acariciándolo hasta que no pudo soportarlo más. —Date la vuelta —ordenó—. Levántate las faldas.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero hizo lo que le pedía, apoyándose en el brazo del sofá, observándolo por encima del hombro. La visión que ofrecía, lasciva, lista y ansiosa por él, casi lo deshizo antes de que pudiera unirse a ella.

Abrió de un tirón la bragueta y se colocó detrás de ella, deslizándose en su calor húmedo y ardiente.

Gimieron. Harlow extendió la mano hacia atrás, aferrándose a su nuca mientras él empujaba dentro de ella. Ya estaba cerca. Sus testículos dolían. Cada parte de él ansiaba derramarse profundamente dentro de su dispuesto sexo.

—Wes —gimió ella, inclinando la cabeza hacia un lado.

Él le succionó el cuello, mordiendo y lamiendo su piel suave y fragante para aliviar las marcas de amor. —Voy a terminar, querida —gruñó.

—Yo también —dijo ella, justo cuando sus contracciones se apretaron alrededor de su miembro. Su liberación provocó la suya propia, y se derramó larga y duramente dentro de ella, prolongando el clímax de ambos hasta el final.

Harlow se desplomó sobre el sofá, y él se derrumbó sobre su espalda, sosteniéndola allí durante varios minutos, con la respiración entrecortada, sin que ninguno de los dos tuviera prisa por irse.

—¿Me visitarás mañana? Hay mucho de lo que debemos hablar —dijo ella.

A través de su vestido, podía sentir cómo se calmaba su ritmo cardíaco. Mantuvo su mano allí, saboreando la sensación de tenerla, viva y vibrante, perfecta en todos los sentidos y en sus brazos y de nadie más.

—Te visitaré después del almuerzo si te parece bien.

—Eso estará muy bien, gracias —dijo ella, girándose tanto como pudo para mirarlo a los ojos.

Wes aprovechó la oportunidad para besarla, sin querer que volvieran al baile. De vuelta a la realidad y a la vida.

Si pudiera, se quedaría así con ella para siempre.

Si tan solo no se hubiera prometido a sí mismo ser soltero para siempre, la vida en los brazos de Harlow York no estaría nada mal después de todo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

HARLOW CAMINABA de un lado a otro en el salón de la planta baja, deteniéndose de vez en cuando para mirar los jardines y reunir la determinación necesaria para contarle la verdad a Kemsley.

Que lo había estado utilizando.

Que le había mentido.

No tenía opción. Debía decir algo antes de que pasara otra noche. Él tenía que saber que ella estaba enamorada de él. Cuáles eran sus esperanzas y sueños, y si él era lo suficientemente honesto y valiente para dar un paso adelante y ver que podían hacerse felices mutuamente.

El momento de su visita no podía ser más perfecto, con su hermana y Lord Billington fuera dando un paseo por Hyde Park. No volverían en un buen rato, dándole a ella suficiente oportunidad para contarle la verdad a Wes y, con suerte, obtener su perdón.

Los nervios revoloteaban en su vientre, y dio un respingo cuando el mayordomo se aclaró la garganta y anunció a su invitado.

—Lord Kemsley, señorita York —anunció Johnson desde la puerta.

Ella esbozó una sonrisa de bienvenida y le hizo un gesto a su señoría para que entrara.

—Gracias, por favor traiga el té —ordenó antes de encontrarse con los ojos de Wes.

Había picardía en ellos, y ella luchó por mantener su determinación y no caer bajo su malvado hechizo como solía hacer.

—Lord Kemsley, gracias por visitarme esta tarde —dijo, sentándose en un sillón de orejas que solo podía acomodar a una persona. No necesitaba tenerlo sentado a su lado distrayéndola.

—Me alegro de estar aquí —dijo él, esperando a que el mayordomo se fuera a buscar el té. Se sentó frente a ella, cruzando sus largas piernas y recordándole una vez más lo hermoso y tonificado que era. Tenía muslos musculosos, hermoso todo, en realidad.

—¿De qué deseaba hablar? —le preguntó, observándola atentamente.

—Bueno, en cuanto a eso. —Tomó un respiro fortificante—. Creo que le debo una explicación, y no estoy segura de cómo se sentirá al respecto después —dijo, tragándose sus nervios.

—Puede decirme lo que desee. No puedo imaginar que lo que tenga que decirme sea tan

malo, a menos que... —Sus palabras se apagaron, y el horror reemplazó su semblante sereno—. ¿Está encinta?

Instintivamente, Harlow se llevó las manos al vientre; por qué, no sabría decirlo.

—Por supuesto que no —dijo, sin haber considerado nunca, para su vergüenza, que podría estarlo. Después de todo lo que habían hecho juntos, suponía que podría ser una posibilidad, pero su menstruación debía llegar cualquier día, y ya sentía las señales reveladoras de que recibiría el periodo—. No es por eso que le pedí que viniera.

El alivio que cruzó sus facciones dejó un sentimiento hueco en su pecho, y su pequeña esperanza por ellos se desmoronó ante ella. Si él no quería tener hijos con ella, ciertamente todavía no quería el matrimonio.

—Entonces, por favor, continúe —dijo él mientras el lacayo traía una bandeja con té caliente y varias galletas.

—Gracias, Johnson. Por favor, déjenos ahora —ordenó. Sin que se lo pidieran, Wes se inclinó hacia delante y sirvió dos tazas, entregándole una antes de prestarle toda su atención.

—Decía usted —dijo él.

—Le mentí —soltó Harlow, sin ver otra manera más que decir la verdad, por mal que sonara—. Nunca tuve intenciones con ningún otro caballero de la alta sociedad. Solo la quería a usted. Lo utilicé para que me enseñara el arte de la seducción para poder usar mis encantos con usted. Con bastante éxito, debo añadir, por mucho que me avergüence decirlo.

Harlow miró fijamente la taza de té en sus manos, incapaz de encontrar la mirada de Wes durante varios momentos. Podía sentir que él la miraba, y la quietud silenciosa que se instaló en la habitación le dijo que no estaba complacido con su confesión.

—Por favor, diga algo —susurró, dejando la taza y el platillo con un tintineo. Lo miró entonces, y el shock, la traición escrita en sus facciones la partieron en dos—. Lo siento, Wes.

—Vaya, nunca... —dijo él después de lo que pareció varias horas—. Me hizo enseñarle cómo besar, cómo sacar el máximo provecho de cada baile, de las cenas. Por Dios, le enseñé a comer de forma seductora, ¿y todo eso era para mí? ¿Para ganar mi afecto y tenerme como su esposo?

Harlow asintió, forzando el nudo en su garganta.

—Estoy enamorada de usted. Quería que fuera mi esposo, pero estaba tan decidido a no casarse que tuve que actuar precipitadamente. Tenía que hacer que me viera.

—¿Verla, señora? —Se puso de pie y se dirigió a la ventana, mirando los jardines como ella había hecho antes—. Pensé que todo esto era un juego. Una pequeña aventura antes de que se casara con el hombre que amaba. Si hubiera sabido que me amaba y pensaba que cambiaría de opinión, nunca habría aceptado su tonto plan. Nunca le habría dado esperanzas.

Harlow tomó un profundo respiro mientras el dolor rebotaba a través de ella como un golpe a su persona. ¿Nunca le habría dado esperanzas?

Lo que significaba que no tenía esperanza. No en lo que a ellos se refería.

—Pensé que podría hacerle cambiar de opinión sobre ese asunto. No me avergüenza decir

que lo he encontrado el hombre más interesante, apuesto y exasperante desde que lo conocí la temporada pasada, y sabía que si iba a tener alguna felicidad, tenía que intentar ganar su corazón. Seducirlo. Usar sus útiles lecciones contra usted estuvo mal, y lo sé, pero no veía ninguna otra manera de avanzar. —Harlow hizo una pausa, odiando cómo sonaba, lo desesperada y desquiciada que parecía—. Lo siento. Por favor, perdóneme.

Wes miró fijamente a Harlow mientras su mente tropezaba y caía sobre cada palabra que ella pronunciaba. Sus lecciones y su necesidad de ayuda eran todo un ardid. Y él había caído en sus súplicas como un estúpido tonto.

—Bueno, su plan funcionó. He perdido la cuenta de cuántas veces la he inclinado sobre un sofá desde que empezamos este juego, cuántas veces me he colado en su habitación y la he follado hasta que ambos colapsamos de cansancio. No puedo creer que haya sido tan estúpido, tan imprudente. Nunca debería haberla tocado. —Se giró y la enfrentó, odiando su semblante pálido que sus palabras habían provocado, pero ¿qué esperaba ella? ¿Pensaba que él estaría feliz de haber sido engañado? Si hubiera pensado que ella estaba enamorada de otro, la habría dejado ir, pero no lo estaba, y no estaba seguro de qué hacer con esa verdad ahora.

—Sabías que yo no quería casarme. Que no quería una esposa, ni ahora ni posiblemente en algunos años. Me has forzado la mano, señora.

—No he forzado su mano.

—Podrías estar embarazada, y por lo tanto, sí lo has hecho. No dejaré que otro hombre críe a mi semilla —Wes hizo una pausa ante sus propias palabras. ¿Cuándo empezó a importarle lo que pudiera suceder? ¿Qué hijos podría engendrar en ella?—. Por mucho cuidado que hayamos tenido, sigues corriendo el riesgo —Negó con la cabeza, incapaz de comprender que la mujer que creía conocer pudiera ser tan insensible. Tan hiriente como para ir en contra de sus deseos simplemente para salirse con la suya—. Si tu período no llega, tendremos que casarnos. No hay otra opción. Pero si no estás embarazada, no deseo volver a ver jamás a tu mentirosa y maquinadora persona. No seré utilizado de esta manera. Si los papeles se invirtieran, sabes que sería inaceptable que yo te tratara así. Quizás deberías haber pensado en eso antes de jugar con mi vida para que se ajustara a tus deseos.

—Wes, lo siento.

—Señorita York, soy Lord Kemsley, un conde y su superior en todos los aspectos, incluso en moral. No me hable sin usar los tratamientos honoríficos. Hoy, de todos los días, no puedo soportar oírlo.

Ella negó con la cabeza, y eso solo hizo que su sangre hirviera más.

—¿Tiene algo más que decir, señorita York? ¿Más planes y mentiras que desea admitir? —le preguntó. Ella se acercó a un sofá cercano y se paró detrás, agarrándose al respaldo como si necesitara apoyo.

—Es usted muy grandioso y superior, ¿no es así? Me reprende por tener sentimientos, por actuar según esas emociones y por intentar ganar lo que más deseo en mi vida. Usted —Dejó

escapar una pequeña risa, pero el sonido estaba lejos de ser divertido—. No hay vergüenza en tener sentimientos, milord. Lo que siento por usted es real y solo ha crecido desde que pasamos tiempo juntos. Ahora puede burlarse de mí, enfadarse conmigo, pero no se mienta a sí mismo. Usted tiene sentimientos por mí. Lo sé, pero se niega a dejarlos brillar, a salir a la luz del día para que todos los vean. Tiene miedo de salir herido. De amar a alguien cuando nunca ha sentido esas emociones antes. Creo que siente todas esas cosas por mí y no lo admitirá. Es tan terco y obstinado, queriendo aferrarse tanto a su vida de soltero que está dispuesto a perder lo único que es real, tangible, justo delante de usted como lo estoy yo.

Wes la miró con incredulidad. No se quedaría allí escuchando estas tonterías. Amaba su vida. Su libertad para hacer lo que le plazca, y no iba a recibir instrucciones de una debutante haciendo un berrinche.

—Está equivocada, señora, en todos los aspectos. Usted es una amiga, y siento por usted lo mismo que siento por Lady Randall o cualquiera de las otras damas con las que me he acostado. No es nada especial y nunca debió pensar que lo era. Solo porque estaba jugando un juego y esperando una conclusión que se ajustara a su objetivo no significa que yo vaya a caer en línea simplemente porque usted lo desee. No quiero una esposa. He sido honesto con eso desde el principio. No me casaré con usted a menos que nuestras escapadas hayan dado fruto, lo cual solo podemos esperar que no haya sucedido, porque no me gusta que me tomen por tonto, y nuestro matrimonio no será feliz si me veo obligado a algo que no deseo —Wes se apartó de ella y se dirigió hacia la puerta. Necesitaba irse, alejarse de ella y de la devastación que se reflejaba en su bonito rostro.

Por esto es que no debería haberla ayudado. Las mujeres eran criaturas emocionales, y eso les hacía honor la mayor parte del tiempo, excepto cuando se trataba de él. No había querido hacerle daño, y si hubiera conocido su plan desde el principio, sus esperanzas y sueños, nunca habría continuado instruyéndola.

Mentiroso. Amaste cada maldito minuto en sus brazos.

Maldijo, abriendo la puerta de un tirón, ignorando el fuerte estruendo cuando esta se balanceó hacia atrás y golpeó la pared.

No iba a dejar que le dijeran qué hacer, que lo acorralaran en un futuro que no deseaba, ni la señorita York ni nadie.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

HARLOW no se aventuró a salir durante la siguiente semana, no porque no quisiera, sino porque su menstruación llegó con fuerza y acabó con la última esperanza que tenía de conseguir a Lord Kemsley como esposo.

No es que quisiera casarse con él en tales circunstancias o forzar su mano, y de alguna manera, se alegraba de no estar embarazada. Él nunca la habría perdonado, aunque pensaba que no lo haría incluso si lo estuviera, y pasar años bajo el mismo techo, pero en un matrimonio sin amor, frío y tenso sería la peor de las torturas.

Especialmente cuando aún lo amaba, incluso después de todas las palabras odiosas que le había dicho.

Pero, ¿qué esperaba? Lo había engañado, y ahora él lo sabía. Ella no habría estado complacida si los papeles se hubieran invertido, tal como él se lo había echado en cara.

—Vamos, Harlow, debes reincorporarte a la alta sociedad. Sé que has estado indispuesta esta semana, pero esta noche es el baile de la vizcondesa Leigh, y debes asistir. Isla es tu mejor amiga, y sabes que te quiere allí más que a nadie.

Harlow miró a su hermana mientras se sentaba a su lado en el sofá. Estaba en la habitación del destino, como ahora la llamaba, el salón donde Wes había matado todas sus esperanzas.

—Asistiré, por supuesto, pero hay algo que debo confesar, y te enfadarás conmigo. Posiblemente más de lo que te enfadaste la temporada pasada cuando engañamos a Lord Billington.

Su hermana le lanzó una mirada dudosa antes de que sus facciones se endurecieran. —Lo dudo. No creo que pueda estar más enfadada contigo de lo que estuve el año pasado cuando tuve que fingir ser tú, pero dime qué te preocupa. Un problema compartido es un problema reducido a la mitad, siempre lo he dicho.

Harlow recostó la cabeza en el sofá y cerró los ojos, sin estar segura de querer ver la reacción de su hermana a lo que estaba a punto de contarle. Harlow le contó todo, todos sus planes y cómo los llevó a cabo. Cómo usó lo que Lord Kemsley le había enseñado en su contra. No le dijo que había estado con él íntimamente; de alguna manera, eso parecía incorrecto, pero sí le explicó lo enojado que estaba al conocer la verdad. Cuán implacable.

—Harlow, ¿en qué estabas pensando? Eso que hiciste es muy cruel. Puedo entender por qué Lord Kemsley puede estar enfadado contigo.

Una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla, y se la limpió. —Lo sé, y me disculpé, pero creo que he perdido el pequeño pedacito de su corazón que pude haber tenido. Estoy enamorada de él, Lila, y él no siente lo mismo. Pensé que podría hacerle cambiar de opinión, pero no pude. Fue tan frío conmigo, tan despectivo. No creo que podamos ni siquiera ser amigos.

—Oh, querida. —Lila se acercó más y la atrajo a sus brazos, frotándole la espalda como solía hacer su madre cuando eran pequeñas—. Todo estará bien, Lord Kemsley te perdonará algún día, y conocerás a un hombre digno de tu amor. Un hombre que te amará de vuelta, incluso si ese caballero no es Kemsley, te lo prometo.

Las palabras de su hermana le dejaron un nudo en el estómago. —No quiero a nadie más que a Wes —admitió, sorbiendo y tratando de limpiarse la nariz con la mano—. ¿Cómo puedo amar a otro cuando mi corazón está lleno de él?

Su hermana suspiró, abrazándola más fuerte. —Puede que tengas que dejarlo ir. Si Lord Kemsley está decidido a permanecer soltero, lo cual es su elección, querida, hay poco que puedas hacer al respecto. —Su hermana hizo una pausa, alejándose para mirarla a los ojos—. Siempre y cuando tu interacción con él no te haya arruinado ni vaya a hacerlo, debes intentar seguir adelante. Tu corazón con el tiempo sanará, pues debe hacerlo si su señoría no cede. No quiero verte languideciendo por un hombre que no languidece por ti. Esa no es manera de vivir tu vida, y tienes tanto que dar. Quiero verte casada y con hijos si eres bendecida. Ser tan feliz como yo lo soy con Billington.

Todo por lo que Harlow había luchado, lo que había deseado, se había perdido. Kemsley no la quería, y Lila tenía razón. No podía anhelar a un hombre por el resto de su vida. Tenía una vida tan larga por delante. Suspirar por un solo hombre parecía una manera terriblemente triste de vivir.

—Intentaré sanar mi corazón, lo prometo, hermana. Sé que no será fácil, pero tampoco le rogaré a su señoría. Di todo lo que tenía para ganar su corazón, y no lo logré. No lo intentaré de nuevo.

—Bien, eso es lo que pienso también —dijo su hermana, atrayéndola en un abrazo apretado.

Harlow se deleitó en la sensación de los brazos de su hermana, fuertes y reconfortantes. Necesitaría todo el apoyo que pudiera obtener en las próximas semanas. La temporada significaba que sus interacciones con Kemsley aún no habían terminado, aunque deseara que así fuera.

Verlo de nuevo sería una tortura, pero una que soportaría con aplomo y la barbilla en alto. Nunca le dejaría ver cuánto la había herido, no cuando a él no le importaba ese hecho.

Kemsley se recostó en su terraza, mirando con furia las rosas rosadas que se mecían y dejaban caer algunos pétalos sobre el césped bien cuidado. Durante dos semanas se había quedado en casa en sus habitaciones de Albany, rechazando todas las invitaciones a los eventos

de la temporada y todo porque no podía enfrentarse a ella.

La Judas.

La mentirosa.

La imprudente descarada.

La señorita Harlow York.

Gimió, terminando el último trago del brandy que sostenía en sus manos. ¿Cómo había sido tan ciego? ¿Cómo había caído en sus artimañas? Demonios, podría haber caído presa de cualquier joven e inocente muchacha que tuviera una mente malvada y demasiado rápida si hubieran pensado en usarlo de esa manera.

Que ella no hubiera llamado para notificarle que iba a ser padre, solo podía asumir que su período había llegado y no estaba encinta.

La revelación no le dio paz. El pensamiento le irritaba, si acaso, pero no estaba del todo seguro de por qué. Estaba enojado, traicionado, pero una parte de él también se preguntaba qué pasaría si...

—Mi señor, ha llegado el periódico de la mañana —anunció su mayordomo, colocándolo sobre la pequeña mesa redonda a su lado.

Wes lo tomó y leyó sobre la próxima subasta en Tattersalls y lo que hacía la familia real, algo sobre Brighton, antes de pasar a donde se anunciaban las amonestaciones.

—¿Qué demonios? —maldijo, enderezándose en su silla mientras sus ojos volaban sobre las palabras impresas en tinta negra permanente.

Lord Poulett y la señorita Harlow York contraerán matrimonio dentro de cuatro domingos a partir de hoy.

El pánico lo asaltó y una capa de sudor se formó en su piel. Por un momento, pensó que podría enfermar, y se levantó, paseando por la terraza durante varios minutos, sin saber qué hacer consigo mismo.

¡Estaba comprometida!

Con Lord Poulett. ¿No le había advertido contra ese sinvergüenza? ¿En qué diablos estaba pensando esa chiquilla?

En que tú no la quieres.

Ciertamente, durante las últimas dos semanas, se había quedado en casa. Solo había cabalgado hasta Richmond y no a Hyde Park para evitar encontrarse con ella y su familia. Los primeros días en casa, se había regodeado en su ira, la había maldecido hasta el cansancio, pero eso pronto menguó y se convirtió en vergüenza.

Podía ver cómo ella pensaba que su plan estaba funcionando contra él, porque si tuviera que admitir la verdad, así había sido. Le importaba más de lo que le había importado nadie más, pero ¿la amaba?

Eso no podía decirlo, pero ahora ciertamente no.

Comprometida con el dandy de Poulett. Habría estado mejor con Lord Hill. Su amor era

claramente hueco y no podía soportar la prueba del tiempo. Ni siquiera dos semanas.

Arrojó el periódico, volviendo a entrar a zancadas, gritando órdenes para su carruaje y su ayuda de cámara mientras se dirigía arriba. Necesitaba vestirse, ir a hablar con Harlow y averiguar qué demonios estaba haciendo casándose con semejante hombre.

Puede que no se esté casando con él, pero por Dios, le había advertido sobre Poulett. ¿No había aprendido nada de sus lecciones?

No le tomó mucho tiempo vestirse, y en diez minutos, el carruaje se balanceaba por Piccadilly en dirección a Mayfair.

Sin embargo, su intento de visitarla fue en vano cuando le informaron que había salido con Lord Poulett. Un viaje a la librería Hatchards era la orden del día.

Durante varios minutos, Wes debatió ir a hablar con ella allí, pero necesitaba verla sin Poulett rondando, porque sus palabras respecto al marqués no serían amables.

Poulett podría ofenderse, y entonces podría haber un altercado, y odiaría golpear al marqués hasta dejarlo hecho pulpa frente a su prometida, por mucho que el bastardo mereciera una nariz ensangrentada por siquiera pensar en casarse con Harlow.

Regresó a casa, y para cuando llegó la hora del entretenimiento nocturno, sus manos temblaban con la necesidad de ver a Harlow, de hablar con ella.

Wes tomó varias respiraciones profundas en el carruaje mientras se preparaba para verla de nuevo. Habían pasado dos semanas desde que descubrió que ella lo había usado e intentado engañar, pero incluso después de todo eso, iba a tratar de evitar que se casara con alguien más.

¿Por qué?

El pensamiento lo detuvo en seco mientras descendía del carruaje. Un lacayo con librea azul marino tomó su sombrero de copa y sus guantes antes de que entrara al salón de baile. Varios conocidos lo saludaron, y se detuvo a hablar con ellos, ganando tiempo hasta que su presa apareciera a la vista.

Y entonces apareció...

El vuelco que dio su corazón lo sobresaltó, y cerró la boca de golpe, no queriendo parecer un perro boquiabierto babeando sobre un hueso jugoso.

No es que Harlow fuera un hueso jugoso, pero estaba hermosa esta noche, por Dios. Más bonita de lo que jamás la había visto antes.

No, eso no era cierto. Siempre había sido hermosa. La única diferencia ahora era que ya no le sonreía a él, sino a alguien más.

Poulett.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

SIN VER A LORD KEMSLEY, sabía que estaba aquí en el baile. Su cuerpo percibía su presencia, su piel se erizaba y su corazón latía irregularmente ante la idea de volver a verlo.

No quería verlo. Que le recordaran lo que había perdido.

No puedes perder lo que nunca tuviste, Harlow...

Asintió, de acuerdo consigo misma aunque nunca pronunció las palabras en voz alta. Miró alrededor, esperando que nadie la viera o se interesara por ella, y no lo hacían.

La señorita Sweeney, la joya de la temporada, se había comprometido de la noche a la mañana con lord Abercromby, y la alta sociedad estaba alborotada con felicitaciones y comentarios alegres para la pareja que asistía con sus padres.

Lord Abercromby estaba de pie a su lado. Su postura altiva y su nariz severa con la que miraba a todos por encima del hombro le indicaron a Harlow que estaba orgulloso de haber ganado su mano. Supuso que su vida no cambiaría mucho más allá de poner sus manos en la dote de la señorita Sweeney, debería estar complacido.

En cuanto a ella y su compromiso con lord Poulett, Harlow no podía evitar preguntarse si había actuado con precipitación. Decir que sí al marqués había sido una forma de demostrarle a lord Kemsley que, sin importar sus sentimientos, podía seguir adelante sin siquiera mirar atrás.

Qué equivocada estaba.

—Ven, querida. ¿Bailamos? —preguntó lord Poulett, ofreciéndole su brazo.

Harlow asintió, dejando que la llevara a la pista de baile. Otras dos parejas se les unieron, y el aliento en sus pulmones se detuvo cuando lord Kemsley se unió a su grupo con lady Randall.

Debería haber sabido que lady Randall, su antigua amante, sería a quien él volvería después de su breve tiempo juntos. Luchó por mantener la calma, trató de no fulminarlos con la mirada a ambos y fracasó miserablemente.

La sonrisa de suficiencia de lady Randall irritó aún más a Harlow, y por varios segundos, quiso hacerle daño físicamente a su señoría. En su lugar, se quedó de pie, tomada de la mano de lord Poulett y de otro caballero que no conocía a su otro lado, y tomó una respiración profunda y calmante.

La violencia, sin importar en qué forma, no estaba justificada.

Las primeras notas del baile comenzaron, y pronto estaban entrelazándose, uniéndose a otras parejas a través de los pasos. Desafortunadamente, tal como iba su suerte estos días, le tocó bailar con lord Kemsley.

En el momento en que sus brazos se deslizaron detrás de su espalda, su mano firmemente sostenida en la de él, todo lo que habían compartido, todas las veces que hablaron, los muchos besos y caricias, las risas la abrumaron, y un vacío la inundó, sabiendo que ya no tendría lo que compartían.

Ciertamente no con su prometido, quien la toleraba en el mejor de los casos, le agradaba un poco, pero más que eso, y se estaría engañando a sí misma.

—¿Qué crees que estás haciendo al casarte con lord Poulett? Te advertí sobre él, ¡y aceptaste ser su esposa! ¿En qué estabas pensando, Harlow? —le preguntó en voz baja, pero ella escuchó la advertencia, la ira en su tono.

—¿Qué te importa lo que yo haga? Debo casarme con alguien. No entraré en una tercera temporada como una debutante trágica que no puede encontrar marido.

Él la fulminó con la mirada mientras ella lo miraba con enojo. —Tienes mucho descaro, lord Kemsley, al sermonearme sobre lo que debo y no debo hacer. ¿No estás aquí con lady Randall? Corriste de vuelta a sus faldas bastante rápido. —Harlow luchó por no dejar que los celos la dominaran, pero fracasó miserablemente. Estaba celosa, enojada, con el corazón roto y comprometida con un hombre al que no amaba ni le agradaba.

Todo lo que había esperado se había convertido en polvo.

—Disculpen un momento —les dijo a sus compañeros de baile antes de tomarla del brazo y arrastrarla fuera de la pista de baile. Ella apartó su brazo, negándose a dejar que él pensara que podía controlarla.

—Ven conmigo, Harlow. Debemos hablar.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho, sin moverse ni un centímetro. —Tuviste dos semanas para venir a hablar conmigo, y no lo hiciste. Cuando ni siquiera te molestaste en visitarme para averiguar si yo había... si yo había... —Harlow no pudo decir las palabras.

—Cuando no enviaste noticias, asumí... que no había necesidad de que te visitara.

—Y aun así crees que puedes sacarme de un baile y regañarme por mi elección de esposo. Tú no querías el puesto, milord. ¿Has olvidado o no has entendido que al tomar esa postura, pierdes toda capacidad de decirme qué hacer? No es que te lo permitiría en ningún caso.

—Él tiene una amante, y por lo que sé de él, no la dejará.

Harlow hizo un gesto hacia lady Randall. —Parece que no es el único caballero en Londres que no renunciará a sus amantes. Dime que me equivoco —le desafió, arqueando una ceja.

El hombre era exasperante y tan apuesto cuando estaba enfadado que su cuerpo quería desafiarla e ir hacia él. Envolverse en toda su fuerza y masculinidad y deleitarse en ello una vez más.

Pero no podía. Él no la quería. Claramente quería a lady Randall y la vida de la que estaba

tan encariñado antes de conocerla.

El simple pensamiento le daba ganas de devolver el estómago.

—Puedo ver por tu expresión terca que no me creerías incluso si negara la acusación.

—Tienes razón —dijo ella—. No creería una palabra de lo que dices.

—Así como yo no creeré una palabra de lo que tú digas, ya que eres tan buena guardando secretos y jugando trucos con las personas que dices apreciar.

Ella jadeó, sintiendo su dardo afilado y duro en el corazón. —No me disculparé de nuevo —dijo un paso hacia él, sin querer atraer más atención de la que ya estaban llamando—. Te deseaba —susurró—. Te quería como mi esposo, mi amante, el padre de mis hijos. Admito que no debí haber jugado mis juegos, pero ¿qué más podía hacer? ¿De qué otra manera podría haber captado tu atención, tenerte cerca de mí estas semanas? Una dama no puede ir sola a los antros de juego. No podía ir a tu club y disfrutar de un vino contigo ni visitarte en tu casa. Te pedí ayuda, esperando que vieras lo que tenías delante y tal vez atravesaras un poco tu corazón. Pero me equivoqué. No tienes corazón y no sientes nada. Por nadie.

Harlow negó con la cabeza. Esta discusión no era necesaria, ni este era el lugar para tener conversaciones más acaloradas. —Debo seguir adelante con mi vida. Intentar encontrar la felicidad y casarme con Lord Poulett. Estoy segura de que después de darle un hijo estará lo suficientemente contento como para dejarme en paz. Puedo estar satisfecha viviendo con el amor de mis hijos si no con el de mi marido. Está hecho, Lord Kemsley, y nada puede cambiar mi elección. Ni siquiera tus sermones fuera de lugar de un hombre que no quería tener voz en mi vida. Que eligió otro camino cuando surgió la oportunidad.

La lucha abandonó a Harlow. —Adiós, Kemsley, y buenos deseos para tu futuro.

Wes vio a Harlow darse la vuelta y alejarse, y el miedo se apoderó de su corazón. —¡Cometí un error! —gritó a través de la sala. Los músicos detuvieron su interpretación, y todos los ojos se volvieron hacia ellos, abiertos y ansiosos por ver más.

No le importaba lo que oyeran o vieran. No podía dejarla ir. No podía permitir que se casara con un hombre al que no amaba.

No podía permitir que se casara con nadie más que con él.

Ella se volvió, con los ojos tan abiertos como los de todos los demás. Wes estaba seguro de que no se oía ni un sonido en Mayfair solo para que sus siguientes palabras fueran audibles.

Ella no le preguntó qué quería decir, simplemente lo miró fijamente, esperando que su orgullo, su determinación de ignorar cómo lo hacía sentir, cayera.

—No puedes casarte con Poulett —declaró, ignorando los jadeos.

Poulett se acercó furioso para ponerse al lado de Harlow, su pequeña mano señalando en su dirección. —No puedes decir eso, Kemsley. ¿Quién te crees que eres?

Wes ignoró las palabras de Poulett, tal vez sabiendo por primera vez en su vida quién era y lo que quería. —Leí en el periódico hoy el anuncio de tu compromiso, y supe que tenía que verte. Para decirte, Harlow York, que no puedes casarte con Poulett ni con ninguno de los que te han

cortejado esta temporada.

—¿Y por qué es eso? —le preguntó finalmente, el temblor en su voz dándole esperanza.

—Porque, señorita York, debes casarte conmigo —declaró, queriendo extender la mano y atraerla a sus brazos. Abrazarla, besarla, prometerle el mundo y todo lo que hay en él. Suplicar perdón por ser obstinado e insensible.

Ella se mordió el labio, sus ojos llenándose de lágrimas contenidas, y Poulett dio un paso amenazador hacia él.

—Escucha, ella es mi prometida. He pasado muchas horas cortejándola, y me ha elegido a mí sobre ti, Kemsley.

—Vuelve con tu amante, Poulett. La señorita York no tolerará un marido que no sea fiel. No como yo lo seré y prometo ser si ella acepta ser mi esposa.

—Oh, Wes —susurró ella.

Él cerró el espacio entre ellos, secando sus lágrimas con los dedos.

Poulett fue a apartarlo, y Kemsley lo empujó a un lado y agradeció ver a Billington acercarse a ellos y escoltar al marqués lejos, sus numerosas amonestaciones rompiendo el silencio de la sala.

Harlow se rio, sus ojos brillantes de esperanza.

—Cásate conmigo, Harlow York. Lamento haber sido tan ciego ante lo que me hacías sentir. Estaba tan decidido a ignorar mis sentimientos que casi te pierdo. Pero te prometo que, a partir de hoy, nunca más te haré a un lado. Tienes mi corazón y no puedo vivir sin él. Sin ti.

Ella se acercó a su abrazo, y él la atrajo contra sí, deleitándose con la sensación de tenerla en sus brazos. —Cásate conmigo —susurró de nuevo, apoyando su frente en la de ella—. Cásate conmigo, Harlow. Eres el amor de mi vida, mi todo. Por favor, sé mía.

Su sonrisa hizo cantar su corazón, y ella asintió, alzándose para agarrarlo por la nuca. —Sí, Lord Kemsley, mi corazón, mi amor. Me casaré contigo —dijo.

Una felicidad como nunca había conocido estalló en su interior, y sin pensarlo, cerró el espacio entre ellos y la besó. Ignoró los escandalosos estallidos, ya se ocuparían de ese escándalo mañana, pero por esta noche besaría a su futura esposa.

Sellar su amor, su futuro con un beso y que el oprobio se fuera al diablo. No era un sinvergüenza por nada. En momentos como estos, ese título venía bien.

EPÍLOGO

1815 Mansión Stonelake, Kent

HARLOW ESTABA JUNTO a Wes mientras su hijo mayor, ahora de tres años, y su hermana menor, de apenas doce meses, jugaban con los dos ponis que la Condesa Viuda de Kemsley les había regalado la pasada Navidad.

Pronto regresarían a la ciudad para la próxima temporada, y Harlow estaba llena de aprensión y emoción. Apadrinará a su prima, la señorita Sophie York, del pequeño pueblo de Highclere. Hacía varios años que no veía a su prima, pero su tía, que había caído en desgracia, le había escrito suplicándole ayuda, y no pudo negarse.

—¿Estás segura de que deseas viajar a Londres este año, querida? Sé que será difícil dejar a los niños atrás. No tenemos que ir si no quieres —dijo Wes, observándola atentamente.

Durante los últimos cuatro años de matrimonio, se habían unido aún más de lo que estaban cuando él se declaró ante todo el *ton*. Un evento escandaloso que ella estaba segura los arruinaría, pero las matronas, en lugar de rechazarlos, cayeron ante los encantos de Lord Kemsley esa noche y declararon que la caída de un libertino era un evento para celebrar, no para reprochar.

—Estaré bien. Los niños se quedarán aquí con tu madre y sus niñeras. No nos extrañarán demasiado, y podemos regresar a mitad de la temporada si es necesario. La tía Agnes me escribió diciendo que Sophie era una belleza, y con nuestras conexiones, estoy segura de que podremos encontrarle un buen partido.

Wes asintió, manteniendo su atención en sus hijos. —No tan rápido, Frederick —gritó, y el mozo que llevaba a su hijo hizo que el caballo caminara más despacio.

Harlow reprimió una sonrisa. A pesar de su determinación de permanecer soltero, su esposo se había adaptado bastante bien al matrimonio y a la paternidad, mejor de lo que ella se había adaptado, si era honesta. Convertirse en la señora de grandes propiedades y múltiples sirvientes fue difícil, y ella tambaleó un poco al principio. De no haber sido por su querida suegra, es posible que no hubiera sobrevivido en absoluto.

—¿Cuándo llegará la señorita York? —preguntó Wes.

—En cualquier momento —dijo Harlow, justo cuando el estruendo de un carruaje que se acercaba resonó a través de los viejos robles que bordeaban su camino.

Harlow tomó el brazo de Wes, y se dirigieron hacia la casa, queriendo saludar a su invitada. Harlow había escrito a Sophie durante los últimos meses, y sentía que la conocía un poco y esperaba que tuviera una temporada exitosa.

Llegaron a las puertas principales cuando el carruaje se detuvo, y un lacayo corrió para abrir la puerta y bajar el estribo. Una joven, con el cabello tan claro como el de su esposo y grandes ojos azules, apareció a la vista, y Harlow se quedó boquiabierto.

Era absolutamente impresionante. Harlow se volvió hacia Wes, solo para encontrarlo sonriendo como si estuviera pensando lo mismo. Que esta temporada tendría las manos llenas. No con invitaciones y vestidos y todo lo que conlleva apadrinar a una joven, sino manteniendo a los muchos caballeros alejados de sus puertas.

La joven saltó del carruaje, haciendo una reverencia que necesitaba un poco de trabajo, si Harlow era honesta.

—Lady Kemsley, Lord Kemsley, muchas gracias por recibirme —dijo Sophie, sonriendo.

—Eres muy bienvenida —dijo Wes, acercándose al lado de Harlow—. Buena suerte, querida. Me temo que tendrás una temporada muy ocupada, sin duda.

Harlow desestimó sus preocupaciones con un gesto, volviéndose hacia su prima. —Es un placer conocerte en persona finalmente —dijo, moviéndose para tomar la mano de Sophie—. Por favor, llámame Harlow, y a su señoría Kemsley.

—Por supuesto —dijo Sophie, dirigiendo su atención a la casa—. Vaya, tu hogar es inmenso —dijo—. Tan grande como Highclere.

Harlow sonrió, y Wes le besó la mejilla. —Atenderé a los niños y te dejaré con tu prima. Diviértete, mi amor —susurró, guiñándole un ojo.

Harlow lo vio alejarse, su mirada se dirigió a sus musculosos muslos en sus pantalones de ante, su firme trasero suyo para admirar desde esta posición.

—¿Todos los caballeros en Londres son tan apuestos como el conde? Creo que la temporada será ciertamente emocionante si es así —dijo Sophie, sin apartar la atención de la casa.

Harlow respiró hondo y enlazó su brazo con el de su prima, llevándolas adentro. —Fue un caballero difícil de atrapar, pero con mi ayuda, estoy segura de que podremos encontrar uno igual de adecuado para ti. No hay nada que me guste más que un buen plan para atrapar libertinos, y tengo muchos.

Sophie sonrió, con la boca abierta al entrar en el vestíbulo de la casa ancestral de los Kemsley. Una reacción similar a la que Harlow tuvo cuando la vio por primera vez.

—¿Un plan? ¿Te refieres a travesuras, mi lady? —preguntó con un tono travieso—. Me encanta una buena intriga.

Harlow se rio, llevándolas escaleras arriba. —A mí también, Sophie. A mí también.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

